

STELLA
TAKIS
WÜRGER



Una historia de amor imposible en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, el nazismo y la caza de judíos.

Friedrich es un joven suizo que se muda a Berlín para seguir con su carrera artística. Allí conoce a Kristin, una chica muy hermosa y segura de sí misma que se hace cargo de él y le enseña a moverse entre los cenáculos de la efervescente vida nocturna de la ciudad, con sus cabarets y clubs de jazz. Pronto, la intensidad de su relación se convierte en una apasionada historia amorosa, hasta que un día Kristin se presenta en casa del muchacho con la cara y el cuerpo cubiertos de moretones. Friedrich se verá obligado entonces a decidir si es más importante preservar su integridad moral o salvar a su gran amor.

OceanofPDF.com



Takis Würger

Stella

ePub r1.0

numpi 18.04.2021

OceanofPDF.com

Título original: *Stella*

Takis Würger, 2019

Traducción: Ana Guelbenzu

Ilustraciones: Carl Hanser Verlag GmbH & Co. KG, München

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial

Editor digital: numpi

ePub base r2.1



OceanofPDF.com



ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA



epublibre.org

Partes de esta historia son ciertas.

Los fragmentos en cursiva son extractos de unos expedientes judiciales que se encuentran en la actualidad en el archivo histórico de Berlín.

OceanofPDF.com

*Para mi bisabuelo, Willi Waga,
asesinado en una cámara de gas en 1941
durante el programa Aktion T4*

OceanofPDF.com

En 1922, un juez condenó a Adolf Hitler a tres meses de prisión por alterar el orden público, un arqueólogo inglés descubrió la tumba de Tutankamón, James Joyce publicó *Ulises*, el Partido Comunista de Rusia eligió a Iósif Stalin como secretario general y nació yo.

Me crié en una villa en las afueras de la localidad de Choulex, en Ginebra, con cedros en la parte delantera, diecisiete hectáreas de tierra y cortinas de lino en las ventanas. En el sótano había una tarima en la que aprendí esgrima. En el desván aprendí a reconocer por el olor el rojo cadmio y el amarillo Nápoles y lo que se sentía cuando te pegaban con un sacudidor de ratán trenzado.

De donde yo vengo, cuando te preguntan quién eres contestas con el nombre de tus padres. Podría decir que mi padre era la tercera generación que dirigía un grupo empresarial que importaba terciopelo de Italia. Podría decir que mi madre era hija de un latifundista alemán que perdió su finca por beber demasiado armañac. «Se la bebió», diría mi madre, sin que eso restara un ápice del orgullo que sentía. Le gustaba explicar que la plana mayor del Reichswehr negro acudió a su entierro.

Mi madre nos cantaba nanas sobre estrellas fugaces y, cuando mi padre viajaba y ella bebía para combatir la soledad, ordenaba colocar la mesa del comedor contra la pared, ponía discos de 78 rpm y bailaba vales vieneses conmigo. Yo tenía que estirar mucho los brazos hacia arriba para apoyarle la mano en el omoplato. Decía que la guiaba bien. Yo sabía que mentía.

Decía que era el niño más guapo de Alemania, pese a que no vivíamos en Alemania.

A veces me permitía peinarla con un peine de cuerno de búfalo que le había traído mi padre, y decía que el pelo debía quedarle como la seda. Me hacía prometerle que, cuando de mayor tuviera una esposa, la peinaría a ella también. Yo la observaba en el espejo, sentada delante de mí con los ojos cerrados y el pelo brillándole. Y se lo prometía.

Cuando entraba en mi habitación y me daba las buenas noches, me ponía las dos manos en las mejillas. Cuando salíamos de paseo, me cogía de la mano. Cuando subíamos a la montaña y se bebía siete u ocho copitas de aguardiente en la cima, me alegraba de poder ayudarla en el descenso.

Mi madre era artista, pintaba. En el recibidor teníamos colgados dos cuadros suyos, óleo sobre lienzo. Un bodegón, de gran formato, con tulipanes y uvas. Y un cuadro pequeño, una niña vista desde atrás con los brazos cruzados sobre el hueso sacro. Yo contemplaba el cuadro durante largos ratos. Una vez intenté cruzar los dedos como aquella niña. No lo logré. Mi madre había pintado un giro de las muñecas tan poco natural que una persona de verdad se rompería los huesos si lograra imitarlo.

Mi madre comentaba con frecuencia que yo sería un gran pintor, pero rara vez hablaba de cómo pintaba ella. Cuando se le hacía tarde pintando, explicaba lo fácil que le resultaba durante su juventud. De niña solicitó una plaza en la Escuela de Pintura de la Academia de Bellas Artes de Viena, pero no aprobó la prueba de dibujo al carbón. Tal vez también la rechazaran porque en aquella época apenas había mujeres que pudieran estudiar en las academias. Yo sabía que no debía preguntar por el asunto.

Cuando nací, mi madre tomó la decisión de que yo iría en su lugar a la Academia de Bellas Artes de Viena o por lo menos a la Academia de Artes Plásticas de Múnich. Tenía que andarme con cuidado con todo lo que quedaba por debajo, como la Escuela de Bellas Artes Feige und Strassburger de Berlín o la Escuela de Dibujo Röver de Hamburgo, que eran establecimientos judíos.

Mi madre me enseñó a coger un pincel y a mezclar los colores al óleo. Yo me esforzaba porque quería hacerla feliz, y seguía practicando cuando estaba solo. Fuimos a París, vimos los cuadros de Cézanne en la Galerie Nationale du Jeu de Paume, y me dijo que cuando alguien dibujaba una manzana tenía que quedar como la de Cézanne. Mi madre me dejaba dar la primera capa de sus lienzos, iba de su mano por los museos y procuraba fijarme en todo cuando elogiaba la profundidad del color de un cuadro o criticaba la perspectiva de otro. Nunca la vi pintar.

~ ~ ~

En 1929 colapsó la bolsa de Nueva York, en las elecciones al Parlamento del *Land* de Sajonia el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán ganó cinco de noventa y seis escaños, y por mi pueblo natal pasó un coche de caballos poco antes de Navidad.

Se deslizaba sobre la nieve gracias a unas cuchillas. En el pescante iba un forastero sentado, ataviado con un loden de color verde oscuro que le llegaba a los pies. Mi padre tampoco lo encontró jamás, ni con ayuda de la gendarmería. Así que quedó sin aclarar por qué ese hombre llevaba un cuerno de yunque a su lado, en el pescante.

Es probable que fuéramos unos doce muchachos, y estábamos arrojando bolas de nieve desde la plaza de la iglesia al gallo que había en lo alto de la torre.

No sé quién fue el primero en lanzarle una al cochero. Las esferas de nieve se cruzaron en sus trayectorias y estallaron en la madera de la cabina. Una le dio al hombre en la sien, creí que la mía. Tenía la esperanza de ganarme la simpatía de los demás chicos. Pero el hombre ni se inmutó.

Frenó al caballo. Se tomó su tiempo, bajó del pescante, susurró algo al oído del animal y se nos acercó. Cuando llegó hasta nosotros, el agua derretida le goteaba del cuello de la camisa. Éramos pequeños, no salimos corriendo. Aún tenía que aprender lo que era el miedo. El cochero llevaba en la mano algo corto, fraguado, oscuro.

Hablaba en el dialecto del cantón de Uri, creo, era raro oírlo en mi zona.

—¿Quién ha ido a por mí? —preguntó en voz baja mientras nos observaba.

Oí el crujido de la nieve bajo las suelas de mis zapatos, estaba congelada y centelleaba. El aire olía a lana mojada.

Mi padre me había dicho que la verdad era un signo de amor. Que la verdad era un regalo. Por aquel entonces estaba convencido de que era cierto.

Era un niño. Me gustaban los regalos. No sabía lo que era el amor. Di un paso.

—Yo.

La punta del cuerno de yunque me penetró en la articulación maxilar de la mejilla derecha y me abrió la cara hasta la comisura de la boca. Perdí dos

muelas y medio incisivo. No tengo ningún recuerdo del momento. Sólo que vi los ojos grises de mi madre. Estaba sentada en mi cama del hospital, bebiendo el té con *korn* que se servía de un termo. Mi padre estaba de viaje.

—Me alegro mucho de que no le haya ocurrido nada a la mano con la que pintas —dijo mi madre mientras me acariciaba los dedos.

Un hilo lleno de fenol me atravesaba la mejilla. La herida se inflamó. Durante las semanas siguientes me alimenté del caldo de pollo que preparaba nuestra cocinera a diario. Al principio, el caldo se filtraba por los puntos de sutura. Los medicamentos me aturdían. Hasta que no me vi en el espejo no comprendí que con el golpe del cochero había perdido la capacidad de ver colores.

Algunas personas no diferencian el rojo del verde, yo los había perdido todos. Carmesí, esmeralda, violeta, púrpura, azul cielo, rubio, para mí eran sólo nombres de distintos matices del gris.

Los médicos hablarían de «acromatopsia cerebral», una distorsión del sentido del color que a veces sufre la gente mayor tras recibir un golpe en la cabeza.

Dijeron que se iría corrigiendo.

Mi madre me puso un bloc de dibujo en las rodillas y me trajo un estuche de lápices de colores. Los había encargado en Zúrich para que pudiéramos seguir con las clases en el hospital.

—Han desaparecido —dije.

Sabía la importancia que le daba ella a la pintura.

Mi madre ladeó la cabeza como si no me hubiera oído.

—Mamá, perdona, yo... Ya no veo los colores.

Avisó a un médico, hicieron que mirara unos cuantos dibujos y me pusieron unas gotas en los ojos. El médico le explicó a mi madre que a veces ocurría, que no era tan grave, que de todos modos las proyecciones de los cinematógrafos eran en blanco y negro.

—Perdona, mamá —dije—. Perdóname, por favor. ¿Mamá?

El médico dijo que era un milagro que la red del nervio facial no hubiera sufrido daños. De haber sido así, no podría hablar y la saliva me gotearía de la boca. El médico dijo algo de un chico con suerte. Mi madre estaba sentada a mi lado. Bebía a grandes tragos.

~ ~ ~

Mi madre le envió un telegrama a Génova a mi padre, que condujo durante toda la noche.

—Es culpa mía —dije.

—La culpa ni siquiera existe —contestó él.

Se quedó en el hospital y durmió en un catre metálico a mi lado.

—¿Qué pensará la gente? —dijo mi madre.

—¿Debería preocuparnos? —contestó mi padre.

Cuando sentía el latido en la cicatriz, me contaba historias que había oído en sus visitas a los comerciantes de terciopelo de Peshawar. Mi padre me regaló un cofrecito metálico antiguo, decorado con rosas de Haifa, cuya tapa se atrancaba y que, según él, concedía deseos si la acariciabas tres veces por el borde en el sentido contrario a las agujas del reloj. Mi madre dijo que si esa baratija no desaparecía lo haría ella.

Mi madre ya apenas me tocaba. Si la cogía de la mano cuando salíamos de paseo, se estremecía. Cuando me daba las buenas noches, se quedaba en la puerta mirando por la ventana pese a que fuera estaba oscuro. Mi padre volvió a irse de viaje.

Poco después de mi accidente, un día mi madre bebió tanto que se quedó tumbada en el comedor y tuve que llevarla a su habitación con la ayuda de la cocinera.

Mi madre subía sola de noche a los prados alpinos y en casa a veces se encerraba dos días seguidos con sus lienzos. Yo tenía ocho años y no sabía si era por mi culpa.

~ ~ ~

El lago que había detrás del monasterio de los hermanos menores se convirtió en mi lugar favorito. Por una parte, estaba limitado por un muro musgoso y por la otra, por una pared de roca.

Me tumbaba junto al lago entre las cañas a fumar cigarrillos hechos con el tabaco que arrancaba de los puros de mi padre. La cocinera me enseñó a pescar salvelinos con un palo, un cordel y un clavo doblado. Después ella

los limpiaba, los rellenaba con ajo picado y perejil, los poníamos sobre el fuego en la orilla y nos los comíamos cuando aún quemaban.

La cocinera me enseñó a chupar el néctar de las lilas.

Yo la ayudaba a tejer las trenzas de pan dulce y le llevaba a casa los recipientes de la sala de ordeño. A veces le quitábamos la capa superior a la leche y la compartíamos.

En aquellos tiempos, los niños hacían amigos y los llevaban a casa a jugar. Yo sabía que no podía porque estaba mi madre. Tal vez soporté la soledad porque no podía echar de menos lo que no conocía. Mi madre bebía *arak*, y aunque lo diluía con agua helada, se quedaba aturdida. Yo imaginaba que bebía leche. En el lago había una pasarela que se adentraba en el agua y crujía bajo el sol cuando hacía calor. Una vez, en otoño, me quedé allí mientras oscurecía, en el límite de la pasarela, lanzando piedras planas sobre la superficie. Cuando ni la cocinera ni mi padre tenían tiempo para mí y mi madre se pasaba varios días bebiendo, me sentía invisible.

Observé la pared de roca y me pregunté por qué nunca había visto a nadie saltar.

Fui subiendo por la pared de piedra agarrándome a las hierbas y los salientes de la roca. Desde arriba contemplé el fondo del lago y vi cómo se movían las algas. Corrí hasta el final de la roca y seguí en el aire. El choque contra las suelas de cuero fue duro, el agua me bramó en los oídos y estaba fría. Cuando salí a la superficie me costaba respirar, pero tuve aire suficiente para soltar un grito. Vi las olas que mi salto había provocado en el agua.

Pisé las baldosas de la cocina con las perneras de los pantalones goteando. La cocinera estaba amasando y me preguntó de quién había sido la idea. No supe qué decir. Pensé que uno sólo se puede caer solo. Me apoyé en el horno caliente. La cocinera dio unos golpes con la mano contra los azulejos y levantó polvo de harina. Me dio una toalla. Mi padre había dicho que fuera a verlo esa tarde. Cuando estaba en casa, se pasaba las horas en la biblioteca. Le encantaba leer, durante mucho rato, novelas rusas, filosofía oriental, haikus.

Yo sabía que mi padre y mi madre no se querían.

Entre los dedos hacía girar una panícula de junco que había cogido en la orilla.

—Padres dice que has saltado —dijo mi padre.

Asentí.

—¿Por qué? —me preguntó.

Me quedé callado.

—¿Sabes que a veces el silencio es peor que la mentira? —preguntó.

Me atrajo hasta el respaldo de su butaca de lectura.

Estuvimos escuchando el tictac del reloj.

—¿Por qué es bonito caer, papá?

Se quedó pensando mucho rato. Hasta que empezó a tararear una melodía en voz baja. Al cabo de unos minutos paró.

—Porque somos tontos —dijo.

Nos quedamos los dos en silencio.

Mi padre negó con la cabeza. Sus manos me pesaban en los hombros, olía como sus libros.

—¿Qué pasa, muchacho? Conozco esa mirada.

—¿Mamá está bien?

—Ella... —empezó a decir. Pero torció el gesto—. Tu madre... No pasa nada, sé cariñoso con ella.

Entendí a qué se refería y que sería más fácil guardar silencio. El silencio se convirtió en mi manera de llorar.

—Aguantaremos —dijo mi padre, y me puso una mano en la nuca.

Asentí. Él me miró. Sabía que seguiría saltando.

~ ~ ~

Cuando pienso en mi hogar, me vienen a la cabeza los campos de girasoles que se extendían detrás de casa hasta el bosque.

A nuestra cocinera no le gustaban los girasoles porque no olían a nada, según opinaba ella. Decía que atraían a las abejas con su belleza, pero que no tenían gotas de néctar en el interior, sólo unas pipas feas.

Yo corría por los campos para detectar el aroma de las flores y, entre ellas, comprobé que la cocinera se equivocaba. Los días soleados, cuando el

calor ardía en el polen, los girasoles olían, era un olor muy suave, pero yo lo percibía. Cuando lo reconocí, lo notaba a veces cuando dejaba la ventana abierta por la noche.

Era importante tener buen olfato. Olía el alcohol desde el pasillo cuando llegaba a casa.

Les pregunté al apicultor y a la jardinera a qué olían los girasoles, pero no lo sabían. Pensaba que el hecho de que yo pudiera oler las flores significaba algo.

~ ~ ~

En 1935 mi madre se bebió una botella entera de aguardiente de patata cuando anunciaron la adopción de las leyes de Núremberg. No paró de rellenarse el vaso. Yo estaba sentado a su lado y contaba. Levantó la copa a la salud de Adolf Hitler, al que llamaba «Adolphe», como si fuera francés.

Aquella noche, mientras ella dormía en el parquet de la sala de baile, yo fui a la cocina. La cocinera lloraba sentada junto al horno y para consolarse comía crema de mantequilla recién hecha con una cuchara de madera. Le acaricié las mejillas, como hacía mi madre cuando era pequeño.

Pasados unos días oí una discusión entre mi madre y mi padre en la que ella exigía despedir a la cocinera, pese a que le encantaba comer su *challa* por la mañana. La llamó «cerda judía». Mi padre dijo que no iba a despedir a nadie.

Mi madre pasaba el tiempo casi exclusivamente con sus lienzos. Cuando no estaba pintando, los lienzos estaban del revés apoyados en la pared del desván. Nadie podía verlos.

Por la noche, después de discutir con mi madre, mi padre vino a mi cama. Yo me hice el dormido, él se sentó con las piernas cruzadas en el borde y dijo:

—Muchacho, una cosa... —Hizo una larga pausa.

No estaba seguro de que fuera a terminar la frase.

—Dios Nuestro Señor ha hecho todo lo posible, ¿sabes? Los mirlos y los elefantes... Dios vive en todos los seres, dice san Lucas. ¿Lo entiendes,

muchacho? Tenemos que cuidar de esos seres.

La gravedad que transmitía su voz me resultó desagradable. No contesté. Me pellizcó el pie y dijo:

—Sé que estás despierto.

~ ~ ~

En 1938 se inauguró en Berlín la exposición itinerante «Arte degenerado», en Alemania ardieron en una noche 1406 sinagogas y salas de oración, y a finales de verano fui con el hijo de la cocinera al campo de girasoles, ya éramos lo bastante altos para ver por encima de las flores. El hijo de la cocinera era discapacitado, no sabía contar, no recordaba nada y siempre se estaba mordiendo el labio inferior. Me caía bien.

—¿Los hueles? —pregunté, y rodeé con la mano, por debajo, la cabeza de la flor.

El hijo de la cocinera negó con la cabeza.

Aquel día hubo tormenta, un rayo partió un fresno viejo del jardín y la lluvia tronchó las flores. El jardinero recogió las corolas para salvar las pipas de girasol, no paraba de maldecir y de decir que Dios era una rata.

Cuando atravesamos el campo me cayeron las primeras gotas tibias en la frente. Poco antes de llegar a casa había una bifurcación del sendero trillado. Un camino llevaba a casa, el otro al prado de ordeño.

Desde que tuve uso de razón, en el prado de ordeño pastaba un macho cabrío que la granjera tenía atado a una valla. En el valle todo el mundo sabía que se llamaba *Hieronymus*.

Tenía el pellejo blanco y largo, pertenecía a la raza de las cabras de cuello negro de Valais. Hacía años que el sol alpino lo había dejado ciego. Me daban ganas de acariciarlo, pero mordía. Por la mañana, cuando iba a buscar leche, a veces le lanzaba hojas de nuestras zarzamoras.

Entre los niños del valle nos retábamos a una prueba de coraje que consistía en tirar a *Hieronymus* de los cuernos. Una vez vi cómo el hijo del vaquero le daba una patada al macho cabrío en la blanda barriga.

El día que nos adentramos corriendo en el campo de girasoles, la lluvia nos golpeaba en la cara. Nos hicimos unos embudos con unas hojas de arce

y bebimos el agua de la lluvia. Me alegré de tener nuestra casa, de que dentro hiciera calor y de que esos días mi padre no estuviera de viaje. Pensé en lo que me había dicho sobre los seres de la creación y miré a través de la lluvia hacia el prado de ordeño. Por la mañana, el macho cabrío estaba junto al vallado. Los primeros rayos centellearon en el cielo. El hijo de la cocinera lloraba. Lo cogí de la mano y lo llevé hasta la entrada de servicio de casa. Sin decir nada, di media vuelta y corrí bajo la lluvia.

—¡Truenos! —exclamó el hijo de la cocinera—. ¡Truenos!

La lluvia era cálida. El ascenso no me costó, pero resbalé un par de veces.

Había aprendido a no fiarme de mis ojos y no me sorprendió ver que en el prado de ordeño los rayos salían disparados de la hierba hacia el cielo. Estalló un trueno. *Hieronymus* estaba en cuclillas en el suelo, junto a la valla. Tenía el morro metido en la hierba y los ojos cerrados, como si esperara la muerte. Aunque tal vez sólo estuviera durmiendo porque la tormenta no le interesaba.

Solté la cuerda que lo ataba a la valla. *Hieronymus* lanzó un bufido hacia mí. Me detuve. A veces duele hacer lo correcto.

Hieronymus quiso morderme la mano izquierda. Hacía años que se le habían caído los dientes. Mordió el vacío, pero luego me mordió la derecha, porque se la tendí.

—Pero si soy el de las hojas de zarzamora...

La lluvia le caía del pellejo claro e hirsuto en forma de perlas. Tiré de la cuerda. Le tapé el morro con la mano. Y ya no me volvió a morder, y se quedó quieto. Pensé que quizá había olvidado cómo andar, de tanto tiempo como llevaba atado. Me arrodillé delante de él en el prado y me lo coloqué sobre los hombros. Las costillas del animal me presionaban las clavículas.

El macho cabrío estaba flaco, pero pesaba más de lo que había imaginado. Apeataba a establo. Me temblaban los muslos.

—Perdona por no haberte protegido cuando te daban patadas —dije.

Aquel día le expliqué lo que no le había contado a nadie. Lo mucho que añoraba a mi madre, pese a que seguía en casa con nosotros. Que me sentía invisible. Que no quería mentir porque luego la vida se echaba a perder. Durante el descenso me caí y me di un golpe en las rodillas.

Mientras recorría el camino de cedros de delante de casa se me desgarraron los pantalones y el lodo se me pegó bajo las uñas. El macho cabrío me había mordido el cuello de la camisa.

Mi padre vino a mi encuentro.

—Muchacho.

Cuando me dio un abrazo, *Hieronymus* intentó morderle.

—¿No has visto los relámpagos?

Me arrodillé en la grava y dejé que la cabra bajara deslizándose de mis hombros. Mi padre me quitó el agua del pelo. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Me alegré de que no lo viera por la lluvia.

—Un relámpago puede apagarte —dijo mi padre.

Por supuesto que se dio cuenta de que lloraba, porque eso es lo que hacen los padres.

—Tenemos que cuidar de ellos —dije.

Quería explicarle lo hermosos que se veían los rayos en el cielo, y por qué me alegraba de que hubiera aparecido el cochero, y por qué a veces quería más a mi madre que a él. Pero me quedé callado. Luego grité, tan de repente que me asusté al oír mi voz.

—¡No has cumplido tu palabra, papá!

—¿Qué pasa, muchacho?

—La verdad. Me dijiste que nosotros no mentimos, pero tú sí lo haces sobre mamá.

Vi el dolor en su rostro. No pretendía hacerle daño. El agua de la lluvia tenía un sabor suave. Me agarró de la mano y me acompañó a casa. Cuando estábamos en el pasillo, me preguntó a media voz:

—¿Alguna vez has visto florecer un hibisco? —Se puso en cuclillas delante de mí, de manera que quedó más bajo que yo—. Así es la verdad, muchacho, como los hibiscos. Un día lo entenderás. En Egipto hay jardines enteros. Es maravilloso. Hay jardines enteros. Y florecen mil tipos distintos.

Hieronymus pasó la noche en nuestro invernadero, y por la mañana ya se había comido la mitad de la cosecha anual de calabacines. Durante la noche fui a verlo. Me dejó acariciarle el pelo del cuello.

El granjero lo recogió al día siguiente por la mañana, me dio la mano, se disculpó muchas veces y dijo que se ocuparía de que jamás volviera a ocurrir algo como lo de los calabacines. Dio varios golpes a *Hieronymus* con el canto de la mano entre los cuernos.

Ese año, los miembros de la asociación suiza de criadores de cabras se plantearon qué líneas de sangre seguir, un proceso que llegó a los libros con el nombre de «depuración de razas». La asociación decidió que la Sempione, a la que pertenecía *Hieronymus*, era una raza que no valía la pena continuar.

A finales de verano, mi padre me contó que, poco después de aquella noche de tormenta, el granjero puso a *Hieronymus* al lado de la fosa de estiércol líquido, lo apuntó con un fusil de repetición a dos metros de distancia y le metió un tiro en la frente.

Ese mismo año, mi madre pidió cita con un oculista de Múnich. Éste dijo que mi incapacidad de ver los colores no estaba en los ojos, sino en la cabeza. Mi madre creía que lo único que tenía que hacer era esforzarme lo suficiente. Me llevó al desván.

—Ahora todo volverá a ir bien —dijo.

Sus cuadros estaban apoyados en la pared. Dejó una caja con pinturas de colores en la mesa y desordenó los recipientes. Luego me preguntó qué color correspondía a cada recipiente. Cuando acertaba, asentía. Cuando me equivocaba, me decía que por favor me esforzara más. Para esa clase se puso sus botas de montar, a las que llamaba «botas militares».

Una de las primeras veces que fuimos al desván dijo:

—Por favor, por lo menos el rojo, te lo ruego.

Cuando mi madre había bebido, a veces levantaba el puño, pero se mantenía fiel en su empeño de no tocarme.

Pero tras varias horas de clase, en un rincón del desván, entre los lienzos, apareció un sacudidor de alfombras trenzado de ratán. Me decía que a ella le dolía más que a mí. A veces acababa con la cara en la caja de pinturas por los golpes.

Mi madre me decía:

—Por favor, lávate antes de salir, nadie debe saber que has llorado.

Una vez me quedé así, con la frente apoyada en los colores. Fue cuando me di cuenta de que los recipientes desprendían un olor distinto. Los colores estaban hechos con pigmentos naturales. El azul añil olía a las papilionáceas del invernadero, el amarillo Nápoles a plomo, el rojo cadmio a tierra arcillosa en verano, el negro a hollín, el blanco a tiza.

Me gustaba sobre todo el olor a carbón. Mi madre no me daba más clases que las del desván. Las visitas a los museos quedaron descartadas.

Cuando tenía que reconocer colores para ella, me inclinaba sobre la caja. A veces cogía el recipiente con la mano para poder olerlo mejor. Mi madre me pegaba menos. Una vez acerté tres colores seguidos. Mi madre me acarició el dedo índice.

~ ~ ~

Todos los sábados, después del *sabbat*, cuando anochecía, la cocinera me ponía una compresa de hierba de San Juan en la cicatriz de la cara, y lo siguió haciendo años después de mi accidente. Decía que me ayudaría a tener buen aspecto. Algunas de esas noches la cocinera me abrazaba antes de acostarme. Yo lo esperaba.

La cocinera era la mujer más gorda que conocía. Todos los días hacía pasteles: con bayas en verano, con manzanas en otoño y con almendras en invierno. Decía que eran demasiado deliciosos para el personal y, como siempre había demasiados, por las noches se sentaba delante de la estufa, hacía solitarios y se los comía.

Una vez, mientras me ponía la compresa en la cara, se sentó frente a mí en un taburete de ordeñar, me dio dos pedazos de pastel de miel que había untado con mantequilla y me miró.

—La gente de la casa me dice que siempre eres sincero —dijo la cocinera.

Yo me quedé callado.

—¿Es verdad?

—Claro —contesté.

—Entonces dime la verdad sobre mí.

La cocinera me puso una mano en la cabeza.

—¿Me dices, por favor, si estoy gorda?

Por los nervios, pinché con el tenedor un pedazo grande de pastel y me lo metí en la boca. Me atraganté, y cuando la cocinera me dio un vaso de leche, me puse a toser y me salió la leche por la nariz.

—Ya sé que estoy un poco rolliza, pero me refiero a si estoy gorda.

Asentí con toda la discreción que pude.

Le dolió, lo vi y no me gustó.

—¿Crees que tal vez por eso no encuentro otro hombre? —preguntó.

Bajé la mirada al suelo. Tenía dieciséis años y sabía muy poco de hombres y mujeres y de por qué se gustaban. Me encogí de hombros. La cocinera me dio un apretón con su suave mano.

—Por favor, dime la verdad, Friedrich.

—Sí —contesté yo.

—¿Crees que estoy sola porque me gusta mucho comer?

—No estás sola.

—Pero ¿estoy gorda?

—Sí.

Soltó un suspiro.

—Gracias —me dijo.

—Pero duele —respondí yo.

El horno estaba caliente, oímos crujir la leña entre las brasas.

—Es peor el silencio.

Nos quedamos un rato más sentados en los taburetes de ordeñar, contemplando las llamas del horno, donde en un molde se estaba cociendo un pastel para el día siguiente que poco a poco se fue dorando hasta que la costra empezó a humear. Cogí de la pared la pala del horno y subí el pastel a la encimera.

—Gracias, querido niño, casi se echa a perder, gracias —dijo la cocinera.

Me dio un abrazo. Fingí no ver sus lágrimas.

~ ~ ~

Cuando los tanques alemanes entraron en Libia en la primavera de 1941 porque así lo dictaba la Operación Girasol, mi madre izó una bandera con la cruz gamada en la torre de casa. Fue la única vez en mi vida que oí rugir a mi padre. Luego pidió, en tono calmado, a uno de los chicos que por favor quitara la bandera del mástil, se fue al invernadero, cerró la puerta de cristal esmerilado y soltó el grito que anunció el fin de su matrimonio.

Desde que había empezado la guerra, mi madre se ponía las botas militares cada vez con más frecuencia y bebía hasta que olvidaba cómo hablar. Una mañana me la encontré tumbada delante de la puerta de casa, no se movía. Intenté despertarla llamándola por su nombre. Abrió los ojos, me miró, pero no estoy seguro de que me reconociera.

—¿Aún me quieres? —preguntó.

Luego me puso los dos brazos alrededor del cuello y me apretó con tanta fuerza contra ella que me costó respirar.

—Siento todo esto... —dijo—. Todo esto, todo, siento tanto que...

Fue tan bonito que me perdí de camino al colegio.

A veces, durante el día, deseaba olvidar que mi madre estaba sentada en casa, en la terraza, bebiendo *arak*.

Sin embargo, sabía que nadie cuidaba de ella y que ése era mi deber. A veces apoyaba la cabeza en su pecho a escondidas, cuando estaba tumbada en el suelo y ya no se movía. Escuchaba si aún respiraba.

En aquella época, mi padre tuvo problemas con la exportación de terciopelo debido al embargo comercial. Dijo que se iba a Estambul y que esperaría allí a que terminara la guerra, y que conservaría la villa de Choulex. Mi madre quería mudarse a Múnich y vivir de la fortuna de mi padre. Yo quería viajar y ver algo de mundo. Fue mi padre quien propuso Teherán porque quedaba muy lejos del conflicto.

En verano oí hablar a los mozos de cuadra de los clubs nocturnos secretos de Berlín, de chaperos, cocaína, una fuente de marfil en un gran hotel y una chica negra que cantaba en un carruaje tirado por un avestruz. Uno de los chicos había trabajado una temporada en la ciudad recogiendo manzanas para los caballos y decía que se había ido porque ya no aguantaba

más a los bocazas berlineses, su forma de hablar, siempre tan descarados, decía, y que incluso los peluqueros te contaban lo que pensaban.

—¿Es verdad? —pregunté.

—En Berlín son todos idiotas, también las chicas, no tienen cultura —dijo.

Aquella noche oí por primera vez el rumor. Según el mozo de cuadra, por la noche un camión de mudanzas recorría el barrio de Scheunen y se llevaba a los judíos.

—Nunca vuelven —dijo el chico.

—¿Es verdad? —pregunté.

—Eso dicen los rumores.

—¿Dónde está el barrio de Scheunen?

Alemania parecía el país de los vencedores. La Wehrmacht controlaba Europa y estaba a las puertas de Moscú. Los británicos habían suspendido los ataques aéreos sobre Berlín. La ciudad era otra cosa, pese a todo. Un lugar donde ni los peluqueros tenían pelos en la lengua.

Le pregunté a mi padre por sus viajes a Berlín y me dijo que leyera a Fontane. Leí las novelas que teníamos en la biblioteca y su correspondencia. En una carta dirigida a Heyse en 1860, leí: «Por mucho que se burlen de Berlín, por mucho que admita que de vez en cuando merece esa burla, no se puede negar la evidencia de que lo que ocurre y no ocurre aquí afecta directamente a la actualidad mundial. Para mí se ha convertido en una necesidad oír pasar ese volante pitando muy cerca, con el peligro de que a veces se convierta en algo tan monótono como una rueda de molino».

De noche me quedaba despierto pensando en la palabra «volante» y en el rumor sobre el barrio de Scheunen. En mi cabeza, los alemanes eran lo que yo quería ser. Había visto en el cinematógrafo imágenes de soldados marchando. No quería ser soldado, pero si lo fuera, tal vez se me pegaría una parte de su fortaleza. Le pregunté a mi padre por el camión de mudanzas.

—Lo he oído —dijo.

—¿Por qué la gente hace correr rumores?

—No lo sé, tal vez sea una zona gris. Creo que... no lo sé. —La voz de mi padre sonó insegura cuando me contestó—. Tienen que quedar también alemanes buenos. Creo que la verdad nunca corre tanto peligro como en la guerra.

Se volvió hacia mí y me observó.

—Sé lo que estás pensando, muchacho.

Lo miré directamente a la cara. Intenté sonreír, como si fuera fácil. Vi que tenía miedo.

—No lo hagas —dijo mi padre—, te lo ruego, esta vez no.

Pasados unos días, vi a mi padre y a mi madre juntos en la biblioteca, aunque hacía tiempo que no eran pareja.

—Creo que lo primero que haré será una visita breve a Berlín —dije.

Mi madre respiró hondo.

—Crees —dijo.

—Me voy a Berlín —dije yo.

Mi madre soltó una carcajada.

—¿Y qué se te ha perdido allí? —preguntó.

—Quiero verlo.

—¿Ver qué?

—Y tomar clases de dibujo.

Mi madre enmudeció.

—¿Quieres tomar clases de dibujo en tiempos de guerra? —preguntó mi padre.

—Sólo unos días.

—Es demasiado peligroso.

—Berlín es seguro.

—Pero estamos en guerra.

—Están en guerra en el este, no en Berlín. Allí hace semanas que no cae una bomba.

—Aun así, es demasiado peligroso.

—Voy a ir, papá, tengo que verlo. Yo... Esa zona gris.

Mi padre asintió y se acarició la barbilla.

Alguien tenía que separar los rumores de la verdad. Por aquel entonces me parecía valiente.

—Pero si es una ciudad de judíos... —dijo mi madre.

Después de Navidad, un coche oscuro con matrícula alemana se detuvo en la grava de nuestra entrada. De él bajó un hombre vestido de uniforme. Me escondí en el henil y vi que ponía una mano en el trasero de mi madre. Más tarde, la cocinera me dijo que mi madre le había presentado a ese hombre como su sobrino.

Quería que le enviaran el piano de cola y sus vestidos.

La cocinera me dijo de parte de mi madre que podía continuar con los ejercicios con la caja de pinturas. A mi madre le había roto el corazón que no me hubiese despedido de ella en persona.

Dos años después, mi madre murió calcinada en el cobertizo de un jardín durante un ataque aéreo en Nymphenburg. Su sobrino dijo que había bebido tanto que confundió el cobertizo con el refugio antiaéreo.

Reservé un billete de tren desde Ginebra. La cocinera me dio un gorro que había tejido ella misma y una cesta de mimbre donde amontonó tartas de miel. Me dio un abrazo. Yo metí a escondidas mi mejor anzuelo en un bolsillo de su delantal.

Mi padre me dio un beso de despedida en la frente.

—Que vaya bien —dijo.

Parecía que quería decirme algo más, pero se quedó callado.

Antes de que me llevara a la estación, subí al desván y me acerqué a un lienzo que estaba apoyado del revés en la pared. Hacía tiempo que me preguntaba qué pintaba mi madre. Le di la vuelta hacia la luz. Pasé al siguiente. Sin prisa, fui volteándolos todos. Estaban en blanco.

Encima de la mesa seguía la caja con las pinturas ya secas. Me la llevé. Me fui solo al lago, cogí una piedra de la orilla, rompí con ella la capa de hielo aún fina que cubría la superficie y tiré la caja al agua.

Enero de 1942

Aquel mes se inicia la construcción de las autopistas del Tercer Reich. En un llamamiento al pueblo alemán por Fin de Año, el canciller del Reich, Adolf Hitler, hace hincapié en su predisposición a la paz y llama «belicista» al presidente estadounidense Franklin Delano Roosevelt. Todas las competiciones de esquí, incluido el campeonato del mundo de Garmisch-Partenkirchen, quedan canceladas para que los esquiadores estén a disposición de la Wehrmacht. La temperatura en Múnich alcanza treinta grados centígrados y medio bajo cero. Primero de los diez mandamientos del doctor Joseph Goebbels para todos los nacionalsocialistas: «Ama a Alemania sobre todas las cosas, y demuéstalo con hechos más que con palabras». En los restaurantes berlineses se introduce un plato de la cocina de campaña elaborado a base de alubias y carne de caballo; supuestamente se parece a lo que comen los soldados en el frente. Benno von Arent se convierte en delegado de la moda del Tercer Reich: la falta de tejidos convierte este departamento en todo un reto. La Comisión Estatal del Pan Integral pone un anuncio en la prensa con el texto: «El pan integral es mejor y más sano». En Louisville, Kentucky, una joven sirvienta tiene un hijo y lo llama Cassius Marcellus Clay Junior. A 7290 kilómetros al nordeste de allí en línea recta, en Wannsee, el Obergruppenführer de las ss, Reinhard Heydrich, convoca una reunión. En ella, el ingeniero mecánico Adolf Eichmann explica cómo hay que matar a los judíos de Europa. Cuando el plan está listo, los hombres beben coñac mientras contemplan el lago.

~ ~ ~

Llegué a Berlín a primera hora un día después de Año Nuevo. Los huevos del desayuno que me sirvieron en el vagón restaurante estaban duros y sabían a pescado. Fui de la estación a la Puerta de Brandeburgo. Las calles

eran anchas y no se veía adónde conducían. Berlín olía a carbón, a jabón sólido, a lo que huelen las estufas de leña portátiles, a cera para el suelo y nabos cocidos. Cuando entré en un restaurante y pedí un vaso de Chasselas, la camarera dijo: «¿Cómo?».

La fuente de marfil del hotel era más pequeña de lo que esperaba. El jefe de los botones me saludó tratándome de «excelencia». Sentí alivio cuando vi que no hacía el saludo de Hitler. En el vestíbulo había dos vendedores de prensa y un florista en sus puestos. El encargado de la recepción llevaba levita y el pelo ondulado peinado hacia atrás, tenía unas arrugas que le bajaban rectas por las mejillas y me saludó por mi nombre y con un suave apretón de manos.

Los botones vestían frac y corbata impolutos. El ascensorista sólo tenía un brazo. Le regalé la cesta con las tartas de miel. Cuando el hombre se volvió para darme la mano, vi que llevaba en el brazo una banda de tela con la cruz gamada. Entré en mi habitación y coloqué el caballete junto a la ventana que daba al sur. Había hecho que me lo enviaran por medio de un transportista junto con un baúl. Los carboncillos los llevaba en la bolsa de viaje, en una vieja caja de puros de mi padre forrada con algodón.

Esa misma tarde fui al barrio de Scheunen. Observé a los judíos ortodoxos con sus sombreros y abrigos negros, y me quedé hasta la noche a la sombra de las farolas. Al día siguiente me tomé un café de achicoria en un restaurante del Hackescher Markt y observé por la ventana los coches que pasaban. Al otro día me quedé sentado en el rellano de la escalera de la Bolsa de Berlín hasta que los dedos de los pies se me quedaron fríos. No vi ningún camión de mudanzas.

El primer lunes del año fui, cargado con una mochila de piel lisa, a la Escuela de Bellas Artes Feige und Strassburger, en Nürnberger Straße, detrás de los grandes almacenes Kaufhaus des Westens. La fachada estaba decorada con estuco, que con la humedad se había descascarillado en algunos puntos de las paredes.

Antes de entrar me quedé un momento en la acera de enfrente, pensando en mi madre. Pensé también en mi padre y en las palabras de despedida que no había pronunciado.

El pomo de la puerta era de latón.

La mujer de la secretaría llevaba unas gafas con los cristales sucios. Le dije que me gustaría aprender a dibujar.

—¿Le apetece unirse al grupo y dibujar?

—¿Así, sin más?

—Hoy hay taller abierto de dibujo, un estudio de desnudo. No es difícil. Sólo tiene que decidir cómo quiere dibujarla.

En una sala que olía a colores al óleo había cinco personas sentadas frente a unos caballetes, dibujando. Me quedé un momento en la puerta, mirando la clase.

En un rincón había una estufa de azulejos, fría por la falta de carbón. Con el aliento formaba nubes por la condensación. En los toscos tablones del suelo vi manchas de pintura gris, los intentos de otras personas de captar la realidad en esa sala. Los tablones crujieron, pero nadie me miró. Me quedé con el abrigo puesto cuando me senté ante un caballete libre.

Tenía las puntas de los dedos entumecidas, me los soplé y, pese al frío, noté calor en la cara. Todos miraban al frente.

La piel sobre la que ella estaba tumbada era oscura y demasiado valiosa para tenerla en una sala de aquella escuela de dibujo y para los tiempos que vivíamos.

La mujer estaba tumbada de costado, apoyaba la barbilla en una mano y miraba al vacío de la clase, más allá de todos. De vez en cuando tosía.

La contemplé. Cómo le caía el cabello. Las líneas que se le dibujaban entre los hombros y los anchos huesos de la cadera contra la pared pintada de oscuro, cómo su piel atrapaba la luz.

Estaba un poco más rellena que el ideal de belleza, sobre todo en la zona de las rodillas.

Pensé en un cuadro de Peter Paul Rubens, en la mujer desnuda que representaba. Lo había visto de pequeño con mi madre en el Louvre, pero se me había olvidado el título.

La mujer tumbada sobre la piel sonrió un momento, y le vi la mella entre los incisivos. Sin embargo, en un cuadro, su rostro no quedaría bien con una sonrisa. Cuando más bello se mostraría ese rostro sería en el llanto.

A mi lado, ante los demás caballetes, estaban sentados los alumnos, dibujando. El carbón se me derretía entre los dedos. Cerré brevemente los

ojos y procuré mirar a la mujer como forma y superficie. Me gustaba su naricita. Intenté recordar cómo funcionaba eso de dibujar. Pasados unos segundos me la quedé mirando sin más. Oculté la cicatriz tras el caballete.

Cuando terminó la clase, la mujer se levantó y cogió una toalla de algodón que le tendió un hombre. No se envolvió en ella, la dobló y se la puso sobre el brazo. Salió desnuda de la sala.

Enrollé la hoja de papel Ingres en blanco y la metí en mi mochila de piel lisa.

Más tarde la vi fuera, vestida y rodeada de tres hombres que bromeaban a voces. Fumaba y miraba al otro lado de la calle. Me despedí con un gesto de la cabeza. No me vio.

Cuando me dirigía a la parada de metro, el viento soplaba a través de mi abrigo, pero apenas me molestaba. Empezaron a caer unos copos finos.

Por el camino vi un cartel en la pared de un edificio en el que se veía a una mujer de cabello claro, y pensé que se parecía a la chica de la escuela de dibujo. El letrero decía: «¡LA MUJER ALEMANA NO FUMA, LA MUJER ALEMANA NO BEBE Y LA MUJER ALEMANA NO SE MAQUILLA!».

~ ~ ~

Caso 2 a 13: Señora Steiner con cuatro hijos

Señora Katz con dos hijos

Señora Gelbert con un hijo

Señora Herschendörfer con un hijo

Testigos: 1. Gerda Kachel,

2. Elly Lewkowicz

Las testigos Gerda Kachel y Elly Lewkowicz trabajaban junto con las encausadas en la empresa Siemens, pero vivían de manera ilegal. De día se alojaban en casa de Aron Przywczik, en Schönhauser Allee 152. Se dirigieron a Lothringer Straße 24-35 para visitar a una tal señora Steiner. Encontraron la casa sellada. Willi Israel, que vivía enfrente, les informó de que la encausada y Rolf Isaaksohn habían estado observando mucho tiempo la casa de Steiner, frecuentada por numerosos judíos que vivían de forma ilegal. Un día, la policía secreta del Estado fue a la casa a buscar, en presencia de la encausada y de Rolf Isaaksohn, a los siguientes judíos:

Señora Steiner con cuatro hijos

Señora Katz con dos hijos

Señora Gelbert con un hijo
Señora Herschendorfer con un hijo

Estas personas fueron deportadas a Auschwitz. Cuando la testigo Kachel llegó a Auschwitz poco después y preguntó por ellas, supo que todos habían sido asesinados en la cámara de gas.

Tomo II/162-163
Tomo I/16, 38, 182, 184

~ ~ ~

El coche traqueteaba y chirriaba, los cristales estaban empañados. Me senté al lado de la ventanilla, me hice una mirilla con la palma de la mano y apoyé la frente en el frío cristal. Fuera vi a hombres vestidos de uniforme y con botas militares, mujeres con abrigos que llegaban hasta el suelo, columnas publicitarias llenas de carteles que promocionaban el Persil («LAVAR LA ROPA SUCIA PROPORCIONA BIENESTAR»), cámaras fotográficas («FOTOGRAFÍE SIN ATADURAS CON LAS PEQUEÑAS CÁMARAS ZEISS IKON») y algo que no conocía y que servía para aumentar el tamaño de los pechos femeninos («UN BUSTO BONITO GRACIAS A RONDOFORM»).

En todos los mástiles y en muchas casas ondeaban banderas con la cruz gamada. Nos cruzamos con un autobús de dos pisos que llevaba escrito «Coca-Cola». Por la tapa de la alcantarilla salía vapor. A mi lado, en el tranvía, iba una mujer con una estrella en el abrigo. Viajaba de pie, pese a que apenas había pasajeros y quedaban muchos sitios libres.

—Por favor, siéntese —le dije.

Ella se negó con un gesto de la cabeza.

—Se lo ruego —dije yo.

—No puedo —contestó.

Me dio vergüenza poder sentarme yo y ella no, y ya no la miré más.

Me sentí lejos de ella y me pregunté cómo iba a superar esa sensación de soledad que me había invadido desde que había subido al tren nocturno. Las banderas, los edificios altos, la gente con la estrella, el ruido, el olor, todo me resultaba extraño. De lejos, los alemanes parecían grandes, de cerca tan pequeños como yo. Sólo eran grandes los decorados, sobre todo las

banderas. Las banderas alemanas eran enormes. Me propuse seguir mi viaje cuanto antes.

Se sentó sin hacer ruido a mi lado, tan cerca que la piel del abrigo me hacía cosquillas en la mano.

Me volví y la miré a los ojos. Era joven, casi una niña.

Desde su ángulo no podía verme la cicatriz. Eché un vistazo rápido al otro lado y vi mi reflejo en el cristal de la ventanilla. No me atrevía a volverme del todo hacia ella porque me vería la cara. Tenía los hombros caídos hacia delante, como si tuviera frío. El aliento le olía a *kirsch*. Me acarició la manga.

—Qué bonito, tan suave... —dijo.

No supe qué contestar. Estuvimos sentados en silencio un rato.

—¿Puedo ver cómo me has pintado? —preguntó.

Hablaba con acento berlinés. Al principio no me moví, me quedé sentado y luego negué con la cabeza. Ella llevaba un paquete de café en grano en el regazo, lo sujetaba con fuerza con ambas manos.

—Mira, me han dado un paquete entero por hacer de modelo.

Se quitó una pelusa del abrigo. Pensé en la hoja de papel enrollada, en blanco, que sobresalía de la mochila. No había podido pintarla y ahora no me atrevía a hablarle. Ella se había dirigido a mí como si tal cosa. Me incliné hacia delante poco a poco, apoyé la frente en el respaldo del asiento delantero y noté la madera barnizada.

Me agarró el hombro con la mano. Me tocó como si lo entendiera todo.

Cuando me levanté, demasiado pronto, para apearme en mi parada, ella también se puso en pie. Era más baja que yo. En los asientos quedábamos muy igualados.

—Adiós —dije, y me abrí paso por delante de ella.

Le rocé el muslo con la rodilla. Caminó detrás de mí por el vagón, agarrándose al borde de los asientos. En el pasillo, junto a la mujer con la estrella de David, se detuvo, miró el paquete de café que tenía en la mano, dio un vistazo a su alrededor y le puso el paquete a la mujer contra el pecho. No dijo ni una palabra y siguió andando hasta que llegó a mi lado, delante de la puerta.

—¿Conoce a esa mujer? —pregunté.

Ella negó con la cabeza.

—Pero ¿no es peligroso?

—¿El qué?

—Ayudar a un judío.

Lo pensó un instante. Sonrió, pero sólo un segundo, luego puso el semblante serio.

—Soy Kristin.

Me tendió la mano.

—Friedrich.

Nos quedamos un momento uno delante del otro dándonos un apretón. El tren traqueteaba. Se me estaba humedeciendo la palma de la mano. Kristin me miró de arriba abajo. Yo me miraba los zapatos.

Hice un amago de darle un beso en la mano y dije:

—Disculpe que no me haya presentado. Hola, *mademoiselle*.

Ella sonrió y luego hizo una reverencia.

—Mira por dónde, un suizo. Hola.

Sentí cierto orgullo cuando asentí con la cabeza.

—¿Con pasaporte suizo de verdad?

Nunca me lo había preguntado nadie. Asentí de nuevo. A Kristin se le transformó el rostro, algo en los ojos, tal vez la dilatación de las pupilas. Dio un paso hacia mí.

—Un suizo en Berlín —dijo, y continuó—: ¿Por qué no me has dicho que me habías pintado? Estabas sentado al fondo a la derecha. Me fijo en esas cosas.

Me había visto.

Se tambaleó un poco cuando el tren se paró y me cogió de la mano.

—Encantada de conocerla —dije yo—, me bajo aquí.

—¿Lo haces mucho, eso de no contestar preguntas? —preguntó.

Se agarró a mi hombro en los escalones y bajó conmigo. El abrigo le iba grande, las manos le quedaban ocultas en las mangas, había subido el dobladillo varias vueltas y quedaba justo sobre la nieve. Apretó mi brazo contra su pecho. Dijo que a veces a ella también le daban esos vahídos, como cuando yo había apoyado la cabeza en el respaldo del asiento, era por

el traqueteo del tren. Insistió en llevarme la mochila y dijo que me acompañaba a casa. Nunca se me había ofrecido nadie.

—Pero usted es una señorita —dije yo.

—¿Qué significa eso?

—Que yo debería acompañarla a casa a usted.

—No seas bobo —dijo ella.

~ ~ ~

Cuando atravesamos la Puerta de Brandeburgo, la nieve caía con fuerza y los estandartes con las cruces gamadas chasqueaban contra el viento. Kristin caminaba dando pasitos a mi lado. La observé con el rabillo del ojo.

—¡Carnets de identidad!

Un guardia urbano nos cortó el paso. Delante del hotel había controles de pasaporte con frecuencia porque los judíos no podían entrar en el barrio del Gobierno. «Prohibido judíos», había dicho el recepcionista, al tiempo que se encogía de hombros.

Kristin suspiró cuando nos detuvimos.

El policía miró dos segundos mi pasaporte.

—He dicho el carnet de identidad.

—Soy suizo, sólo tengo pasaporte.

—Un extranjero en el Reich... —dijo el policía, y acercó la cara a la mía —. El carnet de identidad, pero ya.

—Disculpe...

Kristin metió su carnet de identidad entre nuestras caras.

—Empiece por el mío, señor comisario.

Miré su bolso abierto, dentro llevaba un libro de Benjamin Constant. Más tarde me enteraría de que estaba prohibido. El policía se volvió hacia ella. En ese momento, Kristin se quitó la capucha de piel y el cabello rubio resplandeció a la luz de las farolas.

—Venga —dijo ella, ladeó un poco la cabeza y sonrió al policía.

El hombre cambió el peso de un pie al otro. Se dio un golpecito en la gorra.

—¿Cree que eso va a funcionar conmigo, querida? —Puso una mano en la porra—. He dicho los carnets de identidad.

Kristin me agarró los dedos. Respiró hondo y dijo:

—¿De verdad no sabe a quién tiene delante de las narices?

—¿Ha bebido, señorita?

Me sentí pequeño al lado de ellos dos. Kristin alzó la voz. Y pronunció las frases siguientes casi sin acento berlinés.

—Tiene ante usted al Obersturmbannführer de las ss Franz Riedweg. Médico en la oficina central de las ss.

—¿Médico? —preguntó el policía.

—En la oficina central de las ss.

El policía no paraba de mirarnos. Procuré aguantarle la mirada, pero siempre apartaba los ojos. Tenía el pasaporte en la mano, con mi nombre verdadero.

—Pero... —dijo el policía.

—Dígame su nombre —le ordenó Kristin.

—¿Mi nombre?

—Informaré de lo sucedido. Es usted una vergüenza para la patria. Tratar así a un oficial de alto rango. Qué vergüenza.

—Pero... —El policía se volvió hacia mí—. Pero, señor Obersturmbannführer, ni siquiera lleva uniforme. ¿Cómo iba a saber...?

—Por supuesto que no lleva uniforme —afirmó Kristin—, hoy es lunes.

Luego pasó junto al hombre y me arrastró tras ella. Yo no entendía qué estaba haciendo. No era ilegal ser suizo y estar en Berlín. Ese policía sólo podía intimidarnos. Sin embargo, hacerse pasar por miembro de las ss sin serlo era poner en peligro la vida.

—Le enseñaré mi pasaporte —le dije en voz baja a Kristin.

Ella tiró de mí.

—Tú sigue andando con calma —me ordenó.

—Pero nos va a detener...

—Aquí no van a detener a nadie.

Tenía la esperanza de que Kristin no notara que me sudaban las manos.

Tras dar unos cincuenta pasos, cuando estuvimos seguros de que el policía nos dejaría en paz, Kristin me dio un codazo suave en las costillas.

Me sonrió. Le cayó un copo de nieve en la nariz y se derritió.

—¿Por qué no llevan uniforme los lunes? —pregunté.

Sonrió de nuevo y se encogió de hombros.

—¿Dónde vives en Berlín? —preguntó.

Señalé al otro lado de Pariser Platz, hacia el Grand Hotel. Ella se quedó quieta y me soltó. Me sequé a toda prisa las palmas de las manos en las perneras.

—No lo dirás en serio... —Tosió con la boca cerrada y me agarró del brazo—. ¿Estás de vacaciones?

Asentí.

—¿En el hotel?

—Sí.

—Un poco caro, ¿no?

Me quedé callado.

Kristin se despidió en la puerta giratoria con un gesto de la cabeza.

—¿La próxima vez me enseñarás el dibujo que has hecho de mí, pequeño? ¿Y vendrás el sábado al Melodie Klub? Canto ahí.

Dijo «pequeño» con mucho acento berlinés, sonó absurdo porque ella era más pequeña que yo, pero me pareció bonito.

—Pero no sé bailar.

—¿No sabes bailar?

—No.

—¿Y eso?

—Sólo bailaba de pequeño con mi madre.

Kristin me acarició la manga.

—¿De pequeño?

—Sí.

—Bueno, lo sigues siendo en cierto modo.

Se dio la vuelta, dispuesta a irse.

—No la he pintado —dije, a toda prisa.

Soltó una carcajada y se volvió de nuevo hacia mí, con una mirada curiosa y afable.

Se hizo el silencio un momento.

—¿Qué quieres decir?

—No he podido.

—¿Por qué no?

—Tan sólo he podido mirarla. —Tenía el corazón acelerado—. Yo...

Me rozó la mejilla con los dedos. Yo enmudecí. Tenía la mano seca.

—No pasa nada.

Me acarició la ceja con el pulgar, hizo una reverencia, dio media vuelta y se fue.

—¿Puedo acompañarla un trecho?! —le grité.

Se dio la vuelta de nuevo y dijo:

—No, pequeño.

Se puso un Juno entre los labios y lo encendió con una cerilla. Sostuvo el cigarrillo entre el dedo índice y el pulgar.

Se fue andando por el paseo bajo los árboles pelados, por el medio, entre la grava y la nieve. Daba pasos pequeños, no lograba caminar en línea recta. Sacó una botella del bolsillo interior del abrigo y bebió mientras andaba. Con las puntas de los pies un poco giradas hacia dentro. Cuando estaba seguro de que ya no lo haría, se volvió y me saludó con el brazo derecho estirado.

Cambié de acera y caminé tras ella, quería verla un poco más. Ella se volvió otra vez, miró hacia la entrada vacía del Grand Hotel y me buscó. Se detuvo unos segundos como si respirara hondo, sacó del bolsillo del abrigo un espejo pequeño, lo abrió, se miró y se colocó bien los rizos. Bajó la cabeza y se quedó quieta. Dejó caer el cigarrillo.

Fue como si Kristin se quedara dormida de pie. Luego despertó de nuevo. Levantó la cabeza, irguió la espalda, echó los hombros hacia atrás y levantó la barbilla. Recorrió el paseo hacia el oeste, dando pasos largos y seguros.

~ ~ ~

Caso 16: Schiller

Testigo: Gerhard Schiller

Georg Schiller visitó el centro de documentación de Grunewald. En la puerta de dicho centro se encontraba la encausada, que le explicó: «Todo está en orden. Sólo tiene que esperar la tarjeta

en la sala, se la harán enseguida». Sin embargo, Schiller fue detenido junto con otros judíos a petición de la encausada, trasladado a las dependencias de Große Hamburger Straße y luego asesinado en Auschwitz.

Tomo I/2

Tomo I/158, 15

Tomo II/158

~ ~ ~

Estuve yendo durante dos semanas a la escuela de dibujo, practiqué en la habitación del hotel, visité museos, intenté no pensar en Kristin y aun así pensaba en ella. Pasaba mucho tiempo en el barrio de Scheunen.

Transcurridas esas dos semanas compré un billete de tren a Estambul y decidí que quería despedirme de Kristin.

Le pregunté al ascensorista manco si conocía el Melodie Klub. Él me preguntó si sabía que ese tipo de establecimientos eran ilegales.

—Ponen música de negroides, señor —dijo el ascensorista—, está lleno de judíos, señor.

—La música es música —dije yo.

—Si el señor lo dice... —contestó el ascensorista.

Cuando esa noche entré en mi habitación del hotel, bajo el pisapapeles del escritorio había una hoja con el nombre de una calle, un número y la palabra «*moabit*». «¡Cuidado!», decía al lado.

El sábado por la noche me presenté en esa dirección. En una columna publicitaria delante del hotel había colgado un cartel del Comité de Guerra que decía: «AHORRA JABÓN, ESTÁ HECHO CON GRASA Y ACEITES Y AHORA SON MUY NECESARIOS. ¡NO LO SUMERJAS EN EL AGUA DE LAVAR! ¡NO LO PONGAS BAJO EL GRIFO! ¡EVITA ENJUAGADOS INNECESARIOS! ¡MANTÉN LA JABONERA SIEMPRE SECA! ¡NO TIRES LOS RESTOS DE JABÓN! ¡UTILIZA CEPILLOS, ARENA, PIEDRA PÓMEZ, CENIZA DE MADERA, HIERBA PARA FREGAR (COLA DE CABALLO), CENIZA DE TABACO Y LAVA A MENUDO CON AGUA CALIENTE!».

Corrían tiempos de signos de exclamación.

Berlín era ruidoso. El toque de medianoche de la iglesia del Redentor, el sonido de los cascos del caballo de un coche. De un bar salían la música de

un violín y los pisotones de las suelas de los que bailaban, los coches pasaban con sus motores de leña estridentes.

Sin embargo, mi camino me llevó por una calle silenciosa cubierta de arena y bordeada de castaños. Inspiré el aire nocturno.

Más adelante había unas naves industriales de ladrillo. El edificio donde en principio se encontraba el club estaba oscuro. Si uno se ponía justo delante, se oía un ruido sordo. Acerqué la oreja a la puerta. No estaba cerrada. Atravesé un vestíbulo y bajé una escalera a cuyos pies había una puerta de acero. En una placa atornillada al metal se leía: «PROHIBIDO BAILAR SWING, CÁMARA DE CULTURA DEL REICH». De dentro me llegó el sonido de un saxofón. Las bisagras estaban engrasadas.

Dentro tocaba un pequeño conjunto de jazz: un pianista, un batería, un contrabajo y un hombre con un saxofón. La gente bailaba una canción lenta. En la penumbra vi una barra de metal galvanizado. La atendía una mujer con camisa blanca y tirantes, de figura delicada y erguida. Cuando me acerqué vi que, pese a ser invierno, tenía la cara moteada de pecas. El ambiente estaba cargado. Ése era el Berlín que esperaba. En el club no había ventanas.

Me sentía mucho más a gusto en espacios oscuros.

Me senté a una mesa en un rincón a cuyos pies descansaba un galgo.

Al cabo de un rato se abrió la puerta. Entró un hombre. Era tan alto que tuvo que agachar la cabeza. Llevaba un sombrero de fieltro en la cara, el abrigo parecía hecho a medida. En la mano sujetaba algo envuelto en papel. Vi que el galgo abría un ojo. El batería cambió a un ritmo rápido, tal vez fue casualidad.

El hombre esbozó una media sonrisa. Todos lo miraron. Se dirigió al bar al ritmo de la música, y la mujer pecosa se acercó a él. Él aprovechó el impulso para hacer girar a la chica en la pista de baile. Los músicos tocaron toda una canción sólo para aquel hombre, o eso me pareció. Bailó con los ojos cerrados, luego besó a la mujer, dejó caer la mano de la chica, dio media vuelta y se acercó a mí. El corazón se me desbocó. Cuando estuvo más cerca vi que, bajo el sombrero, el cabello claro le caía sobre la frente. Era mayor que yo, tendría unos treinta años, pero su sonrisa me recordaba la de un colegial. No tenía ninguna cicatriz en el rostro.

Se arrodilló en el suelo delante de mí y sacó del papel un pedazo de carne de vacuno cruda y nervuda. En una funda que le colgaba del cinturón llevaba una pistola. El galgo engulló la carne. El hombre echó un vistazo a la sala, luego posó su mirada en mí.

—¿Puedo? —preguntó, al tiempo que señalaba con una mano la silla que había a mi lado.

Me llamó la atención su voz aguda, frágil, que no encajaba con el cuerpo. Se sentó muy erguido.

—¿Alguna vez le han dicho que tiene unas pestañas increíblemente bonitas? —preguntó, y me señaló los ojos.

Asentí sin querer; por supuesto, nunca nadie me lo había dicho.

—También es un aficionado de la música prohibida, ¿verdad? —preguntó.

No pude evitar mirarle las manos. Se limpió la sangre con un pañuelo blanco.

—Del jazz, quiero decir. ¿Le gusta el jazz?

—Sólo he quedado con una conocida.

—Maravilloso —dijo el hombre, y levantó su copa.

Debía de llevarla medio llena en el bolsillo del abrigo. Era un vaso de coñac de cristal.

—Por la conocida —dijo.

Cuando bebió, me guiñó un ojo por encima del borde del vaso. Tenía sangre pegada bajo la uña del anular izquierdo.

Nos quedamos sentados uno al lado del otro escuchando un poco a los músicos. Una mujer con pinta de ser del sur cantaba con voz aguda.

*When dawn comes to waken me,
You're never there at all.
I know you've forsaken me
Till the shadows fall.*

—¿Sabe que hace años que Porter no escribe? ¿Verdad? Desde que tuvo el accidente montando a caballo. —El hombre hablaba bajo, como si temiera que lo espieran—. ¿Toca algún instrumento?

—Antes tocaba la viola, pero no demasiado bien —dije yo.

Observó mis dedos, luego me agarró las yemas. Hacía mucho tiempo que no tenía una viola entre las manos.

—Tenemos que tocar juntos sin falta. ¿Es usted suizo?

Asentí.

—¿De dónde? —preguntó.

—De Ginebra.

—Ah, Ginebra, el Grand Théâtre, brindemos por ello.

El hombre pidió una botella de coñac, me explicó que había tenido una niñera suiza y que por eso le gustaba mi acento. En ese momento tenía contratada un ama de llaves de Lausana. Luego me empezó a contar que Cole Porter había estudiado Derecho en Harvard, y que si la forma de su nariz revelaba algo sobre su inteligencia... Ese hombre hablaba mucho.

Pero en algún momento paró para preguntarme:

—¿Qué hace usted?

—¿A qué se refiere?

—¿Qué hace usted en la vida?

—Viajar —dije—. Viajo.

—Estupendo —contestó—. ¿Y qué más?

—Nada.

—Pues debería hacer algo.

—Dibujo un poco. ¿Y usted?

—No tan rápido. ¿Por qué lo hace?

—¿Por qué estoy aprendiendo a dibujar?

—Sí, joven, por qué está aprendiendo a dibujar, sí.

Me quedé un momento ahí, sentado, reflexionando. Mientras el hombre me observaba.

—Ya no podía más, y me siento seguro dibujando —dije—, con los cuadros, me siento seguro. ¿Me entiende?

Me agarró por los hombros.

—No.

Nunca había conocido a una persona con semejante mirada. El hombre me acarició la clavícula.

—Podría llegar a gustarme —me dijo.

Yo sabía que era superior a mí en todo.

Cuando salió del sótano para airearse fuera, delante de la puerta, la camarera pecosa se acercó a mi mesa.

—¿Eres amigo de Von Appen?

Von Appen. Negué con la cabeza.

—No —dije.

—¿Es verdad que es un príncipe de Moravia? —preguntó.

—Lo siento, no lo sé.

—Por lo que me han dicho, como mínimo es barón.

—No lo sé.

—¿Y qué sabes?

—Yo...

—Pero ¿y la historia de los caballos?

Negué con la cabeza.

—Tienes que conocer la historia de los caballos.

—Lo siento.

Me agarró con una mano la solapa de la americana y se acercó tanto a mi rostro que le noté el calor de la piel.

—Pues ésta es la historia de los caballos, atento: de pronto, en algún lugar de Prusia oriental, cuando la Segunda División acorazada disparaba a los últimos y sólo quedaban unos cuantos, apareció con los polacos. Esos polacos son unos perros asquerosos. Según me han contado, esconden granadas en calcetines, los untan de resina y los pegan bajo los tanques. Son unos cerdos cobardes. En fin, que una noche se presenta Von Appen. Y ahora viene lo bueno: aparece montado a lomos de un caballo negro en el campamento de la Segunda División acorazada como si fuera la muerte con la guadaña. Algunos dicen que el caballo era blanco, como si eso tuviera importancia. En todo caso, como la muerte con la guadaña. Sin uniforme ni arma, salvo por un puñal que lleva oculto en el cinturón. Dice que ha llegado para ocuparse de los partisanos. Él solo. El hombre de la guadaña con su caballo y su puñal. Por lo visto, de noche tiene la vista de una lechuza. Y sabe montar a caballo. Y baila el vals vienés como un duende. Y toca el violín como un concertista. Así que se planta delante de la tienda del capitán y dice...

Von Appen me puso una mano en el hombro. La camarera pecosa dio un respingo.

—¿Qué, contando batallitas? —preguntó, y guiñó un ojo—. Era comandante. Capitán es quien pilota un barco.

La camarera le dio un beso en la mejilla y regresó a la barra.

—¿Es cierto? —pregunté.

—Lo del duende, sí —dijo Von Appen.

—¿Y lo del puñal?

—Por supuesto que no.

—Entonces ¿por qué va contando eso?

—A la gente le encantan esas cosas.

—Pero es mentira.

—Sí. Precisamente.

No nos fijamos enseguida en Kristin cuando salió al escenario. Susurraba las canciones. En algunos momentos no entonaba bien. Cantaba en inglés con acento de Berlín. Llevaba una pluma de pavo real en el pelo y un vestido de puntitos que se le tensaba en las caderas. Después de la tercera canción nos miró.

—Cáspita —dijo Von Appen—, no será ésa, ¿verdad? Es fenomenal.

Daba golpecitos con los nudillos en la pata de la silla siguiendo el ritmo.

—Soy Tristan.

—Friedrich.

—Tiene unas tetas como para atrapar ratones —comentó.

—Por favor, no hable así de ella.

—Éste es *Muck* —dijo Tristan como si nada, señalando el perro con el índice—. Galgo italiano.

Asentí. No entendí qué quería decir y no me atreví a preguntar por qué su perro estaba tumbado solo en el club. Tristan se agachó y le rascó las orejas.

—Así se llama la raza, es joven, un galgo italiano. Una de las mejores razas. Tienen que correr veinte kilómetros todos los días. ¿Te gustan los perros?

—No —contesté.

Tristan se rió como si fuera una broma.

—¿Puedo preguntarle algo yo también, señor Von Appen?

—Tristan. Lo que quieras.

—¿Qué hace usted? —pregunté.

—Absolutamente nada —dijo—, sólo vivir.

Kristin bajó del escenario y se acercó a nuestra mesa. Me saludó con un beso en la cicatriz. Se me puso la piel de gallina.

—Has venido —me susurró al oído.

Y percibí un aroma a gasolina y regaliz, era el olor del Ballistol, un aceite para engrasar armas que conocía de casa, pero tal vez me lo imaginé. Kristin se colocó detrás de la oreja un rizo rubio, pero le volvió a caer enseguida hacia delante.

«Has venido».

Delante de Tristan, Kristin hizo una reverencia que me pareció irónica. Él le cogió la mano entre sus dedos delgados de manicura cuidada y le dio un beso. La sangre que tenía bajo las uñas había desaparecido.

—Yo ya la he elogiado en numerosas ocasiones —dijo.

—Gracias —contestó ella.

—¿Era *Moonglow*? —preguntó Tristan.

Kristin se llevó el índice a los labios entreabiertos.

—Prohibida —susurró, y se echó a reír.

—Maravilloso —dijo Tristan.

Me pasé el resto de la noche escuchando. Era feliz mirando de cerca los hoyuelos de Kristin y me pareció bonita la elegancia con que Tristan movía las manos y el modo con que hablaba de los ritmos del swing. No paraba de darme golpes en el hombro, como si nos conociéramos desde hacía años. Kristin me pidió en la barra un bocadillo de jamón y se lo comió ella. Me puso los dedos sobre las rodillas. Nadie me había tocado nunca así.

Comía bombones que sacaba de su bolso de mano. Le torció a Tristan el ala del sombrero. Bebió con prisa y dejó que pagáramos nosotros. Tristan se emborrachó. Tuvo que apoyarse en el canto de la mesa.

Era una mañana fría.

Cuando salimos del club había escarcha en los cristales de las naves industriales. Kristin nos agarró del brazo. Tristan se tambaleaba. Kristin

caminaba muy erguida. El perro trotaba a pasos cortos junto a nosotros. Tristan se había vuelto a esconder el vaso de coñac en el bolsillo del abrigo. Se subió a su coche, que había aparcado delante del club, se puso el perro en el regazo y le acarició el pelo de detrás de las orejas.

—*Aut viam invaniam aut faciam* —dijo, y me señaló con el índice—. ¿Quién lo dijo?

Yo me quedé callado. Tristan puso en marcha el motor.

—Aníbal —respondió.

Luego puso una mano sobre la mía y la acarició.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó.

Se fue sin esperar respuesta. Y con el parabrisas cubierto de hielo.

—¡Que duermas bien, borracho! —le gritó Kristin.

Me arrastró por la arena de la calle congelada y me besó tres castaños después. Mantuve los ojos abiertos. Ella se agarró con las manos a mis tirantes.

—*Inveniam, no invaniam* —dijo—. Menudo fanfarrón.

Me acarició el cabello de la nuca. Sabía a humo y alcohol, y tenía la nariz fría. Tuvo un ataque de tos. No me molestó porque al toser apoyó la barbilla en mi hombro. Sabía abrazar. Yo estaba mareado del coñac, pero quería que esa noche durara para siempre. Kristin me acarició una mejilla.

—Mi suizo... —dijo.

—Antes a veces me sentía invisible —dije yo.

—Eres muy peculiar.

—Como si no estuviera.

No sé por qué hablé de eso en aquel momento. Noté que ella subía las manos por debajo de mi abrigo hasta el cuello.

—Ahora estás conmigo.

La rodeé con mi abrigo para que no tuviera frío. Antes de que me diera un último beso aquella mañana le pregunté lo que llevaba horas pensando.

—*Moonglow* —dije.

—Sí.

—¿Por qué está prohibida?

—Es de Benny Goodman.

—¿Y...?

La mano que tenía en mi cuello me agarró con fuerza.

—Es judío —dijo.

Sacó las manos del abrigo, retrocedió un paso, se llevó el índice a los labios y luego lo apoyó en los míos. Se fue sola en la mañana.

~ ~ ~

Caso 18 a 21: Chaim Horn con esposa y dos hijos

Testigo: Else Weidt

La encausada llegó al Taller para Ciegos Weidt de Berlín C2, en Rosenthaler Straße 29, donde principalmente trabajaban judíos que se ocultaban ahí. Al día siguiente, la policía secreta del Estado los capturó a todos a petición de la encausada y los trasladó al centro de Große Hamburger Straße; entre ellos se encontraba Chaim Horn, que estaba escondido con su esposa y sus dos hijos en un cuarto secreto al que se accedía a través de un armario ropero. La familia Horn fue trasladada junto con otros judíos a Terezín o Auschwitz, y desde entonces está desaparecida.

Tomo I/10, 217, 218

OceanofPDF.com

Febrero de 1942

La emisora pública estadounidense Voice of America emite su primer programa en alemán. Escenarios de la guerra marítima de la marina de guerra alemana este mes: Atlántico norte, Atlántico oeste, Atlántico medio, Pacífico sur, Pacífico sudoeste, Pacífico central, mar del Norte, Mediterráneo, Báltico, océano Índico, mar Negro, golfo de Vizcaya. A los judíos del Reich alemán se les prohíbe tener mascota. Glenn Miller recibe el primer disco de oro de la historia de la música por la canción *Chattanooga Choo Choo*. Segundo de los diez mandamientos del doctor Joseph Goebbels para todos los nacionalsocialistas: «Los enemigos de Alemania son tus enemigos: ódialos con toda tu alma». Se entregan los Óscar en el Biltmore Hotel de Los Ángeles; Walt Disney gana en la categoría «mejor corto de dibujos animados». El campesino Blasius Diegruber de Russbach y su esposa, Anna, son condenados a dos años y un año de reclusión, respectivamente, por el tribunal de Salzburgo por matar animales de forma clandestina. Una comisión de control del gobierno estadounidense ordena confiscar todo el aluminio del país. Goebbels anota en su diario: «Debemos crear la posibilidad de distensión a través de música ligera en la radio, literatura de entretenimiento y recursos parecidos». Los restaurantes italianos reciben la orden de servir platos de carne sólo los sábados. Sale de Beuthen, Oberschlesien, el primer tren cargado de judíos con destino a Auschwitz.

Dejé que el billete a Estambul caducara. Y dediqué los días siguientes a hacer un ejercicio que me había puesto un profesor de la escuela de bellas artes. Intenté dibujar una manzana.

La coloqué en el antepecho de la ventana. El profesor había dicho que era un objeto simple. Intenté encontrar la sombra, los puntos oscuros, para darle un centro de atención al cuadro. De niño había dibujado docenas de

manzanas, es un ejercicio para principiantes, pero yo pensaba en los cuadros de Cézanne, en cómo pintaba él las manzanas. Al mediodía del tercer día me la comí.

En la secretaría de la escuela de bellas artes pregunté por el apellido de Kristin.

—¿Es usted uno de sus alumnos de latín? —quiso saber la secretaria, que ese día llevaba las gafas tan sucias que me pregunté cómo me veía.

La mujer vio el desconcierto en mis ojos.

—La señorita Kristin da clase a unos cuantos muchachos de secundaria, los ayuda con la gramática.

—¿Está segura?

—No, no estoy segura. Nadie lo está. Pero le hice una prueba. Es un as de la declinación.

—¿Sabe su apellido?

Se quedó pensando un momento.

—No, lo siento mucho. Nunca me lo había preguntado.

Por la noche fui al Melodie Klub y hablé con la camarera.

—Aquí no canta ninguna Kristin —dijo.

Cuando sonó mi teléfono en la habitación y el recepcionista me dijo que el señor Von Appen me estaba esperando en el vestíbulo, sentí que me latían las sienes. Habían pasado dos semanas desde la noche en el Melodie Klub.

Tristan estaba apoyado en una de las columnas de mármol del vestíbulo, leyendo el periódico *Das Schwarze Korps*.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

Me estrechó la mano con suavidad. Durante los últimos días había estado tan solo que casi le doy un abrazo. Se había peinado con raya y llevaba un traje cruzado de lana. Las camareras que pasaban presurosas por la alfombra del vestíbulo lo miraban de reojo y sonreían cuando él se fijaba en ellas. Olía a almidón planchado y como el amarillo Nápoles de mi caja de pinturas. No le pregunté cómo me había encontrado.

—¿Cómo acabaste? ¿Todavía vas dando tumbos? —preguntó.

Bajé la mirada a la alfombra.

—Semejante carga de Pervitin podría tumbar a un elefante —dijo.

—¿A qué te refieres?

—Esos bombones que la pequeña Kristin come sin parar están bañados con Pervitin.

Tristan me puso un brazo sobre los hombros. Me provocó una sensación agradable. Pensé que así eran los alemanes.

Cruzamos juntos el vestíbulo y no me soltó hasta que estuvimos delante de un Volkswagen oscuro. Tristan subió y, desde dentro, abrió la puerta del copiloto. No sabía a dónde íbamos, pero me gustaba estar con él. Era fácil. Se movía todo el tiempo un poco como si oyera música.

—Madera de rosal —dijo Tristan, y le dio un golpecito al salpicadero.

Condujo con cautela por las calles vacías de Berlín hasta Savignyplatz; iba tarareando.

Cuando bajó, se detuvo cerca de la pared de una casa y observó a una ardilla que estaba en cuclillas en el suelo, inmóvil delante de él. Tristan se agachó y la levantó.

—Ay, preciosa —dijo.

Las ardillas son animales tímidos, pero ésa no parecía tenerle miedo.

—Dime cómo trata una persona a los animales y te diré si tiene el corazón en el sitio adecuado —me advirtió.

En el vestíbulo nos saludó un portero que llevaba un sombrero en la cabeza. Junto a la puerta de entrada había una placa de esmalte que rezaba: «ENTRADA SÓLO PARA CABALLEROS».

La vivienda de Tristan era demasiado grande para una persona sola, era luminosa y estaba decorada con estuco. En la mesa del comedor había sitio para celebrar un banquete. Sobre el tablero de la mesa descansaba un violín apoyado en un jarrón vacío. En el pasillo colgaban unas arañas de cristal. En el guardarropa había unos ganchos con forma de lirios. En el salón, una pista de esgrima estaba marcada con unos hilos de cobre. Sobre una tabla de un metro de largo atornillada a la pared había unas lechuzas de barro, algunas diminutas, las más grandes de tamaño natural. Tristan las había ordenado por tonalidad.

Nunca había visto unas ventanas tan imponentes en una casa. La luz vespertina caía en diagonal sobre las tablas del suelo.

Tristan acariciaba con el pulgar la cabeza de la ardilla que llevaba en la mano.

—Lo tuyo ya lo arreglaremos.

Cogió una caja de cartón en una habitación contigua, la colocó en el antepecho de la ventana y sentó al animal dentro.

—¿Qué, practicamos un poco?

Me dio una chaqueta imperforable y se desvistió delante de mí para enfundarse un traje. Dobló los pantalones y colgó la chaqueta en una percha. Estaba pálido, tenía los músculos largos y delgados.

—No hay nada como la batalla para conocer a un hombre —dijo.

Me pareció absurdo.

—Pensaba que la historia del puñal era un cuento —dije.

En la puerta apareció una mujer con una cofia blanca en la cabeza, miró la caja de cartón con la ardilla dentro y bajó la vista.

—*Bonsoir, mademoiselle* —dijo Tristan—, *pourriez vous s'il vous plaît nous apporter un pichet de bière. Et y'a t'il du roquefort dans la maison?*

Su francés tenía el sonido áspero del suizo que conocía de casa.

—Ahora mismo, señor Von Appen. *Roquefort, bien sûr.*

La mujer hablaba alemán con acento francés.

—*Et mademoiselle, il y a un bébé hibou sur le rebord de la fenêtre. Rappelez-vous le demandez? Et faites attention que Muck ne vient pas près de lui.*

—*Pardon, monsieur Appen. Permettez-moi de vous corriger.*

—*Quand vous le désirez, ma chère.*

—*Vous avez fait une petite faute. En fait ce n'est pas hibou, c'est écureuil.*

—*Ah, je vous remercie, ma chère, excusez-moi, je vous prie. Merci de me dire ça. Écureuil, bien sûr. Merci.*

—*Avec plaisir, cher maître.*

Tristan hizo una señal con la mano izquierda en dirección a la ventana, hacia la ardilla, con el brazo estirado. Le vi un pequeño tatuaje en el bíceps, un cero oscuro.

—*Et que pensez-vous d'avoir une soirée libre? Il montrent Anushka ce soir au cinéma.*

—Por supuesto, señor Von Appen.

En cuanto la mujer salió de la habitación, Tristan dijo:

—Un ángel. Sabe doblar la ropa de cama con una mano. Y el francés, maravilloso, así práctico.

Me vestí rápido. La chaqueta me iba tan larga que tuve que arremangarme. Tristan me dio una espada.

—La espada —dijo—. Un metro diez. La he medido. Triangular, elástica, acero Solinger del mejor.

Le gustaba hacerse el profesor.

—Al principio sólo les estaba permitida a los nobles. Pero los nobles ya no existen, ¿verdad? En todo caso, es el arma más táctica de la esgrima.

Deslicé los dedos por la punta de la hoja, era roma.

—Y la más mortal.

Al decirlo, Tristan me presionó el pecho con la punta de su espada, justo donde me latía el corazón. Agarré el arma con la mano izquierda. Me resultó fácil equivocarme en la técnica de los pasos.

Hicimos tres asaltos, que perdí sin puntuar. Tristan era rápido, tenía alcance. Durante un rato luchó al ritmo de *Schwarzbraun ist die Haselnuss*, la canción popular que entonaban los soldados alemanes durante las marchas en la guerra.

—Lo llevas en la sangre —dijo al terminar el último asalto.

Luego comimos roquefort y bebimos cerveza en jarras de cerámica. A Tristan le rodó una gota de sudor por la sien y le cayó en la jarra.

—¿Te gusta el queso?

Asentí.

Tristan dijo que en tiempos de guerra es fácil olvidar quiénes somos. Que los alemanes son una nación cultural, el país de Heine y Wagner. Dijo que por eso es tan importante comer bien. Que es una expresión de nuestra cultura. Algo que no debíamos olvidar sólo porque estuviéramos en guerra. Dijo:

—Los demás ven la oscuridad. Yo veo la belleza.

Señaló el queso.

—Del Marché des Enfants Rouges.

Vi que estaba orgulloso.

—¿Y el racionamiento? —pregunté.

—Para algunos es más estricto que para otros. —Se quedó pensando—. Pero guárdate lo bonito para ti, compañero. Y prueba los pepinillos.

El ama de llaves trajo fresas en conserva y azúcar para espolvorear. Tristan habló de la Atlántida y el yoga, de Madagascar y Carl Schmitt. No era de extrañar que los israelitas fueran tan feos, dijo, si ya no podían pisar una peluquería.

Yo no paraba de leer una frase que había escrita en la lata de azúcar: «Con el azúcar no hay que ahorrar: ¡el cuerpo lo necesita, el azúcar alimenta!».

Tristan puso un disco instrumental de swing y marcó el ritmo en la lata con dos cuchillos de plata para la mantequilla.

—No entiendo el discurso en torno a la música de los judíos —dijo—. Es decir, ¿tú oyes el saxofón?

Lo oí y me alegré de que hubiera hecho ese comentario.

De la pared colgaba una vitrina bien iluminada. Dentro había una pluma sujeta a la parte trasera con un alfiler. Me levanté a observarla. Brillaba, muy negra.

—¿Sabes qué es? —preguntó Tristan.

No esperé respuesta.

—Una pluma de gallina. Me la regaló Heinrich Luitpold en persona. De las que él cría.

Tristan abrió el cajón del escritorio que había al lado del sofá y sacó un revólver.

—Esto también.

Lo levantó contra la luz de la lámpara.

—¿Alguna vez has disparado a alguien?

Volvió al comedor. Delante de un ventanal que daba a la calle había un castaño cuyas ramas llegaban hasta el cristal.

—En Suiza también tenéis esa competencia salvaje entre las ardillas europeas y las ardillas grises, ¿verdad?

Era la primera vez que oía el término «ardillas grises». Tristan me soltó un largo discurso sobre que unos desconocidos habían introducido en secreto en Inglaterra la ardilla gris, originaria de Norteamérica, y que ahora

amenazaba con desplazar a las ardillas europeas. Para recuperar el equilibrio natural, Tristan se sentaba por la noche junto a la ventana y buscaba ardillas grises, a las que disparaba desde el árbol.

—Tengo que superarme cada vez —dijo, con la mirada clavada fuera.

Cogió dos de las sillas de la mesa, luego nuestros abrigos, y nos quedamos un rato largo sentados, con los pies apoyados en el antepecho de la ventana, contemplando la noche. No vi ni ardillas europeas ni ardillas grises. Si hubiera visto alguna, del tipo que fuera, para mí habría sido gris, pero eso me lo callé porque no quería decepcionar a Tristan.

Abrió el barrilete del arma, sacó una bala y me la dio. La sentí bien en la mano. Fría, lisa por delante, por detrás se podían seguir los surcos con la uña.

—De recuerdo —dijo.

—Gracias.

—¿Puedo preguntarte algo?

Asentí.

—¿Qué buscas en Berlín? Quiero decir, estamos en guerra. Podrías viajar por cualquier parte. ¿Qué estás buscando aquí?

—Es absurdo —dije.

Tristan se echó a reír. El viento se coló entre las ramas del castaño.

—La vida es absurda.

—La verdad —dije yo.

—Claro, la verdad, ¿qué otra cosa podía ser?

—No, me refiero a que busco la verdad.

Dejó de reír.

—Es bonito.

Me agarró una mano y la apretó. En la otra sujetaba el arma.

—¿Y tú? —pregunté.

—¿Y yo? ¿Qué busco yo?

—No, si has disparado alguna vez a alguien.

Miró el revólver. Fuera, en el árbol, algo susurró, procuré ignorarlo.

—El olor a pólvora es maravilloso —contestó.

Luego soltó una carcajada.

Podría haber sido como pasar una velada agradable con un amigo, pero me entró acidez de estómago por los pepinillos y me fui. Un taxi me llevó de vuelta al hotel. Quería un amigo como él. Me pregunté por qué había cogido la espada con la mano equivocada y si eso era mentir.

~ ~ ~

Caso 14 y 15: Señora Ferber con su hijo

Testigos: 1. Señora Kachel,

2. Elly Lewkowicz

Los investigadores judíos Behrendt y Leweck detuvieron a la señora Ferber con su hijo en casa de Aron Przywozik, que ya había sido evacuado. En el centro de Große Hamburger Straße, las testigos se encontraron con la señora Ferber, que fue trasladada con ellas a Auschwitz. Cuando llevaron a la señora Ferber a la cámara de gas, estaba presente la señora Kachel. Ésta manifiesta que la encausada, que no estaba presente en la detención de la señora Ferber, había registrado la casa de Przywozik en busca de judíos que vivieran de forma ilegal.

Tomo I/162-163

Tomo I/16, 38, 182-184

OceanofPDF.com

Marzo de 1942

En las salas Ufa-Palast de Berlín se estrena la película *El gran rey*. Lübeck arde tras un bombardeo de la Royal Air Force. En el gueto de Varsovia, un joven crítico de conciertos llamado Marcel Reich escribe reseñas para el periódico del gueto *Gazeta Żydowska*. Tercero de los diez mandamientos del doctor Joseph Goebbels para todo nacionalsocialista: «Todos los camaradas, incluso los más pobres, son parte de Alemania; ámalos como te amas a ti». Las tropas francesas del general Charles de Gaulle avanzan con éxito en la Libia italiana. Para poder disponer totalmente del ferrocarril alemán para los transportes de guerra, se amenaza con aplicar multas severas a los viajes privados sin justificación. Reinhard Heydrich ordena que los judíos marquen sus casas con una estrella blanca de papel. En el palacio Almeida de Múnich se inaugura una exposición con obras del ilustrador Alfred Kubin. Goebbels prohíbe que en los teatros alemanes se represente la obra *Los tejedores*, de Gerhart Hauptmann, y prohíbe también comentarla. En el Reich alemán, todos los trabajadores del sector de la moda son obligados a hacerse miembros de la Cámara de Bellas Artes del Reich con el fin de que la moda alemana supere a la francesa. Robert Bosch, industrial alemán, ingeniero e inventor, muere en Stuttgart por las secuelas de una otitis, pero antes se asegura de que los talleres Bosch cuenten con suficientes trabajadores forzosos para atender los encargos de la Wehrmacht.

~ ~ ~

A mediados de febrero recibí una carta de Estambul en la que mi padre me preguntaba cuándo continuaría mi viaje, y en la que me contaba las buenas experiencias que estaba teniendo con el sufismo. Con la carta me mandó una fotografía en cuyo anverso decía: «Choulex, 1939». En la imagen

aparecía mi lago de detrás del monasterio de los hermanos menores. Mi padre me preguntaba también acerca de cómo me iba con los nacionalsocialistas. Me bebí media botella de coñac.

~ ~ ~

Caso 33: Goldstein o Goldberg

Testigo: Harry Askansas

El testigo Harry Askansas fue liberado en julio de su detención como preso político y empezó a trabajar en la empresa Perschner, en Weißensee. La encausada se presentó en la entrada de la sala de trabajos y exigió a un empleado judío que la acompañara a ver al dueño, Perschner. A continuación, éste le comunicó al testigo que la encausada le había enseñado un documento de la policía secreta del Estado con el título de «Jagow». Se desconoce cuál fue el destino del judío reclamado.

Tomo I/40, 165 Tomo I/118, 198

~ ~ ~

A la mañana siguiente oí a la chica de la limpieza más pronto de lo habitual. Quería dejar las toallas en el baño, como cada día, y yo me di la vuelta. Tenía la boca seca y la lengua se me pegaba al paladar.

—Qué bonito es esto...

Kristin estaba en la puerta, con los pies muy juntos, calzaba unas botas altas y observaba los libros de la estantería. Llevaba en la cabeza un sombrero tirolés ladeado.

—*Sobre la paz perpetua*, ése no lo conozco —dijo al tiempo que acariciaba el lomo de uno de los volúmenes.

Se quitó las botas y los calcetines y prosiguió:

—Será mejor que te lo diga enseguida: siempre tengo que quitarme los calcetines, de lo contrario me siento muy coartada.

Kristin cruzó la habitación, corrió las cortinas y abrió una ventana. Yo no llevaba camisa de dormir.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

Se sentó al pie de la cama.

—Señorita Kristin...

—Kristin.

—Kristin... Yo... debo pedirle que se dé la vuelta un momento.

Apareció una sonrisa en su rostro.

—¿De verdad?

Se dirigió a la ventana, apoyó las puntas de los dedos en ella y miró hacia fuera.

—No miro —dijo.

Noté en su voz que disfrutaba con la situación. Fui al baño dando grandes zancadas. Cerré la puerta y la oí reír al otro lado.

Me lavé la cara con agua fría, mastiqué un poco de pasta de dientes y me puse un albornoz. Me pregunté cómo había conseguido acceder a mi habitación sin decirle al personal que venía a verme.

Cuando volví al dormitorio, Kristin estaba delante del caballete estudiando mis bocetos. Le quitó el papel de aluminio a uno de sus caramelos y se apoyó con la pelvis en el antepecho de la ventana.

—Podríamos ir al teatro de variedades de Wintergarten o al Haus Vaterland, en Potsdamer Platz, a escuchar un poco de jazz, y siempre está el Melodie Klub. ¿Conoces el Bollinger?

Acarició las cortinas.

—Apuesto a que aquí aún tienen café en grano.

Llamé a recepción y pedí que nos trajeran el desayuno. Normalmente, por la mañana tan sólo bebía dos tazas de té, pero aquel día, con Kristin al lado, me oí decirle al camarero que nos trajera de todo lo que tenían.

En 1942, todos los adultos de Alemania recibían al mes una cantidad limitada de alimentos, jabón, ropa y carbón. Cuatro libras de pan a la semana, trescientos gramos de carne, doscientos ochenta de azúcar, doscientos seis de manteca, ciento diez de mermelada y un octavo de libra de sucedáneo de café de achicoria o cebada malteada. En el hotel, todos los camareros llevaban unas tijeras pequeñas colgadas de una cadena para separar los cupones de las cartillas de racionamiento, pero los huéspedes podían comer sin gastarlos. Si pagaban lo que valían, el recepcionista conseguía los alimentos en el mercado negro. A mí la comida no me interesaba, Kristin sí. Y pagué lo que valía.

Dos empleados trajeron a la habitación unas sillas y una mesa, pusieron un mantel almidonado encima y lo cubrieron con bollos trenzados calientes, mermelada de escaramujo, carne fría, queso y una cesta llena de manzanas. Vi cómo Kristin miraba los platos y sonreía. Junto a la mesa, el camarero dejó un cubo con hielo y una botella de champán, que me mareó sólo con verlo. Kristin bebió dos copas y se puso a comer. Untaba la mantequilla con generosidad. Se comió los huevos pasados por agua con sal y mantequilla.

—Ay, querido... —dijo.

Yo bebía té.

—Si te soy sincera, había olvidado por completo lo bien que sabe el café en grano —dijo Kristin, que se puso la taza en la pierna.

Entendí que era de origen humilde. Mi madre me habría pegado con el sacudidor si hubiera dejado una taza en algo que no fuera un platillo o si me hubiera llenado un vaso hasta el borde. Kristin bebía y reía, hablaba de que pronto iba a ensayar una canción nueva y de que en verano nadaría conmigo en el Landwehrkanal. Yo la escuchaba con gusto.

Se sirvió café en el vaso del zumo de naranja, asado en la trenza dulce y bebió de la botella de champán.

Pasados tres cuartos de hora se llevó las dos manos a la barriga. Nunca había visto a una mujer comer tanto, ni siquiera a la cocinera de casa.

—Ahora, a dormir —dijo.

Se había bebido la botella de champán ella sola. La mesa estaba cerca de la cama. Kristin se dejó caer sobre la colcha revuelta, boca abajo.

Cogió una novela del montón de libros que había junto a la cama, la abrió por el medio y se puso a leer. Estuvo así un rato. Yo la observaba y pensaba si debía dejarla tranquila.

—¿Pides otra, por favor? —preguntó, al tiempo que señalaba el cubo del champán.

Hasta aquel día mi habitación me había parecido vacía.

Me vestí rápidamente. En el bar situado en la planta baja, el camarero me recibió con la misma sonrisa indiferente y educada de ocasiones anteriores. Lo llamaban Franz *el Gordo*. Llevaba un bigote retorcido y estaba delgado.

Pensaba que en el hotel todo el mundo sabía ya que esa mañana había entrado una mujer en mi habitación. Pedí una botella de champán. Podría haber llamado desde mi estancia, pero estaba tan nervioso que no se me ocurrió.

Franz *el Gordo* se agachó, oí el tintineo del cristal, luego dejó en la barra la botella por cuya etiqueta caían unas perlas de humedad. Sonrió y dio dos golpes con la palma de la mano al corcho.

—No tiene por qué ser siempre un Caperucita Roja —dijo, y se puso a sacar brillo a los vasos. Luego añadió en voz baja—: Cuidado, camarada.

Me cogió por sorpresa.

—Cuidado con el gas —aclaró—, algunos no lo aguantan.

~ ~ ~

Las puertas dobles de mi habitación estaban entreabiertas. Cuando pienso en ese momento, lo primero que recuerdo es la luz. La luz de Berlín a menudo es dura y fría. Sólo hacía sol como aquel día antes de que empezara la primavera, y unos cuantos días. Probablemente así es como quiero recordarlo.

Posé la mirada en la cama, en el vestido y la ropa interior revuelta, luego en la butaca que había cerca del caballete, junto a la ventana. Kristin estaba sentada en el respaldo. Le pesaban los párpados. Tenía una manzana en la mano. La puerta se cerró sin hacer ruido.

—No voy a acostarme contigo —dijo, y respiró hondo—. En el colegio siempre era la mejor corriendo. Por eso tengo unos muslos tan potentes.

Yo sentía el corazón tan acelerado que estaba seguro de que lo oía.

—¿Quieres intentarlo otra vez? —preguntó.

—Yo... ¿Intentar?

—Intentar dibujar la manzana.

Durante unos instantes observó el efecto que tenía en mí su desnudez.

—Ven aquí —dijo.

Le miré los labios mientras me acercaba a ella. Sentada en el canto de la butaca era más alta que yo. Cuando estuve delante, me puso una mano en el cuello y me atrajo hacia sí.

—Eres valiente —dijo.

Empezó a frotar su frente en mi cara, olía a la levadura del pan recién hecho. Agarró la botella de champán y se la puso sobre los muslos. Giró despacio la cestita de alambre y dejó que estallara el corcho. La espuma goteó en el tapizado de la butaca y dejó una mancha.

Me acarició las manos.

—No hace falta que siempre cierres las manos en un puño cuando estoy contigo —dijo, y me agarró los dedos y los abrió.

Esperaba que me estrechara entre sus brazos, y cuando lo hizo supe que estaba bien.

—¿Puedes llamarme «Puntito»? Me gusta.

No podía negarle nada a esa mujer. Tenía la respiración acelerada y guiaba mi mano. Estaba caliente y suave.

—Puntito —dije.

Los rayos de sol atravesaron la ventana hasta incidir en nuestra piel.

~ ~ ~

Caso 34: Von Drewitz-Lebenstein

Testigo: Josef von Drewitz-Lebenstein

Cuando el testigo Josef von Drewitz-Lebenstein salió del local Aschinger, en Joachimsthaler Straße, Rolf Isaaksohn le dirigió de repente las siguientes palabras: «Alto, te tenemos, hace catorce días que te buscamos». La encausada e Isaaksohn detuvieron al testigo, lo llevaron a la estación del Zoo y de ahí fueron en tranvía al centro de detención de Große Hamburger Straße. Al cabo de pocos días, el testigo fue deportado a Terezín, donde permaneció encarcelado hasta el final de la guerra.

Tomo I/39, 200

OceanofPDF.com

Abril de 1942

Un carnicero de Berlín es condenado a morir en la horca por matar animales de forma clandestina. En Alemania, las mujeres están obligadas a trabajar en las fábricas de armamento. Nace Roger Chapman. Benito Mussolini visita a Adolf Hitler en Obersalzberg. Joseph Goebbels prohíbe la canción de moda *Lili Marleen* cuando descubre que la cantante, Liese-Lotte Helene Berta Wilke, conocida como *Lale Andersen*, es amiga de unos judíos suizos. Como encargado del plan cuatrienal, Hermann Göring eleva la jornada laboral semanal en la administración pública a cincuenta y seis horas. Cuarto de los diez mandamientos del doctor Joseph Goebbels para todo nacionalsocialista: «Cumple con tus obligaciones, y Alemania volverá a ser fuerte». Tras los atentados contra las tropas de ocupación alemanas, en París se cierran los teatros y las salas de cine durante tres días. En Rusia empieza a derretirse la nieve y en consecuencia quedan interrumpidas la mayoría de las acciones de guerra de la zona. En Minsk, Bielorrusia, se inicia la construcción de un taller de reparación de vehículos militares cuya dirección asume la empresa Daimler-Benz. En el Reich alemán se prohíbe a los judíos el uso del transporte público. Las tropas alemanas que están en Rusia apenas reciben suministros. Ochocientos judíos del distrito de Arnsberg, en Westfalia, son deportados. En su última sesión, el Parlamento concede a Adolf Hitler absoluta libertad de decisión como «máxima autoridad judicial».

~ ~ ~

A partir de aquel día, Kristin y yo empezamos a pasar el tiempo juntos. Venía todas las mañanas en tranvía. Pedíamos comida del mercado negro y observábamos Berlín a través de la ventana con travesaños del hotel.

Ella bebía mucho, también por la mañana, pero el alcohol no la transformaba como yo había imaginado. Cuando Kristin se comía más de tres bombones, a veces me vaciaba el armario de noche y luego lo volvía a llenar. Doblabla toda la ropa a su manera, ponía los cuellos hacia dentro y plegaba las mangas a la altura del pecho de la camisa.

Quería que me mudara a una habitación más grande. Y yo me mudé a una planta más arriba, a una suite con salón y una bañera de cobre.

—Ay, querido... —dijo Kristin.

Como siempre, hacía que enviaran la factura del hotel a mi padre. Le conté en una carta que me iba a quedar un poco más. Y rehuí su pregunta de cómo me iba con los alemanes.

La habitación nueva era tan grande que mis pasos resonaban en el parquet.

Kristin le había contado al personal que era mi prometida. Y yo no la desmentía. El ascensorista de un brazo nos dijo: «*Heil Hitler*, joven pareja». A Kristin le gustaba la bañera de cobre. Se metía dentro y bebía de la botella. Se pasaba tanto rato bañándose que tenía que añadir agua caliente. Leía libros de la estantería y me pedía que le consiguiera las novelas prohibidas de Hemingway.

Cuando salía de la espuma, tenía la piel de la planta de los piecitos arrugada. Olía a jabón por todas partes. Me gustaba secarla. En aquella época no tosía tanto. Mis dibujos se volvieron más precisos. Kristin escondía notas entre mis camisas. Escribía con una letra diminuta.

Debajo de mi almohada decía: «Hueles bien».

Una vez me paró el recepcionista cuando estaba a punto de salir del hotel y me tendió una hoja doblada: «¿Vendrás a verme esta noche, cariño?».

En una nota que saqué del zapato izquierdo decía: «Estoy orgullosa de ti, Fritz».

Me parecía que exageraba, pero cada nota era una alegría.

—¿No me vas a llevar a tu villa del lago? —me preguntaba Kristin con bastante frecuencia, ignorando que yo le había dicho que el lago estaba a un paseo corto de casa.

»Lo importante es que haya un lago —señalaba ella.

Me gustaba la idea de ir a casa con Kristin.

—¿No me llevas a tu villa del lago?

—Más adelante.

—De acuerdo.

Hablaba de que prefería que la pintaran al óleo («la pintura huele muy bien»). De que en un futuro se imaginaba como cantante («a decir verdad, espero que algún día me lluevan encima mil gladiolos»). Lo que hacía contra la resaca («mi fórmula secreta son los arenques con pepinillo y cebolla»). Me explicó lo adorable que le parecía su padre cuando tocaba el piano en bata y que su madre hacía las mejores tortitas del mundo. No parecía molestarla que yo no dijera nada.

Traía al hotel preservativos en cajas, amontonaba las que iban quedando vacías en el antepecho de la ventana y le decía a la chica de la limpieza que no se las llevara.

A Kristin le gustaba darme consejos que había oído en la escuela de bellas artes: «Tú concéntrate en los espacios negativos», «Observa el objeto simplemente como una composición de formas, ¿entiendes?».

Aunque con las manzanas funcionaba, a pesar de que apenas hay espacios negativos que las rodeen, con ella no.

Le pregunté de dónde sacaba tantos bombones y qué costaban. Me dijo: «Eres muy curioso».

No se quedaba a dormir. Cuando le preguntaba dónde vivía, me amenazaba con el índice y me decía que su madre se preocupaba si no iba a casa de noche.

«¿Cómo pude ser tan ingenuo?». ¿No es lo que siempre se pregunta uno al mirar atrás?

Una noche fui tras ella. Cuando se levantó y se fue, esperé un momento y la seguí. En el barrio del Gobierno se dirigió presurosa hacia el oeste. Habló con todos los policías que se iba encontrando. Llevaba el pelo suelto, nadie le pedía el carnet de identidad. En Tiergarten empezó a acelerar el paso y luego echó a correr. No entendí por qué. Corrí tras ella, pude mantener el ritmo un rato, luego me faltó el aire. La seguí con la mirada, y vi cómo su silueta desaparecía entre los árboles.

Un día, cuando estaba tumbada con la cabeza apoyada en mi barriga, Kristin me preguntó:

—¿Cuál es tu color preferido?

—¿A qué te refieres?

—A tu color preferido, pequeño.

—No tengo ninguno.

—Todo el mundo tiene uno.

—Soy daltónico.

Ella se puso de costado.

—Lo siento —dije yo.

—No, lo siento yo, pobrecillo. ¿Rojo y verde?

No la miré. Le conté mi historia con el cochero.

Kristin me acarició el pelo. Por las arruguitas que se le formaron entre las cejas vi que reflexionaba.

—¿Te parece algo malo? —pregunté yo.

—¿Puedo devolverte los colores?

—«Por lo menos el rojo», eso decía siempre mi madre.

—El rojo no, es aburrido.

Se sentó.

—El verde claro, sí.

Fuimos cogidos de la mano a Tiergarten, me llevó a rastras y se detuvo delante de un arbusto joven.

—Cuidado —dijo.

Me agarró de la mano y sujetó una hoja entre el índice y el pulgar.

—Verde claro. Como una mañana joven.

—Encuentras siempre unas palabras muy bonitas —dije yo.

—Mentiroso —contestó ella.

Luego me tiró del vello del cuello y me sujetó la cara muy cerca de la suya.

Aquel día le enseñé a Kristin a chupar el néctar de las flores de saúco.

Dijo que siempre sacaba el labio inferior en un gesto muy mono cuando pensaba.

Nos besamos en el parque, bajo una placa que rezaba: «Ciudadano, cuida el jardín. Lleva al perro atado con correa», y debajo, en letra más

pequeña: «Hay que dejar libres los bancos amarillos para los judíos, según indica el Código Civil del Reich». Los bancos eran grises.

—Tengo los ojos azules —dijo ella—, ¿lo ves?

—Habría dicho que eran verdes —contesté.

~ ~ ~

Caso 17: Regensburger

Testigo: Paul Regensburger

La encausada se dirigió al testigo Paul Regensburger en Kurfürstendamm, a la altura de Joachimsthaler Straße. Él ya la había visto una vez. Ella se quejó de que tenía poco para comer y de que apenas disponía de ropa. Regensburger, que no sabía que ella estaba en un centro de detención, supuso que vivía de forma ilegal. Ambos entraron en el local Klausner a petición de la chica. La encausada abandonó al testigo, teóricamente para hacer una llamada telefónica. Cuando regresó a la mesa, Regensburger le dijo con ironía: «¿Qué, ha llamado a su amigo?», a lo que la encausada contestó: «No, esta vez no». Pasados unos diez minutos, la encausada se levantó de nuevo, se alejó de la mesa y de repente entraron unos cuantos miembros de la policía secreta, entre ellos Dobberke, el director del centro de detención. Regensburger fue conducido al centro de Große Hamburger Straße. Durante el traslado a Auschwitz logró escapar del vagón de carga.

Tomo I/40, 165

~ ~ ~

Llegó la primavera, y yo asistía con más frecuencia a la escuela de bellas artes. El número de alumnos se había reducido.

—¿Dónde están todos? —le pregunté a la secretaria de las gafas sucias.

—Han cogido el ferri en Lisboa.

—¿Hacia dónde?

—¿Es broma?

—No.

—Hacia la seguridad, bobo.

—¿Usted también tiene miedo? —pregunté.

La mujer soltó un bufido.

—Miedo, miedo, guerra, paz. No paran de hablar de la victoria final y de la guerra, de los judíos y de los rusos, y de la victoria. Todo eso son chorradas. Más les valdría decirnos cuándo podremos volver a comprar jabón sólido.

Kristin y yo fuimos con Tristan al parque, nos sentamos en una manta y comimos el praliné que Tristan sacó de una caja de cartón blanca y de la que dijo a media voz:

—De Montélimar.

A nuestro lado teníamos a una niña con discapacidad mental que llevaba un vestido floreado. En un momento dado, se levantó de su manta y se acercó a nosotros entre risas. Tristan la invitó a acercarse más con un gesto, le puso un trozo de praliné en la boca y le dio un beso en la frente. La estuvo abrazando un buen rato.

—A veces, los mongoloides me dan envidia —dijo cuando la niña se fue corriendo.

De camino a casa, Kristin, Tristan y yo nos cogimos de las manos.

—*Heil*, pequeño Hitler —dijo Tristan cuando pasamos junto a un guardia urbano.

Nos reíamos de ese pueblo y esa guerra. Y seguía sin ver camiones de mudanzas.

Fuimos al Melodie Klub. Tristan saludó a todos los soldados que nos fuimos encontrando por el camino. A veces me hacía un guiño. Me presentó a la camarera de las pecas y me enseñó unos cuantos pasos de baile.

En una ocasión, Tristan vino en bici al hotel y trajo una segunda bici que había ido empujando todo el camino desde Savignyplatz.

—El sol está en el firmamento, la ladilla corre por la costura del saco —me dijo a modo de saludo.

Me dio la bicicleta con barra y él se quedó la de mujer.

—*Muck* necesita correr —añadió—, estos galguillos están hechos para la velocidad.

El perro corría a nuestro lado con las orejas gachas. Tristan montaba sin manos, se rió un poco para sus adentros y luego cantó una canción.

*Cuando el soldado acude hacia el fuego,
eh, lo hace con coraje y alegría.*

Notábamos el rostro cálido gracias al sol primaveral. Tristan me miró riendo.

—Mejor mira la calle —dije yo.

—¿Qué nos va a pasar?! —gritó al viento.

Cuando Tristan me acompañó al hotel de noche y me dio un abrazo de despedida, me dijo:

—Necesitan correr. Es su naturaleza, ¿entiendes? Corren. Y si no corren, se mueren.

Acaricié al perro en las orejas. Ya no me daba miedo.

—Buen galguillo —dije.

Tristan se detuvo. Luego soltó una carcajada pura, intensa, más propia de un niño que de un hombre. Me agarró de los hombros.

—No puedo creer que acabes de decir eso, en serio.

Me ofreció la mano.

—¿Amigos?

—Amigos —dije yo, y se la estreché.

Tristan nos invitó a Kristin y a mí a una fiesta al aire libre en Schwanenwerder, en Wannsee. La organizaba un ministerio.

—Hay corzo, ¿venís?

Yo no quería ir a ninguna fiesta del ministerio de los nacionalsocialistas. Me pregunté por qué lo habían invitado.

—No lo sé, Tristan.

Se volvió hacia Kristin.

—¿Y tú?

Arrimó los pechos a mi antebrazo.

—Va, ven, Friedrich, vamos —dijo.

Tristan me guiñó un ojo.

Pregunté qué debía llevar. Tristan contestó que en el Ministerio para la Ilustración Pública y Propaganda nadie necesitaba regalos.

Hice que me enviaran el esmoquin desde Choulex. La cocinera y algunos jardineros aún vivían allí. La cocinera me dijo por teléfono que le

sorprendía que pudiera salir del hotel después de las seis de la tarde sin traje de noche.

Kristin se probó un vestido de seda oscuro que a mí me parecía que le quedaba demasiado sombrío. Lo había visto en el escaparate de una pequeña boutique de Unter den Linden. La dependienta dijo que era de París, de Coco Chanel.

—¿Me lo compras? —me preguntó.

—¿Estás segura?

Ella se encogió de hombros.

—Sólo era una broma, tengo algunos más bonitos.

Un día antes de la fiesta sonó la alarma antiaérea. Como el aullido de la sirena no llegaba al vestíbulo del hotel, un botones hizo sonar un gong durante la alarma y fue recorriendo los pasillos con él. Jamás olvidaré ese ruido.

En caso de alarma antiaérea, todos los huéspedes del hotel tenían que bajar a un búnker acorazado. El personal se quedaba en el cuarto de calderas. Para los huéspedes, el hotel disponía de unas pasarelas que llevaban bajo la Pariser Platz, donde había una sala con un sistema de ventilación que por lo visto seguiría funcionando tras cualquier impacto contra el establecimiento.

En el refugio, los hombres jugaban a cartas y Franz *el Gordo* servía vino tinto y chocolate. Bajo las sillas habían preparado máscaras de gas. Kristin estaba sentada a mi lado, me sonreía y bebía vino.

—Seguro que sólo es un simulacro —dijo.

Una vez incluso tocó un violinista.

La víspera de la fiesta, el gong sonó a primera hora de la tarde. Kristin y yo estábamos en la cama.

—El gong —dije, y me detuve.

—Aún no —dijo Kristin.

—Pero están tocando el gong.

Pensé en las máscaras de gas de debajo de las sillas en el sótano. Y recordé que una vez alguien habló de «máscaras de gas del pueblo».

—Tú sigue —insistió Kristin.

Nos quedamos en la cama, el gong enmudeció. Las farolas de la calle estaban apagadas, los carteles luminosos, las luces de todas las casas se habían extinguido. Para que los bombarderos no pudieran orientarse, Berlín había sido engullida por la oscuridad. Me levanté y miré fuera. La calle estaba vacía. Berlín estaba a oscuras.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté.

Al otro lado de la ventana veía las estrellas. Kristin me miró y sonrió.

—Pues ir al búnker.

Nos vestimos y bajamos la escalera cogidos de la mano. Kristin cogió el abrigo, pero en eso no me fijé hasta más tarde. La puerta del sótano estaba bloqueada. Sacudí el picaporte.

—Conozco otro búnker, ven.

Kristin me arrastró tras ella por el vestíbulo.

Berlín estaba en silencio ante nosotros. Kristin caminaba delante de mí por la acera, dando saltitos con las manos a la espalda, sin mirarme. La cogí de la mano. Caminaba más rápido que yo y tiraba de mí. Entonces se dio la vuelta y sonrió. Tras unos metros más comprendí que no íbamos a ningún búnker. Miré hacia el cielo.

—¿Adónde vas?

—De paseo.

—Pero es peligroso.

—No importa.

En la esquina de Friedrichstraße, junto a un puesto de la defensa aérea, oímos las risas de los soldados tras los sacos de arena. Eso me tranquilizó. No había nadie más en la calle.

—Mira —dijo Kristin.

El vestido oscuro de seda que se había probado dos días antes colgaba de un maniquí en el escaparate. Kristin agarró el pomo de la puerta de la tienda, que estaba cerrada.

En casa, en Choulex, se nos había atrancado la cerradura del cobertizo que teníamos en el jardín, y una de nuestras jardineras me había enseñado a abrir la puerta con una hoz.

—Podría forzarla —dije.

—A ver —dijo Kristin.

Observé sus hoyuelos. Sabía lo que estaba pensando. Que haría cualquier cosa por ella. Saqué el cuchillo de viticultor de la bolsa. Kristin soltó una risita. Abrí la hoja sin hacer ruido, la introduje en la rendija de la puerta y abrí la boutique de un empujón. Me llevé el vestido y se lo di a Kristin. Ella se lo guardó en el bolsillo del abrigo.

—Querido mío... —dijo—, gracias.

Cuando llegamos al puente Weidendammer nos sentamos en la barandilla.

—En este puente se prometió Fontane —dijo Kristin, y al cabo de un rato añadió—: Por cierto, tengo un vértigo total.

Me desabroché la camisa y la dejé caer hacia atrás, sobre la acera. Cuando me quité los pantalones, estuve a punto de perder el equilibrio. Noté el acero frío del puente en el muslo. Me dejé el sombrero puesto. Di tres cuartos de vuelta y caí con la espalda desnuda sobre la superficie del agua. Kristin se inclinó sobre la barandilla. El agua sabía a diésel. Cuando subí a la orilla por una escalera con el sombrero entre los dientes, Kristin se acercó corriendo y me secó con su abrigo.

—Eres único —dijo.

No sé si lo dijo con admiración o si se estaba riendo de mí.

Volvimos al hotel cogidos de la mano, despacio porque era bonito. De vez en cuando miraba a Kristin con el rabillo del ojo y veía que ella también me miraba. Aquella noche no cayó ninguna bomba sobre Berlín. Al día siguiente envié un mensajero a la boutique para que les entregara un sobre anónimo con dinero.

El día de la fiesta, Kristin llegó al hotel a mediodía, se bañó con aceite de lavanda, se dejó secar el pelo al aire y se sentó en un taburete delante del espejo del tocador. Yo la encontraba más guapa sin maquillaje, por la mañana, cuando se acercaba a mí sin duchar.

Me apartó de un empujón.

—Me estás alborotando el pelo.

Se depiló las cejas y se puso colorete, kohl y un pintalabios claro. Creo que exageró con el maquillaje porque yo estaba sentado en el borde de la

bañera observándola y porque por aquel entonces pintarse se consideraba americano y un poco obsceno. Se recogió el cabello en un moño.

Kristin tardó mucho, íbamos a llegar tarde, pero no me molestó. Aquellos días estaba leyendo *Sin novedad en el frente*, de Erich Maria Remarque, que había sido vecino suyo en Wilmersdorf, como no paraba de repetir. Se tumbó en la cama boca abajo.

—¿Estamos, Puntito?

—Enseguida.

Me apoyé en la puerta y la observé, con eso me bastaba.

—¿Me escribirás algún día una carta de amor? —preguntó.

—¿No es un poco infantil?

—No.

—Pero eso es una novela, no una carta de amor.

Pasó las hojas y dijo sin mirarme:

—¿Y no son todas las novelas una carta de amor?

—Las palabras no son mi fuerte —dije yo.

—Pero... ¿algún día escribirás un libro para mí? —preguntó.

Me quedé callado.

Antes de salir de la habitación, cogió el frasco de mi perfume. Me lo había regalado mi padre. Apenas lo usaba. Olía a laurel y un poco a ron. Kristin se echó el perfume en la cabeza y miró hacia arriba.

—Es para hombres —dije yo.

—En mí todo huele muy dulce.

Se arrimó a mí con la pelvis.

—Me encantaría ir en coche de caballos.

—Está lejos.

—Me parece bonito.

El trayecto en coche de caballos duró casi dos horas, Kristin me agarraba de los dedos. Noté su pulso en la muñeca. Ella recorría las rayas de mis pantalones.

La villa era de ladrillo y tenía delante unas columnas de arenisca. La entrada estaba cubierta de grava y llena de cerezos en flor. Kristin les quitó el papel de aluminio a dos bombones, se los metió en la boca, me dio el

papel y bajó agarrada de mi brazo. Llegamos a la entrada por un sendero angosto.

—Si te soy sincera, estoy un poco nerviosa —susurró—, ¿tengo chocolate entre los dientes?

Muchos hombres llevaban uniforme y brazaletes con la cruz gamada, otros esmoquin. Kristin no parecía nerviosa. Tristan se acercó a nosotros con dos copas llenas, saludó a Kristin con un beso en la mano y un abrazo. Llevaba un esmoquin cruzado y entallado, la raya en el pelo y en el ojal un alfiler oscuro en el que se veían dos rayos. Tristan von Appen, mi amigo, pertenecía a las escuadras de defensa, las ss. Una banda tocaba una música que me recordaba a la polca. Kristin tiró de mí por el parquet a través de las salas de la planta baja de la villa hasta que llegamos al bufet. Había huevos duros con caviar de trucha y unas lonchas finas de carne de corzo. Uno era capaz de olvidar que vivíamos en guerra.

Kristin se sirvió huevos en un plato, se acercó a la terraza, se apoyó en un muro y se puso a comer con los dedos.

—Todos los hombres me miran, pero yo no los quiero. Ahora soy tu mujer —dijo.

—¿Has visto que Tristan lleva un alfiler de las ss?

—Sí.

Me la quedé mirando. Se limpió las puntas de los dedos de un lametazo.

—¿Y...? —preguntó.

Un sendero flanqueado por antorchas conducía al agua. Caminé solo, me senté en el muro del muelle y contemplé las luces de las villas situadas en la otra orilla. Cada luz me parecía una promesa. Me di la vuelta y observé de lejos a los asistentes a la fiesta. Kristin estaba sola, me fiaba de ella.

Tristan bajó por el sendero y se sentó a mi lado.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Yo...

—Aburrido, ¿verdad?

Asentí.

—¿Eres de las ss, Tristan?

—Obersturmbannführer, joven, es el uniforme más bonito.

Me guiñó un ojo.

—¿Lo crees de verdad? —pregunté.

—A medias.

—¿Qué significa eso?

—Ahora estáis muy unidos, ¿no?

—Sí, pero, espera, si a ti te gustan Benny Goodman y todas esas cosas...
Se quedó mirando el lago.

—¿Tenemos que hablar de esto esta noche? —preguntó Tristan a media voz, y luego añadió en voz alta—: ¿Crees que tendréis hijos, la pequeña Kristin y tú? Yo quiero tener cinco.

Me rodeó con el brazo.

—¿Dónde trabaja nuestra pequeña Kristin en realidad?

No lo sabía.

—Da clases de latín en algún sitio. Tristan, yo...

—¿Latín? ¿La pequeña Kristin?

—No lo sé exactamente.

—¿Quieres que le consiga un trabajo? De mecanógrafa en el ministerio. Acabo de hablar con uno de los directores. Latín... ¿Estás seguro?

No quería que mi amigo formara parte de las ss. No quería que Kristin trabajara en un ministerio. Quería que los tres siguiéramos bailando.

—No —dije yo.

Tristan sonrió.

—¿Cómo se llama de apellido nuestra palomita?

Me encogí de hombros. Él puso cara de asombro.

Nos interrumpió un grito. Arriba, donde empezaba el sendero, había un hombre bajo y vigoroso.

—¡Von Appen! —rugió.

Tristan lanzó el vaso vacío al lago y dio media vuelta para irse.

—Tristan —dije.

Se volvió.

—¿Joven?

—¿Qué haces en las ss?

—Soy Obersturmbannführer.

—Pero ¿qué haces?

Se acercó a mí y me puso las manos sobre los hombros.

—En otra ocasión, amigo mío, te lo prometo.

Me besó en la frente y subió por el sendero dando zancadas rápidas. A medio camino, el hombre de arriba volvió a gritar «¡Von Appen!», aunque ya había visto que Tristan iba a su encuentro. Cuando Tristan estuvo junto a él, vi que le sacaba más de una cabeza. Mi amigo hizo el saludo delante de aquel hombre. Su postura era, desde todos los ángulos, tal como debía ser.

El vaso que había lanzado al agua flotó un momento, luego se hundió.

Kristin seguía apoyada en la pared, con los brazos cruzados y las manos en los hombros, probablemente para entrar en calor. El agua desprendía frío. Junto a Kristin había un hombre de rostro afable, con un bigote fino y el esmoquin tenso a la altura de la barriga. Me sentí aliviado al ver que no llevaba uniforme ni ninguna banda con la cruz gamada. Kristin sonrió al verme y me indicó con un gesto que me acercara.

—Voy a volverme loca —dijo—, éste es Ernst Hiemer.

Puso un dedo en el brazo del hombre. Lo saludé con la cabeza. Kristin me agarró de la mano, con excesiva fuerza.

—Ernst Hiemer, el célebre autor infantil. *La seta venenosa*, Fritze. Un libro maravilloso.

No lo conocía. El apretón de manos de Hiemer fue cálido y desagradable al mismo tiempo.

Kristin cogió dos copas de champán de la bandeja de un camarero y se bebió una de un trago. Puso mi brazo sobre sus hombros de manera que el ángulo del codo le quedaba en el cuello.

—¿Cómo decía la última frase del prólogo? Si le soy sincera, siempre se me pone la piel de gallina cuando la leo —dijo.

A Hiemer se le subió la sangre a la cabeza. Kristin estuvo magistral. Lo tenía rendido a sus pies.

—Va a hacer usted que me sonroje, joven. ¿De verdad quiere que se la diga? —preguntó.

—Sí —dijo Kristin—, por favor.

Me agarraba con fuerza, o yo a ella, costaba decirlo.

—Porque es usted, señorita...

Hiemer suspiró y me miró, cogió aire. Parecía que aquello le resultara un tanto incómodo, pero hablaba con voz de narrador y hacía buenas pausas entre las frases, se sabía el prólogo de memoria.

—«Los alemanes deben aprender a reconocer la seta venenosa. Tienen que reconocer el peligro que suponen los judíos para el pueblo alemán y el mundo entero. Deben aprender que la cuestión judía nos afecta a todos. Las siguientes historias nos cuentan la verdad sobre la seta venenosa judía». — Su voz me recordaba a la de mi padre—. «Nos enseñan las diversas formas que adoptan los judíos». —Hizo una pausa y nos miró a cada uno—. «Nos enseñan la vileza y la infamia de la raza judía. Nos enseñan lo que es en realidad un judío...».

Sonrió, levantó un dedo y miró esperanzado la cara de Kristin. Ella lo escuchaba con la boca entreabierta y terminó en voz baja:

—El diablo en persona.

—Bravo —dijo Hiemer, y le agarró la mano—. Suficiente. Baila usted, espero.

Ella se volvió como si quisiera que contestara yo.

—¿Bailar? —preguntó.

—Una polca de nada —dijo Hiemer.

—Con mucho gusto.

—¿Puedo? —preguntó Hiemer, y me miró.

Yo me quedé callado. Él sonrió con la boca abierta. Me pregunté si había visto alguna vez a un hombre con los dientes tan rectos. Kristin se arrimó a mí.

—Friedrich, sólo un baile, ¿vale?

—¿Por qué se sabe de memoria su propio prólogo? —pregunté.

Hiemer sonrió. Kristin me apretó la mano.

—Por supuesto, un baile —dije, y le di un beso en la mejilla.

Luego le hice un gesto con la cabeza a Hiemer.

—Se lo ruego —dije.

Por la ventana de la sala los vi bailar un vals, luego me fui al agua y vomité por encima del muro del muelle.

Estuve un rato largo sentado en la fría piedra. Miraba el agua, y no la vi hasta que me abrazó por detrás. Se le habían soltado unos cuantos

mechones del moño y le caían en la cara. Se le había corrido el kohl. Su cuerpo irradiaba calor.

—Ese Hiemer, ese hombrecillo, baila mejor de lo que parece. Aunque no dejaba de piropearme.

La agarré de las caderas.

—¿Lo crees de verdad?

—¿El qué?

—Lo del diablo en persona.

Me dio un beso y soslayó que olía a vómito.

—Por supuesto —dijo, y me dio un toquecito en la nariz con un dedo.

—¿Por qué?

—Porque lo dice todo el mundo, iluso —dijo, me agarró del cuello y me miró a la cara por un momento antes de añadir—: Mira en tu bolsillo interior izquierdo.

Saqué una nota donde decía en letra clara: «Bésame».

Kristin tenía la mirada turbia, los párpados medio cerrados. Las pestañas largas.

—Ven aquí —dijo.

—Pero todo esto es un disparate —dije yo. La aparté y negué con la cabeza—. Todas esas mentiras. Esas historias de la seta venenosa. No puedes creértelo. Le regalaste tu café a la mujer del tren.

—Hombre, Friedrich, no seas tan aburrido...

Me agarró del brazo. La atraje hacia mí.

—En casa, el lago del que te hablé.

—El lago —dijo Kristin con ternura.

—Hay una pared de roca. Es muy alta. Yo salté desde arriba.

Negó con la cabeza, suspiró por la nariz y se echó a reír.

—Nunca había conocido a nadie como tú.

Me llevó de vuelta a la fiesta. El grupo había dejado de tocar, los músicos estaban recogiendo los instrumentos. Kristin se bebió una copa de *kirsch* y gritó en medio de la sala:

—¡Una canción, una canción!

Al momento, los asistentes a la fiesta empezaron a cantar. Yo ya no tenía sed. La mayoría de las melodías no las conocía. Cuando se hizo tarde,

Tristan entonó junto con sus superiores la canción que había cantado en la bicicleta. Esta vez oí todo el estribillo.

*Cuando el soldado acude hacia el fuego
eh, lo hace con coraje y alegría.
Y cuando la sangre de judío salpica del cuchillo,
todo vuelve a ir bien.*

La gente cantaba con ímpetu y sin desafinar, había muchos bajos, y entre ellos oí la pequeña voz de soprano de Kristin. Se agarraba del brazo de Tristan. La barriga se le inflaba cuando cogía aire. Agarré la nota que había guardado en el bolsillo de los pantalones. Cuando nuestras miradas se encontraron, Kristin sonrió.

De regreso al hotel, la calle echaba humo a la luz de los faros. Kristin se durmió en mi regazo. Durante mucho rato no nos cruzamos con ningún coche y el bosque estaba oscuro ante nosotros. Imaginé lo bonito que sería ser los únicos habitantes del mundo.

Llevé a Kristin en brazos a nuestra habitación, aunque a medio camino tuve que dejarla un momento en un sofá del vestíbulo porque no podía más.

En el baño le lavé la cara y le di un vaso de agua. Le cayeron unas gotas por la barbilla y el cuello.

Le quité el vestido de seda oscuro, lo colgué en una percha y le puse mi pijama. Era la primera noche que se quedaba conmigo. Me agarró con la mano el índice izquierdo y cerró el puño.

Intenté no quedarme dormido. En un momento dado apoyé la cabeza en su pecho para comprobar si aún respiraba. Por la mañana, antes de que saliera el sol, oí que se levantaba e iba al baño. Se vistió a oscuras, había colgado ropa limpia en mi armario. Cuando salió de la habitación me hice el dormido.

~ ~ ~

El testigo Robert Zeiler observó en varias ocasiones cómo la encausada, a veces junto con su marido, hacía redadas en Kurfürstendamm en busca de judíos. Luego los dos ordenaron que las personas localizadas subieran a unos camiones que estaban preparados para trasladarlas. En una redada en la esquina de Leibnizstraße, la encausada aconsejó al testigo que se alejara de allí de inmediato. Poco después, el testigo vio pasar un camión abierto con varias personas y al final a la encausada y a Rolf Isaaksohn. Se desconoce el destino de las personas detenidas.

Tomo I/113 R, 195

OceanofPDF.com

Mayo de 1942

México declara la guerra a Alemania. El primer ministro británico, Churchill, advierte al ejército alemán en un discurso retransmitido por radio sobre la utilización de gas tóxico. La Wehrmacht ocupa la ciudad de Kerch, en Crimea. Quinto de los diez mandamientos del doctor Joseph Goebbels para todo nacionalsocialista: «Siéntete orgulloso de Alemania; tienes motivos para estarlo, millones de personas han dado su vida por esta patria». El ministro de Asuntos Exteriores británico, Robert Anthony Eden, y su homólogo soviético, Viacheslav M. Mólotov, firman un tratado de alianza contra el Reich alemán. En Nueva York, Bing Crosby y otros músicos graban la composición *White Christmas*. La ración mensual de manteca se reduce de 1053 a 825 gramos. Goebbels convoca en Berlín un Concurso de Cortesía. Con el nombre de «Operación Ironclad», los soldados británicos ocupan Madagascar, hasta entonces controlada por la Francia de Vichy. Por encargo del gobierno de Checoslovaquia en el exilio, dos checos llevan a cabo un atentado contra el director de la Oficina Central de Seguridad del Reich Reinhard Heydrich en una curva muy cerrada en Praga. Uno de los autores del atentado intenta disparar a Heydrich, que viaja en su Mercedes-Cabriolet, con una pistola automática, pero fracasa porque el arma se encasquilla. El otro autor del atentado lanza una granada de mano que explota después de impactar junto a la rueda trasera derecha del automóvil. La onda expansiva de la explosión destroza una costilla a Heydrich y le provoca un desgarró del diafragma. Se le clavan astillas de la granada en el bazo. De momento, Heydrich sobrevive.

~ ~ ~

Kristin no volvió, ni por la noche, ni al día siguiente.

Yo me preguntaba qué había hecho mal y creía que tenía que ser algo relacionado con la conversación que habíamos mantenido en Wannsee.

Me quedaba sentado en silencio en el vestíbulo, junto a la barra, pensando en ella.

—¿La prometida? —preguntó Franz *el Gordo* pasados unos días de silencio.

Asentí.

Esa noche, cuando ya no quedaban clientes en la barra, el recepcionista se sentó a mi lado. Parecía cansado, y un mechón le caía en la frente. Franz dejó en el mármol tres vasos de *korn* llenos hasta el borde. Me puso la mano en el hombro y me dijo:

—Nada ayuda, hijo.

—No puedo más.

—Claro que sí, podemos con todo, de una manera u otra.

No tenía motivos para lavarme el polvo de carbón de la piel por las noches.

Sabía que me había equivocado, pero no sabía en qué. Añoraba su olor, que durante los primeros días siguió impregnando las sábanas, pero luego desapareció. Echaba de menos llamarla «Puntito».

En el cuello del abrigo encontré uno de sus cabellos. Estuve medio día pensando qué hacer con él antes de retirarlo. Me lo metí en la boca y me lo tragué con coñac.

Me la imaginaba cruzando la puerta giratoria del hotel, con esos pasitos que daba cuando estaba contenta.

Las señoras de la limpieza colocaban lirios en el antepecho de mi ventana y me traían chocolate caliente, que yo tiraba al lavabo.

Escribí a mi padre a Estambul y a mi madre a Múnich, a los dos les mandé el mismo telegrama: «Sigo en Berlín. Enamorado. Triste».

En su carta, mi madre me escribió:

Querido Fritz:

Ya te dije que no fueras a Berlín. Tampoco me conmueve tu tristeza cuando pienso en todos los que luchan por la patria, y, por tanto, por nosotros, en los muchos que se dejan la vida en la batalla contra los terroristas.

Eso es lo único que cuenta ahora y lo que debemos apoyar. El sufrimiento propio es un destino individual que hay que olvidar.

Ven a Múnich, conmigo. Estaré ahí y verás lo bonito que es Nymphenburg.

Saludos, Heil Hitler,

Tu madre

~ ~ ~

En su carta, mi padre escribió:

Mi querido hijo:

Me entenece de corazón tener noticias tuyas. Imagínate dónde estoy ahora mismo sentado... En una pequeña cafetería en el Bósforo, donde el camarero habla francés con un fuerte acento otomano, y yo me estoy tomando un café solo, tan fuerte que no te lo podrías creer. Lo llaman mokka y se prepara con cardamomo. ¿A que suena genial? ¡Como un moro extraño de Las mil y una noches! Se sirve en una cafeterita, el ibrik, si lo he entendido bien. El polvo que contiene está molido tan fino que se mezcla directamente con agua, es una bebida del demonio, como te podrás imaginar. El camarero me ha explicado que antes los beduinos calentaban los recipientes directamente en la arena del desierto o en las brasas de una hoguera. Sí, Friedrich, estoy muy cerca del Sahara, te voy a dar mucha envidia. Ojalá estuvieras aquí, sería bonito, ¿verdad? Pero, por lo que me cuentas, estás tan enamorado de esa viciosa ciudad de Berlín como yo de la vieja Constantinopla. Conozco esa sensación de familiaridad en el extranjero. Los beduinos sólo nos sentimos a gusto cuando estamos de viaje. Pero tampoco debes estar triste, la patria te recibirá como una brújula que siempre te señala la dirección. Sin embargo, eres tú el que tiene que caminar. Te voy a revelar un pequeño secreto que tu madre no puede saber bajo ningún concepto. Resulta que aquí, todas las noches, un hombre llama a la gente a la oración desde una torre alta con una media luna en la punta, y siempre me despierta. Pero esta noche tengo un plan. Tomaré prestado el jubón de nuestro criado, me plantaré piadoso en la puerta y me inclinaré hacia La Meca con los musulmanes. ¿Acaso no es divertido? Imagínatelo, hijo mío: tu padre visitando una mezquita. Tú tampoco lo habrías soñado, ¿verdad? Ahora debo continuar, pero pronto te tendré informado.

Con todo mi corazón,

Tu padre, que siempre te quiere

P. D.: Disculpa las manchas de café.

P. P. D.: Supongo que no, pero por si acaso he entendido mal tu mensaje (como he dicho, supongo que no), y hablas de una chica, ten cuidado. Las mujeres berlinesas son, por lo que dice todo el mundo, necesariamente insolentes.

Por la noche fui a casa de Tristan, en Savignyplatz. Si él sabía su apellido, tal vez consiguiera encontrarla. Me abrió la puerta en ropa interior y con el revólver en la mano, me dio un abrazo largo.

—Joven —dijo unas cuantas veces.

El galgo salió corriendo del salón y se me subió encima. Las babas del perro me dejaron unos chorretones en las mangas.

Tristan llamó al ama de llaves y le pidió que nos preparara un té.

—Del bueno, con las hierbas de las montañas griegas, ¿eh?

Cuando nos quedamos a solas, dije:

—Kristin ha desaparecido.

Tristan asintió.

—A veces uno se equivoca.

—¿A qué te refieres?

—Quizá no era lo que queríamos ver en ella.

—¿Y qué querías ver tú?

Me pregunté por qué se tomaba con tanta calma que hubiera desaparecido. Yo hablaba demasiado alto, y Tristan me dio un golpecito en la mano para hacérmelo entender. Tenía el vello del pecho claro.

—Tranquilo. Yo también tengo miedo. Todos tenemos miedo.

Me incomodaba el modo en que me tocaba. Bebimos el té en silencio. La porcelana era tan fina que creí que me iba a estallar entre los dedos. Tristan me preguntó si me quedaba a cenar y me contó que hacía poco que había dejado de comer carne. Según él, la humanidad no empezó a comer la carne de los animales hasta que el hombre primitivo se emparejó con el caníbal judío.

—Pero ¿qué dices? —pregunté.

Miré el cero oscuro que tenía en el antebrazo.

—Se lo he leído a Wagner —dijo Tristan.

—¿Has preguntado por su apellido?

—Y Gandhi tampoco come carne. ¿Conoces a Gandhi?

Lo agarré del brazo.

—Su apellido.

—Ah, por eso has venido.

Sirvió el té y se quedó callado.

—¿Se lo has preguntado, Tristan?

—Sí.

—¿Y...?

—Mintió.

Di un manotazo en la mesa que hizo que las tazas se tambalearan.

—Nos mintió a todos —dijo Tristan.

Me puse en pie y me fui. Tristan me alcanzó en la puerta y me agarró por los hombros. Me habló con mucha calma.

—Sé que no eres judío —dijo—, no tengas miedo, hace tiempo que lo comprobé. Lo pareces, pero estás limpio.

«Aguantaremos». Me había dicho mi padre. Cada día que pasaba en Alemania me aferraba a eso y fingía poder vivir con lo que ocurría con los judíos. Había aguantado las banderas con la cruz gamada y los saludos a gritos con el brazo derecho alzado. Pero en ese momento sentí que aquello no estaba bien.

Me zafé de él y salí corriendo del piso. Corrí hasta que el sudor me empapó la espalda de la camisa. En Mommsenstraße me senté en la escalera de mármol de la entrada de una casa. Pasó una pareja, un hombre y una mujer mayores cogidos de la mano, con los dedos entrelazados.

Kristin apareció ocho días después de la noche en Schwanenwerder. Llamó con tal suavidad a la puerta que al principio no la oí.

—Dios mío —dije cuando le vi la cara.

Tenía las mejillas hundidas, y llevaba un pañuelo en la cabeza. Le vi hematomas bajo los dos ojos ensangrentados. Y uno de ellos lo tenía morado. Era un día cálido. Pero llevaba abrigo. No me tocó. Nos quedamos de pie en la habitación, uno frente al otro.

—¿Ni un beso? —preguntó.

Cuando la abracé se estremeció. Olía a sangre.

—No tuve suficiente cuidado —dijo en voz baja.

Apenas la entendí.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué...? ¿Quién...? ¿Qué ha pasado?

Cuando levantó el brazo vi que torcía el gesto de dolor. Me tapó la boca con la mano.

—Pensaba que me habías dejado —dije.

—Ayúdame a quitarme el abrigo, por favor, Fritze. Los hombros...

Le vi los verdugones en los brazos. Cuando le quité el abrigo, el cinturón se enganchó en el pañuelo y éste se le resbaló de la cabeza. Se me cortó la

respiración un instante. Le habían afeitado el pelo. En el cuello tenía unas marcas oscuras. Se le veía el cuero cabelludo. Kristin se dio la vuelta.

—No tuve suficiente cuidado —repetía una y otra vez—. No tuve suficiente cuidado.

Rompió a llorar, cerró la mano en un puño y se golpeó la frente.

—¿Qué ha pasado?

Tosió y vi que le dolía. Dijo que le resultaría más fácil contarme su historia si no me miraba. Colocó una silla junto a la ventana y se puso a mirar hacia fuera mientras hablaba. Tardó mucho, a ratos callaba, una vez gritó, pero por lo demás habló con calma. Su primera frase fue:

—Han dicho que soy judía.

Kristin era hija de judíos berlineses. «Judíos de tres días», según ella, porque sólo visitaban el templo de Wilmersdorf en familia tres festivos al año. Su padre había combatido en la Primera Guerra Mundial contra los franceses y formaba parte de la Federación de Soldados Judíos de Primera Línea del Reich. En su habitación de Xantener Straße tenía una cómoda con un cajón lleno de condecoraciones. Era compositor, amaba el *Lied* alemán, sobre todo a Schubert y Schumann. Eran pobres.

Kristin señaló la estancia en la que estábamos y me dijo que todo aquello era como un sueño para ella. La comida tan buena, los edredones tan suaves... Hasta entonces nunca había bebido champán.

Dijo que ella no era judía. No tenía aspecto de judía, no tenía amigos judíos, no hablaba yidis como los judíos del este y no creía en Dios.

—Pero si soy absolutamente aria...

Comía tocino. Ni siquiera se sabía de memoria el Shemá Israel. Hitler la había convertido en judía. Desde la noche en que ardió la sinagoga de Fasanenstraße, cuando los bomberos se limitaron a quedarse mirando el incendio, Kristin ocultaba que en su tarjeta de identificación estaba sellada la «J» roja. Quería ser cantante, y eso no casaba con la sangre judía. Sus padres no tenían dinero para el pasaje a América. Esperaba que Alemania se lo perdonara porque su padre había luchado en la guerra y porque un pueblo que amaba a Schubert no podía ser malo. Kristin llevaba una vida buena, con los pocos ingresos que tenía de la escuela de bellas artes, las clases de

latín y las actuaciones en el Melodie Klub. Dormía con sus padres en una pensión ilegal.

Los hombres de los abrigos de piel llegaron dos días después de la fiesta en Schwanenwerder y los detuvieron a los tres. Les dijeron que se vistieran, que al cabo de unas horas estarían de regreso en casa, y los llevaron a la sección judía de la Gestapo, en Burgstraße. Kristin no sabía quién la había delatado.

Un hombre le afeitó con un cepillo de carpintero el pelo, el vello de las axilas y entre las piernas, sin utilizar jabón. Le dijo que su sangre olía a puerca. Por la noche la habían encerrado en un sótano inundado de agua. Ésta le llegaba por los tobillos. Le había costado dormir allí. El agua olía a moho. Por suerte estaban a principios de verano, dijo, si no, habría hecho frío.

Al día siguiente la habían llevado a una sala sin ventanas que los hombres llamaban «el despacho». Allí, un hombre se presentó como «el Jardinero», se sentó en una silla y se puso a fumar. De las paredes colgaban las páginas arrancadas de un calendario con fotografías de flores.

El Jardinero era pelirrojo y tenía unos rizos largos. Del techo pendía una bombilla que desprendía una luz azulada. Kristin tenía las manos esposadas a la espalda. De una cadena sucia colgaba un gancho.

El Jardinero llevó unas camisas al despacho. Instaló una tabla de planchar en el sótano. Llenó una plancha de carbón, le quitó las esposas a Kristin y la obligó a plancharle las prendas. La elogió por conseguir borrar las arrugas del algodón incluso en las partes difíciles, como en la zona de los hombros y el cuello.

El Jardinero le volvió a poner las esposas a Kristin y la colgó del gancho del techo. Con un torno de cable la elevó aproximadamente a medio metro del suelo. Durante unos instantes, los músculos de los hombros de Kristin tuvieron la fuerza suficiente para aguantar el peso de su propio cuerpo, hasta que se le desencajaron y quedó colgada con los brazos estirados. El Jardinero le pegó con una manguera de goma. Chasqueando la lengua entre golpe y golpe.

—Imagínese un establo lleno de caballos lipizzanos o algo parecido —el Jardinero hablaba en bávaro—, y que de pronto quiere el azar que justo en

cada generación haya un cruce con un caballo de tiro belga. Por pura lógica, la capacidad de correr, que viene determinada por la genética, disminuye, al tiempo que la capacidad de tirar de un carro por el lodo, también determinada por la genética, aumenta hasta el cielo. Pero la calidad ya no es la misma. Pues igual pasa con las personas.

El Jardinero quiso saber dónde se escondía Cioma Schönhaus. Kristin no lo sabía. Schönhaus era sospechoso de falsificar documentos usando una remachadora, sellos con la cruz gamada y líquido Pelikan para borrar tinta.

Kristin le dio las direcciones que le parecían más probables. Confesó ser una profanadora de la raza. Esperó a que el Jardinero la golpeará hasta dejarla inconsciente.

Los golpes con la manguera no le parecieron muy dolorosos. Luego se quedó tumbada en el suelo con los brazos dislocados.

—Me han destrozado —dijo.

El Jardinero dejó caer varias veces sobre ella una máquina de escribir Olivetti, sin importarle que ésta se rompiera. Kristin tenía que levantarla del suelo y volver a dejarla en la mesa para que él pudiera tirarla de nuevo.

Si encontraba una arruga en la camisa, le lanzaba la plancha.

Al cabo de unos días le encajaron los brazos de nuevo, y otros hombres le dieron un pañuelo y la llevaron a Wilmersdorf en un coche sin ventanas. Le dijeron que si quería volver a ver a sus padres con vida debía averiguar dónde se escondía Cioma Schönhaus. De lo contrario, pronto les tocaría el turno a ellos. El Jardinero se despidió en bávaro.

—¿Qué hago ahora, Friedrich?

—Pero si nunca has llevado la estrella de David...

—Mis papeles eran falsos.

—Por eso nunca me has llevado a tu casa.

—Ay, Friedrich...

Se volvió hacia mí en la silla. Las lágrimas le habían formado cristales de sal en el rabillo del ojo. Su rostro tenía una dureza que nunca le había visto. La piel ya no reflejaba la luz.

—Kristin mía... —dije yo.

—Friedrich, no me llamo Kristin. —Me miró—. Soy Stella. Stella Goldschlag.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

Me agarró de las manos. Recordé que me había preguntado si tenía pasaporte suizo.

—Mi pasaporte es un seguro de vida, ¿verdad?

Negó despacio con la cabeza y cerró los ojos.

—¿Qué habrías hecho tú?

—Habría dicho la verdad.

Me puso una mano en el pecho. Noté el calor de su palma a través de la camisa.

—Es cierto, Fritze. Tú también lo sabes.

Se sentó en mi regazo. Vi que hacía una mueca de dolor.

—Voy a buscarte un médico, Kristin.

—Stella —dijo, y dejó la mirada perdida.

—Voy a buscarte un médico.

~ ~ ~

El recepcionista no hizo preguntas. Dijo que enviaría a un médico lo antes posible. Y apenas una hora más tarde, un hombre con una maleta de piel entró en la habitación. En vez de una bata blanca, llevaba un traje de *tweed*.

—¿En qué mes estamos, señorita? —preguntó antes de mirar a Stella, y luego añadió—: Disculpe, por favor.

No preguntó cómo se había hecho las heridas. Durante el examen, yo me quedé en la suite. El médico le palpó con cuidado los hombros.

—Las articulaciones de la izquierda se han recolocado mal, tengo que volver a hacerlo —anunció.

Sacó una jeringuilla y le inyectó un líquido claro en el brazo.

—Tráigame una toalla, por favor —me ordenó el médico.

Fui al baño y volví con un montón de toallas. Una se la dio a Stella. Las articulaciones del hombro crujieron cuando lo dislocó para poder encajarlo

de nuevo. Stella cerró los ojos y mordió la toalla con fuerza. Luego, el médico le puso un poco de yodo en algunas de las heridas.

—Déjenos un momento a solas —me pidió.

—Él se queda —dijo Stella.

Se tumbó en la cama, el médico le subió el vestido por encima de la barriga y la examinó. Yo me quedé sentado en la butaca. No sé qué le hizo, pero vi los hilos con los que la estuvo cosiendo. Mientras lo hacía, Stella me miraba. A veces le temblaban los párpados. Yo no paraba de asentir con la cabeza.

Pagué al médico y añadí cien marcos imperiales por su silencio.

Cuando nos quedamos solos, Stella me preguntó de nuevo:

—¿Qué hacemos ahora?

Estuve un buen rato sentado a su lado en la cama, agarrándole la mano.

—Vámonos a Choulex —dije yo.

—No puedo.

—Pues cojamos el Orient Express y marchémonos de aquí.

—Pero están mis padres...

Lloró en silencio. No serviría de nada sacarla de allí. Y en ese momento decidí quedarme a su lado. Me daba igual cómo se llamara. Era la mujer que me escribía notitas. Stella no tenía elección.

—Sé quién puede ayudarnos —dije yo.

Stella levantó la cabeza. Yo respiré hondo antes de decirlo.

Tristan me llamó ese mismo día al hotel para invitarme a cenar. Sabía que la invitación no era casualidad.

Cuando dos días más tarde abrió la puerta de su piso y vio a Stella a mi lado, puso cara de asombro. Llevaba un albornoz con las letras rúnicas de las ss en el pecho.

—No deberías haberla traído aquí —dijo al cerrar la puerta.

En la mesa del comedor, en unos cuencos de porcelana pintada y unas bandejas metálicas, se amontonaban unos rollitos de queso.

—Pero mirad esas delicias... —dijo Tristan—, no ha sido fácil.

—Me retuvieron ocho días en Burgstraße —dijo Stella, y cogió un cuchillo.

—Venid, haré que pongan tres servicios. No hay nada de lo que no se hable mejor comiendo —dijo Tristan.

—Mis padres siguen ahí —dijo Stella.

No fui capaz de interpretar la mirada de Tristan. Stella apretaba la punta del cuchillo en la palma de la mano. Luego se quitó el pañuelo de la cabeza. Por un momento, el tono de voz de Tristan cambió, sonó demasiado agudo, como le ocurría con frecuencia, y al final de la frase se le quebró.

—Tienes un aspecto horrible, niña... —Miró por la ventana—. ¿Qué te han hecho? Quiero decir... ¿El pelo?

Stella volvió a coger el cuchillo y presionó en la mano con la punta. Le dejó una marca blanca allí donde la sangre se había retirado.

—Tienes que ayudarnos —le pidió Stella.

Tristan se reclinó en la silla.

—No puedo hacer absolutamente nada —hablaba aún más bajo que ella.

Vi que Stella cerraba la mano en la empuñadura del cuchillo. Antes de que la moviera, le puse la mía encima y se la apreté.

—¿Qué podemos hacer? —Era la primera vez que intervenía esa noche.

Tristan clavó un pincho largo de acero en un pepinillo, se lo llevó a la boca y masticó a conciencia. Sus pupilas saltaban de Stella a mí, como si buscara las palabras adecuadas.

—Friedrich, somos amigos. ¿Has pensado en la de veces que te habrás mentido? —me preguntó, luego se paró un momento y se quedó mirando el antepecho de la ventana, que ahora estaba vacío—. ¿Te acuerdas de la pequeña ardilla? La cuidé hasta que se recuperó. ¿La recuerdas? —Atravesó a Stella con la mirada—. Supongamos que este piso es algo parecido al Reich. La ardilla era una invitada, ¿no es cierto? El señor del Reich es *Muck*.

El galgo, que estaba tumbado en un rincón, levantó la cabeza.

—¿Qué? —dije yo.

—*Muck* mete el morro unas cuantas veces en la caja de zapatos, pero deja tranquila a su invitada. Sin embargo, al cabo de unos días, *mademoiselle* Lechaux observa que la ardilla empieza a correr. Abre una

ventana para que pueda seguir trepando, por algo parecido a su propio Reich o por donde sea, da igual, lo importante es que se vaya.

—Tristan, ¿de qué hablas?

—... pero no se va. Se queda en el piso, adonde los demás le van trayendo avellanas. Y poco a poco su carácter judío, disculpa, Kristin, se va revelando.

—Tristan, para.

Se levantó, con el pincho en la mano, y se colocó de espaldas a nosotros. De repente, le hablaba a la noche.

—Luego, su alma depravada sale a la luz. Quiere el piso entero para ella. Le da igual que *Muck* lleve aquí más tiempo que ella. Un día, *mademoiselle* Lechaux ve que la ardilla sale de la caja y muerde a *Muck* en una pata.

—Para, Tristan.

—Así, sin más.

Stella se tapa los oídos. Tristan sigue hablando.

—La bajeza de la ardilla era tal que se me eriza el vello. Al principio, *Muck* se sorprendió. Quiero decir, ya lo conoces. Pero cuando lo entendió, se empleó a fondo. Gracias a Dios, no se la comió. *Mademoiselle* Lechaux quemó a la bestia en el horno de la cocina, junto con papel usado. Tendrías que haberla visto cuando me lo contaba. Estaba descompuesta, la pobre.

Me levanté. Stella seguía tapándose los oídos. Tristan se dio la vuelta y nos miró. Agarró el pincho que había utilizado para coger el pepinillo y la señaló. Se acercó a nosotros.

—Aquí tenemos sentada a otra representante judía.

—Tristan, déjalo.

—... y si no dejamos que los *Muck* de Burgstraße hagan su trabajo, lo lamentaremos.

—¡Basta! —grité.

Dejó caer el pincho en la mesa, junto a Stella, le puso el índice bajo la barbilla y le habló con tanta suavidad que apenas lo entendí.

—Nos haría pedazos, junto con el resto de esa chusma israelita.

Lo agarré del brazo.

—¿Te has vuelto loco?

Le toqué donde tenía el cero tatuado en la piel. Él retiró el dedo de la barbilla de Stella, rodeó la mesa y se sentó en su silla. Se le había abierto el albornoz y se le veía el pecho delgado. Tristan se limpió los labios con la servilleta.

—Tristan —me dirigí a él, esta vez en voz baja.

Luego nadie dijo nada más.

Oí a Tristan masticar, cómo corría un niño en el piso de arriba, alguien en la calle silbando una melodía, alegre y despreocupado.

Al cabo de unos minutos, Stella se levantó despacio. Intenté retenerla agarrándola con la mano, pero se fue. Corrí tras ella.

—¡Cuidado con contarle a alguien la buena comida que has visto aquí!
—gritó Tristan sin levantarse de la silla.

Stella se detuvo en el pasillo.

—Déjame, necesito estar sola.

—¿Puedo ayudarte de alguna manera?

—Tú déjame.

Yo quería hacer lo correcto. Pero tenía la sensación de que ahora eso ya era imposible.

Dejé que Stella se fuera, volví a entrar en el piso y me senté a la mesa. Tristan me sonrió mientras masticaba.

—Gracias por quedarte —dijo.

Tenía ganas de gritarle, pero eso no habría ayudado a Stella en nada.

Respiré hondo unas cuantas veces.

—¿Qué puedo hacer? —pregunté.

—Ser fuerte y olvidarla.

—¿Eso es ser fuerte?

Tristan se encogió de hombros. Empezó a servir queso y huevo en un plato y a untar mantequilla en una rebanada de pan de centeno. Luego se puso en pie, rodeó la mesa y me colocó el plato delante, con la otra mano me tocó el hombro.

—Por favor. No me gusta nada comer solo.

Di un par de bocados sin ganas.

—Deberías comer más pan —dijo Tristan—. Levadura. El pan es sano.

—Stella haría cualquier cosa. Cualquier cosa, lo sé —dije.

Tristan negó suavemente con la cabeza, cogió un rollito de queso y se lo lanzó a *Muck* delante del morro. El queso se quedó ahí.

—Ayúdala por mí —le pedí.

Tristan suspiró y dejó caer los hombros.

—Hace tiempo que lo hice —dijo en voz baja.

Sentí un cosquilleo en el pecho mientras seguía hablando.

—Ese falsificador de documentos al que tiene que encontrar...

—¿Cómo sabes eso?

Me miró con los ojos abiertos de par en par.

—Si lo entrega, podrá salvar a sus padres. Es decir, las chicas como ella tienen contactos. Para los compañeros de Burgstraße es el cebo judío perfecto.

Yo ya no sabía qué pensar. ¿De qué bando estaba ese hombre?

—«Cebo judío» —dijo Tristan varias veces para sus adentros—, es un término fantástico.

—Acabas de meterle el miedo en el cuerpo.

—¿Miedo? Es ella la que me ha dado miedo. Nos arrastrará a los dos tan rápido que ni siquiera te darás cuenta.

Vi en Tristan esa mirada sincera...

—¿Crees que me resulta fácil? Yo también estoy totalmente agotado. Me siento como un oso al que le enseñan a bailar. A él también le queman las patas, aunque detrás no haya mala intención.

Me terminé despacio todo lo del plato porque no quería disgustar a Tristan y bebí cerveza con él.

—Como un oso al que le enseñan a bailar —repitió, y luego añadió—: ¿Podemos hablar de otra cosa, por favor?

Me contó que temía el momento de la muerte de *Muck* y que cuando uno era tan alto como él costaba encontrar a la mujer adecuada. Cambió de tema como si la vida de Stella careciera de importancia. Dijo que quería tener familia e hijos y que preferiría una hija porque así podría comprarle vestidos bonitos. Yo me mantuve en silencio. Luego escuchamos uno de sus discos de swing nuevos, y él bailó un poco.

—Si no fuera tan raro, te sacaría a bailar —dijo.

—¿Lo crees de verdad? —pregunté.

—¿El qué?

—Que los judíos nos harán picadillo.

Tristan se movía de un lado a otro.

—Por supuesto que no —me contestó, y siguió hablando mientras movía la mano al ritmo de la música—: Los judíos y nosotros somos distintos. O eso creo. La propaganda es importante para que el populacho lo entienda. Pero a ellos también se les dan bien muchas cosas, como por ejemplo la gestión del dinero, y hacen unas pieles fantásticas. A veces también me gusta oír música judía. El *glissando* de clarinete al principio de *Rhapsody in Blue*. Maravilloso. Y, entre nosotros, esa chica sefardí me parece encantadora. Pero el judío en sí es de otra clase. Huelen completamente distinto.

—No huelen distinto.

—Sí, sí, sé sincero, lo sabes mejor que nadie, huelen distinto. Como la pequeña Kristin. —Sonrió—. Te puede gustar —añadió antes de ponerse serio—: Crees que Kristin sabe guardar un secreto, ¿verdad? Quiero decir, si mi superior descubre que hago que me envíen queso de París...

Negué con la cabeza.

—Ella no es así.

Tristan asintió. Y se inclinó hacia mí.

—La ardilla está bien, por cierto.

—¿Qué?

—Cuando volvió a tenerse en pie, se subió a una rama del castaño.

—Pero has dicho que *mademoiselle* Lechaux la asó.

—Una mentira piadosa, Fritze. —Me guiñó un ojo—. ¿No? Sólo es una mentira piadosa.

Se me quedó mirando.

—¿Fritz?

—Sí.

—¿Qué haces aquí todavía?

—No quería dejarte solo comiendo.

—No es sitio para alguien como tú.

—¿Qué quieres decir?

—Berlín. Esta ciudad demencial. Esta Alemania. Tú eres mucho más refinado.

Cuando llegué a mi habitación del Grand Hotel, Stella estaba despierta a oscuras.

—Mañana encontraré a Schönhaus —dijo antes de que pudiera explicarle mi conversación con Tristan.

Su voz sonaba como en primavera, había recuperado la fuerza. Me quedé sin aliento un instante.

—No lo hagas.

—Tengo que hacerlo.

—Pero no deberías.

Vi cómo se volvía en el colchón, me daba la espalda y miraba por la ventana.

—Lo sé —dijo.

~ ~ ~

Caso 36 y 37: 2 personas desconocidas

Testigo: Hedwig Holzamer

La testigo y su marido vieron en Kurfürstendamm cómo la encausada sacaba a dos hombres del Café Kranzler mientras hablaban amistosamente. En la calle se encontraban el infiltrado Goldstein y el dirigente de las SS Schwöbel, vestido de civil. Cuando Schwöbel enseñó su placa de servicio, exigió a los dos hombres que subieran a su coche. Luego la encausada se marchó.

Tomo II/20

OceanofPDF.com

Junio de 1942

Más de mil bombarderos de la Royal Air Force bombardean Bremen durante setenta y cinco minutos. Se cierran las últimas escuelas judías del Reich alemán. Nace Paul McCartney. Salvo escasas excepciones, los medio judíos ya no pueden cursar estudios superiores. Sexto de los diez mandamientos del doctor Joseph Goebbels para todos los nacionalsocialistas: «Quien ofende a Alemania te ofende a ti y a tus muertos. No le des tregua». El Congreso estadounidense decide invertir cuarenta y dos mil millones de dólares en armamento. El Ministerio para la Salud del Pueblo del Reich etiqueta una bebida llamada «Biomalz», de la empresa Patermann, como importante para «el desarrollo de una juventud fuerte en la marcha hacia el futuro». La salsa Maggi, en cambio, debe usarse poco. Los hornillos que pertenezcan a judíos alemanes serán incautados. De los escaparates berlineses cuelgan carteles que dicen: «¡CUIDADO! ¡ESPÍAS! ¡PRECAUCIÓN AL HABLAR!». En Múnich, Hans Scholl y Alexander Schmorell crean un grupo de resistencia y lo llaman «Rosa Blanca». Reinhard Heydrich muere de una peritonitis supuestamente provocada por unas piezas del asiento de su coche que le perforaron el estómago tras la explosión. Como revancha por el atentado, la policía alemana mata a los varones del pueblo de Lidice, deporta a las mujeres y los niños a campos de concentración y arrasa la localidad. Los autores del atentado no estaban vinculados con Lidice.

~ ~ ~

Unas semanas antes estábamos escuchando música juntos y riendo en Schwanenwerder. Ahora todo era silencio.

Stella protegía a su familia. ¿Podía eso estar mal?

Yo era un joven con dinero y pasaporte suizo que pretendía vivir en la guerra sin tener nada que ver con ella. Había llegado de vacaciones. Había sido tonto. Me quedé callado porque todo lo que se me ocurría me parecía poco adecuado. No le hablé a Stella de Tristan porque no entendía sus intenciones.

Stella se tumbó en la cama de espaldas a mí. Tenía la piel caliente, como si tuviera fiebre. Me agarró de los brazos y los apretó contra su estómago.

—Ahora no puedo ser cariñosa.

La besé en el cuello.

—¿Me abrazas esta noche? —preguntó.

Nos quedamos tumbados y despiertos mucho rato. Pensaba en casa y en el campo de girasoles de mi infancia, o quizá lo soñara, no había ninguna diferencia.

Más tarde, Stella empezó a temblar en mis brazos. Las cortinas del hotel estaban descorridas. El sol atravesó pronto la ventana.

—¿Duermes? —me preguntó.

—Sí —dije.

Dejé correr el agua caliente en la bañera y, cuando estuvo sentada, le froté las axilas y la espalda y la lavé con cuidado entre las piernas. Ella me miraba mientras lo hacía. La ayudé a vestirse. Sacó un bombón del bolso y se lo comió. La ayudé a ponerse el vestido. Se puso el sombrerito de cazador.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Esto no es para ti —dijo.

La besé en los párpados.

—Ahora soy tu hombre.

Noté que el corazón me latía con fuerza al decirlo. No sé si lo decía por ella o por mí. Por primera vez desde su paso por Burgstraße, la vi sonreír.

—Mi hombre —dijo.

Y apoyó la frente en mi barbilla.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté.

Stella se retiró un paso y me miró a poca distancia. No sabía cómo lo llamaba ella, pero sabía qué estábamos haciendo. En ese momento lo

entendí.

—¿Qué hacemos ahora?

—Cazar.

Pedí que nos recogiera un taxi.

—Al hospital de Iranische Straße, por favor —dijo Stella cuando subimos.

Luego atravesamos Berlín y observamos a gente que se dirigía al trabajo, a hacer la compra, o que estaba sentada en un banco leyendo el periódico. La gente hacía lo que se hace los miércoles por la mañana. Todo parecía ir bien.

Me pregunté qué le pasaría al falsificador de documentos si lo encarcelaban en Burgstraße. Me incliné hacia Stella y le pregunté al oído:

—¿No hay otro modo?

Ella se limitó a mirar por la ventana.

El hospital parecía grande, como un laberinto. Desde que Stella había entrado en mi vida, ella decidía adónde íbamos, qué comíamos, cómo vivíamos. Y eso me gustaba. Era una mujer fuerte, yo débil. Pero aquel día ya no lo soporté más.

Antes de que entrara en el hospital la cogí de la mano.

—¿Qué hacemos aquí?

Un hombre salió por la puerta. Stella y yo nos quedamos callados. Me llevó hasta el patio interior. Hablaba a toda prisa.

—Si eres judío y berlinés sólo puedes largarte si tienes pasta o un carnet de identidad falso.

Otro hombre con un ramo de flores pasó por nuestro lado.

—Abrázame —dijo Stella.

La abracé.

—En el hospital hay un internista que es judío de segundo grado —me susurró al oído—. Él puede seguir trabajando. Todos los judíos de Berlín saben que por seiscientos marcos consigue un documento de identidad del Servicio de Seguridad.

—Schönhaus.

—Nos llevará hasta él.

Permanecemos quietos.

—Me gusta que me agarres con fuerza —dijo.

Estaba mareado. Intenté justificarlo con el hecho de que no había desayunado, pero no era por eso.

—No puedo hacerlo.

—Se pueden hacer muchas cosas si uno quiere.

—No lo conseguiré.

—Ya lo sé.

Apoyó su mejilla en la mía.

—Espérame en el hotel.

—Stella...

—Lámame Kristin.

Tenía los labios fríos. No me moví cuando tensó los hombros, torció un poco la boca y procuró sonreír. Vi que le costaba. Recorrió el camino hasta la entrada del hospital con la cabeza alta y desapareció en el interior. Pese a que la estación ya estaba demasiado avanzada, delante del edificio las magnolias estaban en flor.

Deambulé sin rumbo fijo por las calles, era una mañana bochornosa, el asfalto humeaba. El polen de los tilos se pegaba a las aceras por la resina.

Vomitó en los adoquines de un acceso y escupí espuma blanca. Un hombre joven y apuesto ataviado con el uniforme de las juventudes hitlerianas caminaba detrás de mí por la acera. Al ver que me apoyaba en la pared se me acercó presuroso, me puso una mano en el hombro y me preguntó si podía ayudarme.

Caminé por Berlín ensimismado hasta que llegué al Spree. Le pregunté a una mujer que recogía leña en qué dirección estaba el Parlamento y recorrí el camino hasta el Grand Hotel. En un momento dado me palpé los bolsillos de la americana. Encontré una notita manuscrita de Stella. «Gracias por ser mi hogar».

Cuando llegué al hotel anochecía. En el ascensor me encontré al ascensorista manco.

—*Heil Hitler*, señor —dijo.

—Buenas tardes. ¿Puedo preguntarle algo?

—Por supuesto, señor.

—¿Cómo perdió el brazo?

El hombre se irguió y estiró el cuello.

—Impacto de granada, Polonia, segundo regimiento de paracaidistas, señor, arrollamos a los polacos y nos impactó una granada.

—Lo siento.

—Si juegas con fuego...

Me quedé callado.

—Una cosa más, si me lo permite, señor —dijo, antes de que yo saliera del ascensor.

—Sí.

—«Perder» no es el término adecuado. El brazo me lo quitaron.

Stella llegó por la mañana, pero no la vi hasta que se tumbó a mi lado y se puso mi brazo encima.

—¿Y bien? —pregunté.

—Tengo que hacerlo sola, querido Fritz. Por favor, no me preguntes más.

Cuando pensaba que me iba a hacer daño me llamaba «querido Fritz». Hundí la cara en sus rizos. Ella me acarició las mejillas. No quería mentir y me quedé mucho rato callado.

—¿Stella? —la llamé en algún momento.

—Mmm.

—Tu nombre.

—¿Qué le pasa?

—¿Es por la estrella polar?

—No —dijo.

Me quedé dormido sobre su espalda.

En cuanto salió el sol me despertó estirando un brazo hacia mí. Se me sentó encima antes de que estuviera del todo despierto. Respiraba por la boca, sus lágrimas me caían en el pecho. Al cabo de unos minutos prorrumpió en sollozos.

—No me dejes —me dijo al oído.

Negué con la cabeza y le besé las lágrimas.

—Lo prometo.

—No me dejes.

La miré a los ojos.

—Nunca te dejaré —le dije—, lo juro.

Cuando ya hubo salido el sol, Stella fue al baño a asearse. Quise ayudarla, pero dijo que lo hacía sola.

Quitó las sábanas. Se me ocurrieron las primeras ideas para mi plan. Su sangre había traspasado el colchón.

~ ~ ~

Caso 1: Ziegler

Testigo: Erna Ehlen

La testigo Erna Ehlen se encontró con su sobrina Edith Ziegler, también residente ilegal, en la estación de metro de Uhlandstraße. La encausada se acercó de pronto a las dos y ordenó a Ziegler que la siguiera diciéndole: «Ven conmigo, rápido, tienes que ir al centro de detención o de lo contrario llamaré a la Gestapo». Cuando Ziegler gritó al irse «¡Es Stella!», la testigo supo lo que estaba pasando. Ésta manifiesta que Edith Ziegler fue trasladada al centro de Große Hamburger Straße y más tarde asesinada en Auschwitz.

Tomo I/44 R Tomo I/185

OceanofPDF.com

Julio de 1942

Los alemanes asesinan aproximadamente a diez mil habitantes del gueto de Slonim, en Bielorrusia. Por orden del Ministerio de Ciencia, Educación y Cultura del Reich, no se pueden aceptar medio judíos en centros de secundaria ni en escuelas superiores. Continúa permitiéndose que asistan a ellos personas con un cuarto de sangre judía. En Múnich se inaugura la VI Gran Exposición de Arte Alemán, con obras de seiscientos ochenta artistas. El FC Schalke 04 gana al Vienna por 2 goles a 0 y se proclama por sexta vez campeón de Alemania. La editorial S. Fischer anuncia que va a publicar las obras completas de Gerhart Hauptmann con ocasión del octogésimo aniversario del autor. Cuarenta y cuatro bombarderos Lancaster de la Royal Air Force bombardean Danzig: mueren noventa personas. Séptimo de los diez mandamientos del doctor Joseph Goebbels para todos los nacionalsocialistas: «Si alguien te ataca, responde con un ataque más fuerte. Si alguien te niega tus derechos, debes luchar para recuperarlos, y sólo lo conseguirás si te comprometes activamente». Adolf Hitler traslada su cuartel general de Prusia oriental a Ucrania para unos meses. El cuartel recién construido recibe el nombre de «Hombre Lobo». Heinrich Himmler, agrónomo diplomado, comunica a sus colegas que tienen a su disposición, para experimentar con personas y animales, a los internos del campo de Auschwitz. En parte de esos experimentos, el doctor Hohlfelder, especialista en radiología, comprueba hasta qué punto se puede lograr, mediante la radiación, la esterilización de personas de raza inferior y con taras.

~ ~ ~

Bebíamos demasiado, demasiado pronto. Bailábamos sin ganas en el salón amarillo. Yo pensaba en los padres de Stella. A menudo, ella me planchaba

las camisas e insistía mucho en la zona de los hombros.

Le regalé el cofrecito de rosas de mi padre. Primero, no obstante, lo acaricié por el borde tres veces en el sentido contrario a las agujas del reloj.

Al atardecer paseábamos junto a la orilla del Spree. Hablábamos menos que antes, mi risa no era del todo sincera. Ella comía más bombones.

Pregunté en una farmacia qué era el Pervitin. La cajita con diez caramelos costaba dos marcos. La farmacéutica era una mujer joven que llevaba unas gafas redondas y el pelo recogido en una cola de caballo.

—¿Puedo preguntarle algo? —dije, al tiempo que señalaba las cajitas de la estantería.

—Para eso estoy aquí.

—¿Qué efecto concreto tiene?

—Reduce el cansancio, el hambre y el dolor. Y uno tiene la sensación de que está fuerte como un toro.

—¿Y es peligroso?

—Defina «peligroso».

—¿Crea adicción?

—Sí.

—¿Te transforma?

—¿A mí?

—¿Transforma a la persona que lo toma?

—La Wehrmacht acaba de pedir un millón de unidades a Temmler, así que no puede ser tan malo. ¿Cuántos quiere?

Compré cinco paquetes y les puse un lazo que encontré en una floristería. Cuando se los entregué a Stella, me acarició con la palma de la mano desde la frente, pasando por los párpados cerrados, hasta la barbilla.

Durante aquellos días, Stella solía decir que necesitaba tiempo para ella. Para «reencontrarse», lo llamaba. Desaparecía en la ciudad y regresaba al hotel por la noche.

—¿Qué has hecho hoy? —le pregunté yo un día.

—Nada especial. ¿Confías en mí? —me respondió ella.

Asentí.

Fue sola al teatro y a la ópera y vio *La flauta mágica*. Yo le di el dinero. Tarareaba la melodía del pajarero. Una vez me dijo que le parecía bonito el modo en que se encontraban Papageno y Papagena, dos monstruos que se reconocían.

Intenté convencerme de que era bueno que viviera su libertad. A veces se pasaba las horas en la línea circular del tranvía y esperaba a que transcurriera el tiempo. Me quedaba las tardes junto a la ventana, mirando la calle y pensando en Cioma Schönhaus. Stella me había dicho que tenía que hacerlo sola, pero no era cierto.

~ ~ ~

Caso 28 y 29: Abraham y Moritz Zajdman
Testigos: 1. Abraham Zajdman,
2. Moritz Zajdman

El matrimonio Zajdman, ambos residentes ilegales, se encontraban con su hijo y su hija en la Staatsoper Unter den Linden, donde se sentaron separados para ver la actuación. Después de la función, la encausada agarró al hijo, Moritz, por el cinturón del abrigo al tiempo que le decía «Usted es el señor Zajdman». Él se soltó, le dio una bofetada y salió corriendo. La encausada gritó. «¡Detenganlo! ¡Judío!». Los transeúntes lo persiguieron y lo llevaron arrastrándolo por el pelo de vuelta al edificio de la ópera, donde estaban la encausada con Rolf Isaaksohn y un agente de policía. El padre, Abraham Zajdman, que había huido de la ópera con su esposa, reapareció entre la muchedumbre y golpeó a Isaaksohn en la cara diciéndole: «No somos delincuentes, somos judíos». Abraham y Moritz Zajdman fueron trasladados al centro de Große Hamburger Straße. Durante el interrogatorio que les realizó Dobberke, el director del centro, en el que les preguntó por el paradero de la señora Zajdman, la encausada se careó con los testigos. Le dijo a Abraham Zajdman: «Yo también he visto a su esposa, tiene que seguir aquí». Abraham y Moritz Zajdman lograron huir al cabo de dos semanas.

Tomo I/107, 193-194
Tomo I/17, 42, 191-192

~ ~ ~

En la barra, un cliente estaba hablando de que la Royal Air Force reduciría Berlín a cenizas. En el vestíbulo y los pasillos se acumulaba el equipaje de los huéspedes que querían salir del país.

Hubo una noche de julio que no podíamos dormir por el calor y la humedad.

—Vamos a salir un poco —dijo Stella.

Cogimos las gabardinas y salimos del hotel. Oímos que alguien cantaba en un bar de Torstraße. Un grupo de soldados vestidos con uniforme oscuro estaba bebiendo. Stella me cogió de la mano.

—Entremos ahí —dijo.

Yo me detuve.

—Tengo ganas de cantar —insistió.

Dentro, los cristales estaban empañados por el calor de tantos cuerpos. Toda la ciudad estaba a oscuras, habían cortado la luz. Las lámparas de aceite iluminaban los bares, pero habían cubierto las ventanas con cartones para que no se viera desde el exterior. Unos cuantos soldados se habían quitado la chaqueta y estaban en camiseta en la barra. Parecía que hubieran ido juntos al peluquero a primera hora de la tarde. Todos llevaban tatuado su grupo sanguíneo en la parte interior del antebrazo izquierdo. En el bar había muchas mujeres jóvenes que bebían vermut negro en vasos de agua. Unas chicas con trenzas servían detrás de la barra.

Stella preguntó a una de las camareras quiénes eran esos hombres, y la chica le dijo con un brillo en los ojos que pertenecían a la división de infantería mecanizada Wiking, de las ss, y que al día siguiente a primera hora partían hacia el frente.

El ambiente olía a sudor agrio y al perfume de guerra de las chicas, a falso jazmín.

Stella se acercó a la barra y pidió dos Berliner Kindl. Permanecimos muy juntos y bebimos en silencio. La cerveza sabía a detergente. Era cerveza de guerra de muy baja graduación.

—Vamos, anímate un poco —dijo Stella.

De vez en cuando, uno de los hombres entonaba una canción. Casi me había acostumbrado a la imagen de los soldados, pero éstos eran distintos, bebían más, hablaban a gritos y todos eran más altos que yo. Los uniformes eran oscuros. Stella se puso a cantar con ellos. En el bar había mucho ruido.

—Cada tiro, un ruso, y después la rata judía será exterminada —dijo un soldado con voz grave e imponente.

Tenía buen porte y parecía afable, como los ganaderos alpinos del Mont Blanc. Llevaba tatuadas unas cuantas letras griegas debajo de la clavícula derecha. Mi griego antiguo no era muy bueno, pero aquéllas podía leerlas porque conocía la historia. «*Molon labe*», decían.

Stella se rió y levantó la copa al oír el término «rata judía». Uno de los hombres rugió «¡victoria!» y estiró el brazo derecho. Stella también gritó «¡victoria!».

El soldado del tatuaje pidió dos vasos de *korn* en la barra y brindó con ella. Le dijo algo al oído que no entendí, Stella rió, y él pidió más *korn*. A mí no me dio ningún vaso.

Stella estaba de espaldas a mí. El tatuado me miraba por encima de su hombro.

Yo estaba al lado de un hombre delgado que sujetaba un vaso de agua con gas en la mano. Como mucho tendría veinte años, no iba de uniforme, sólo llevaba una camisa áspera de lino e iba peinado con la raya muy marcada, fijada con gomina.

Me dio un codazo suave en las costillas y se inclinó hacia mí:

—¿Es tu chica?

Asentí.

—¿Y el tipo?

—Yo... es un soldado —dije.

El joven sonrió.

—¿Quieres que te lo explique?

El hombre era bajo y pálido. Levantó la mano izquierda, con la que sujetaba el vaso de agua, a la altura del pómulo.

—Campeón de Berlín de peso wélter.

El tatuado se acercó más a Stella.

—¿Boxeador? —pregunté.

—Exboxeador. Ya no participo en combates oficiales.

—¿Por qué no?

—No puedo.

Vi el dolor en su cara.

—Yo soy Fritz —dije, y le di la mano.

—Noah —se presentó él, de manera que todo el mundo pudiera oírlo.

Di un respingo. El tatuado le había puesto una mano en la zona lumbar a Stella.

Empecé a sentir calor y tenía el estómago revuelto.

—Mejor no diga ese nombre tan alto.

—¿Por qué no?

El techo del bar estaba revestido de madera, en las esquinas había moho.

—Podría ser uno de ellos —dije.

—Pero no lo eres —contestó, y por un momento me rozó el lóbulo de la oreja con los labios de tan cerca como estaba—: ¿Quieres ver boxear a un infrahumano? —añadió.

Me dio el vaso de agua.

Se tomó su tiempo para subirse las mangas de la camisa hasta el codo. Fue doblándolas con cautela, un pliegue tras otro. Le vi las venas oscuras e hinchadas bajo la piel del antebrazo. Se desabrochó el cinturón y se lo apretó un agujero más, luego hizo crujir el cuello, a derecha e izquierda. Cambió el peso al otro pie, movió el pie izquierdo hacia delante y trasladó el peso a los talones. Se acercó al tatuado. Tenía los pulgares metidos en la pretina del pantalón.

No dijo ni una palabra. Cuando estuvo lo bastante cerca para tocar al hombre, que ya tenía las dos manos en el trasero de Stella, levantó las manos abiertas junto a la cabeza, como si fuera a arreglarse el pelo, cambió de nuevo el peso hacia atrás y lanzó el puño derecho hacia el rostro del tatuado sin previo aviso. Sonó como si alguien hubiera dejado caer una piedra pesada sobre la hierba húmeda.

El soldado soltó a Stella, cayó de espaldas y se dio con la cabeza en el suelo. Se quedó allí tumbado.

Acto seguido, media docena de soldados se volvieron hacia Noah, que ya se dirigía a la puerta de la calle. No corría, caminaba con rapidez pero sin prisa. Un soldado raso se interpuso en su camino, Noah se le acercó y, cuando el hombre iba a golpearlo, hizo un movimiento apenas perceptible con el torso y el puño sólo le rozó el pelo. Luego siguió andando.

Cuando Noah alcanzó la puerta, se dio la vuelta y miró en mi dirección. Nuestros ojos se encontraron. Siempre lo recordaré. Incluso hoy a veces

pienso en aquel momento cuando necesito fuerzas. Pienso en Noah y en sus ojos grises. Llevaba la raya intacta.

Cuando un soldado se le abalanzó, Noah lo tumbó en el suelo con un gancho de izquierda. El tipo se desplomó de las rodillas delante de él y se quedó ahí tirado.

Noah se fue sin despedirse. Los soldados salieron corriendo tras él. Sabía que lo iba a conseguir.

Stella me cogió de la mano.

—¿Quién era?

—¿Por qué te has dejado tocar así?

—¿Lo has enviado tú para liberarme?

—Eres mi mujer, Stella, nadie puede tocarte. Tan sólo yo.

Me puso las dos manos en el cuello. Estaba borracha.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunté.

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Es que no puedo disfrutar un poco de la vida?
¿Quién era ése?

—Era Noah.

Cogí a Stella de la mano y la saqué del bar. Me sentía victorioso pese a no haber vencido en nada.

Cuando volvíamos al hotel por el asfalto de Torstraße, Stella me dijo sin mirarme:

—¿Noah?

—Sí.

—¿Un judío?

—Un amigo.

~ ~ ~

Caso 35: Samuel

Testigo: Fanny Samuel

En 1942, la testigo Fanny Samuel se encontraba en el centro de documentación de judíos de Pfalzburger Straße. La encausada, que estaba presente, le quitó de la mano la tarjeta de colaboradora, le pidió que se quedara y cerró la puerta con llave. Ante las preguntas de la testigo, la encausada le entregó un documento que decía: «La señora Goldschlag está autorizada a tomar medidas en cuestiones judías. Las autoridades ruegan que la apoyen». En

el reverso del documento había una fotografía y un sello oficial. La testigo Samuel fue liberada por intercesión del director del centro de documentación, puesto que era «aria». Tres o cuatro judías más que ya se encontraban en el centro de documentación fueron trasladadas.

Tomo II/44, 186a

~ ~ ~

Stella me dio una bofetada en la cara cuando le conté mi plan. Me pegó más fuerte de lo que esperaba.

—Nunca te vuelvas a reír de mí —dijo.

Me sorbí la sangre del interior del labio y esperé el golpe siguiente con la cabeza gacha.

—Criatura —dijo, y se puso a caminar de un lado a otro de la habitación.

Al cabo de un momento se detuvo y me puso una mano en la mejilla. Yo me estremecí cuando estiró el brazo.

—Está muy rojo —dijo.

—No importa.

—¿Te he hecho daño?

La besé en la frente.

—Tal vez deberíamos intentarlo —dijo—. Pero con Dobberke, el director del centro, con ése no puedes, Fritz.

Mi padre habló con un amigo suyo que era industrial en Franconia. Un mensajero me trajo un sobre con una carta que decía que Toni y Gerhard Goldschlag eran requeridos en una tejeduría de Weißenburg por sus habilidades como sastres. El texto estaba formulado de tal manera que sonaba como si el trabajo de los Goldschlag en Weißenburg tuviera relación directa con la victoria final. En el sobre también había una carta breve con la cruz gamada en la cabecera y firmada por el líder del Reich en la Franconia central.

Tenía frío y sudaba cuando el taxi llegó a Große Hamburger Straße. Me acaricié la cicatriz de la mejilla. El viento en contra que entraba por la ventanilla me revolvía el pelo.

La Große Hamburger StraÙe era más bien un callejón, tan angosto que tan sólo se podía transitar en un sentido. Stella me había dicho que el centro de detención se encontraba al lado de un zapatero, en un edificio claro e imponente que había sido una residencia de ancianos judía. En el sótano estaban los calabozos, donde hacía tanto frío que algunas noches los presos se pasaban todo el rato caminando en círculo hasta el alba, encadenados unos a otros, a fin de no congelarse.

Junto a la entrada aparc un camn de mudanzas con un rótulo que decía «FEINSTEIN E HIJOS».

Un vigilante me pidió los papeles, pero no me salud hasta que vio mi pasaporte suizo. Cada vez me ocurría con más frecuencia. Muchos alemanes no sabían exactamente a qué bando asignarme, y como en aquella época hacer enfadar al hombre equivocado podía costarte la vida, a menudo los uniformados se protegían mostrándose sumisos. El vigilante me llevó hasta Dobberke por un pasillo largo.

Estaba sentado a un escritorio en su despacho; era un hombre extraordinariamente musculoso, llevaba el pelo afeitado a ambos lados de la cabeza y raya en medio. Los hoyuelos eran un signo de que le gustaba reír, las ojeras y la piel fina, de que bebía mucho y dormía poco. Los poros que tenía en las mejillas me recordaban a mi madre.

Dobberke llevaba una camisa que le iba estrecha en el cuello. Tenía la oreja derecha más grande que la izquierda y los iris muy claros, nunca los había visto parecidos.

Delante, encima de la mesa, había una botella de leche con un líquido claro y dos vasos. Enfrente estaba sentada una mujer joven con un delantal de enfermera que sonrió cuando entr. Llevaba una cofia almidonada en la cabeza. El despacho olía a aceite de engrasar armas y a cerdo ahumado. Yo tenía las manos cruzadas a la espalda para que nadie pudiera ver que temblaba.

—Ah, maravilloso, muy oportuno —comentó Dobberke.

Se sacó una baraja de cartas del bolsillo de la pechera de la chaqueta de dril y la dej caer en la mesa. En el dorso había impresas unas lechuzas pequeñas.

—Nos falta un tercero.

Yo estaba todo lo erguido que podía.

—Vengo para hablar con usted sobre los presos Goldschlag. Tengo una carta...

—Alto, camarada. Primero tomaremos una copa y después jugaremos una ronda. —A Dobberke se le trababa un poco la lengua.

Luego le hizo un gesto con la cabeza a la enfermera.

—Un vaso —dijo.

Ella se levantó, se acercó a un armario y sacó un vaso. En el estante de encima de los vasos había un látigo perfectamente alineado con la puerta.

Cuando la mujer dejó el vaso en la mesa, Dobberke la agarró por detrás, por la corva, y descansó la mano ahí un momento.

—Elli prepara los mejores licores clandestinos de todo Berlín. Dile tu secreto, gatita.

La mujer siguió sonriendo, sin hacer caso de la mano.

—Saco el alcohol puro del quirófano, y luego le añado mucho azúcar —dijo, con una risita.

Me senté. Dobberke se sacó del bolsillo de la chaqueta un pedazo de tocino envuelto en tela y cortó unas rodajas gruesas.

—Calidad de antes de la guerra —anunció.

—Qué bien —dije yo.

Dobberke empujó las cartas hacia mí.

—Jugamos al *skat* sin triunfo. Si en la subasta nadie puja, jugamos tres manos de *ramsch*. El que no anota ningún punto pierde el doble. ¿Entendido?

Nunca había jugado al *skat*.

—En Suiza jugamos al *jass* —dije.

Dobberke se quedó callado. Cerró los ojos un momento, como si oyera una voz tenue que le hablaba. La enfermera se revolvió en la silla. Me miró. Tal vez su mirada fuera una advertencia, también podría haber sido de desprecio. Dobberke abrió los ojos.

—¿En-ten-di-do? —volvió a preguntar, poniendo énfasis en cada sílaba.

Barajé las cartas.

Una vez, en una fonda en Vorarlberg, donde pasé la noche tras visitar Viena, jugué al *steigerer*, un juego que, según me dijeron, se parecía mucho

al de los alemanes. Barajé las cartas de nuevo. No sabía cómo repartirlas.

—Hubo uno que se murió barajando. Creo que fue en Övelgönne —dijo Dobberke.

Luego dio un golpe con la palma de la mano en la mesa y se echó a reír.

La enfermera no se rió. A Dobberke no pareció molestarlo.

Di tres cartas a cada uno. Dobberke las miró y silbó entre dientes. Vi que la enfermera daba un golpecito con dos dedos en el canto de la mesa. Dejé dos cartas sobre la mesa. Acto seguido repartí el resto. Dobberke silbó de nuevo.

—¡Dieciocho! —dijo—. ¡Ocho! ¡Diez! —Parecía que acompañara todas las sílabas con un signo de exclamación.

—Paso —dijo la enfermera.

Los dos me miraron. La enfermera me hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza hacia la derecha.

—Paso —dije.

Dobberke sonrió, con la boca muy abierta.

—¡Unas cartas estupendas! —exclamó.

Después presionó con el índice izquierdo el pecho derecho de la enfermera, inclinó la cabeza hacia delante y dijo:

—Con una buena mano juegas el as, si no, cierra el pico.

—Claro, señor Hauptscharführer —dijo la enfermera.

Después jugó una dama de corazones. Yo también jugué corazones. Dobberke ganó. Miré con el rabillo del ojo a la mujer, que bebía a grandes tragos. El líquido sabía dulce como un sirope, un poco a membrillo, y quemaba en el cuello.

—Por la flota de submarinos alemanes —declaró Dobberke, y levantó la copa.

Brindamos de pie, nos sentamos y seguimos jugando. En silencio. Durante un rato, lo único que se oyó en el despacho fue el roce de las cartas, el barboteo del estómago de Dobberke y el choque de los vasos en el tablero de madera de la mesa. Cuando Dobberke hendía el cuchillo en el tocino, no hacía ruido. Lamió la hoja. Llamaron a la puerta. El vigilante abrió.

—Tenemos a Kaltwitz.

Dobberke sonrió y aspiró aire entre los dientes.

—Jolgorio —dijo.

Luego vació el vaso y salió del despacho con el vigilante.

La enfermera y yo nos quedamos mirando por encima de la mesa.

—¿Qué quiere decir con «jolgorio»? —pregunté.

Ella suspiró con calma.

—¿Que qué quiere decir...? Quiere decir que le van a saltar los dientes a un hombre. La mayoría de las ocasiones sólo necesita un golpe.

No era capaz de leerle el rostro.

—¿Son ustedes pareja? —pregunté.

Suspiró de nuevo y esbozó una sonrisa impecable. Me pareció olerle los polvos de tocador en la piel. Bebió un trago corto. No contestó. La observé mientras pensaba.

—Es usted un actor pésimo. Coma algo de tocino o encima dentro de poco estará borracho —dijo mientras me rellenaba la copa.

—¿Por qué dice «actor»?

—Por qué digo «actor». Le tiemblan los labios todo el rato.

Me los mordí. Empujó la tabla hacia mí. Y yo se la devolví.

—Gracias por la ayuda con las cartas.

—No he ayudado a nadie —dijo, luego observó la tabla y añadió—: Y no como cerdo.

Dobberke regresó, con la chaqueta colgada del brazo y la camisa arremangada. Se le veían unas gotas de sudor en las sienes. Una vena le latía en el cuello. Tenía la mano derecha enfundada en un guante de piel.

—En cierto modo también me gustan los judíos —dijo.

Besó a la enfermera en el cuello y me hizo un gesto con la cabeza. Bebió y levantó la copa para brindar.

—Que muera Judá.

—Salud.

Me miró.

—¿Qué quiere en realidad este idiota?

Saqué la carta de bolsillo del abrigo, que estaba colgado en el respaldo de la silla.

—Yo sólo soy el mensajero —dije, y le pasé la carta a Dobberke.

La leyó.

Así que era ésa la sensación que se tiene al mentir.

—Olvídelo, camarada —dijo Dobberke antes de terminar de leerla.

—Un momento, por favor —contesté yo—, quien me envía me ha pedido que le comunique que le gustaría retribuirle en especies su servicio a la patria.

—Deje de hablar como un imbécil leído. ¿Qué significa eso?

—Como compensación por las molestias, quien me envía quisiera respaldar su trabajo con cinco litros de ron y seis libras de tocino. Tocino de Franconia. Panceta.

Estaba sudando tanto que los cercos de sudor habían traspasado incluso mi chaqueta del traje.

—¿Cómo se llama esa cosa? —me preguntó Dobberke.

—Panceta, ahumada en frío.

No sé cómo se me ocurrió en ese momento. Lo del tocino lo tenía pensado, pero no sé cómo llegué a la panceta de Franconia.

—Panceta.

Dobberke se rellenó el vaso.

—Por la flota de submarinos alemanes. Salud.

—¿Conoce el *salo*? —preguntó, ahora con un tono de voz un poco más suave.

—No, lo siento.

—Así llaman al tocino los del este. Es bueno de cojones. Lo comí durante mi visita a las obras de equipamiento alemanas en Lemberg. Blanco, muy fino. Lo dejan madurar un mes en unas bodegas en cajas de madera. Se deshace en la lengua. *Salo*.

Dobberke se relamió.

—*Salo* —repitió la enfermera.

—Le conseguiré el mejor tocino que existe —dije.

—Bah, cierre el pico —soltó—. Diez.

—¿Disculpe?

—Diez libras.

—Nueve —le repliqué yo, para no despertar sospechas.

—Diez, y para de regatear, judío.

Me estudió con la mirada. El sudor me caía por el rostro. Dobberke se me acercó más.

—¿Por qué sudas tanto, camarada?

Noté que me temblaba el labio pese a que estaba apretando los dientes.

—Yo...

—Aquí hay algo que no cuadra —dijo—, ya lo he pensado antes.

—El ron...

Me sequé con la mano el sudor de la frente.

—He estado todo el tiempo pensando que algo no encajaba, Mulla —insistió él, y agarró por el cuello a la mujer—. Es la maldita calefacción, ¿la has vuelto a subir?

—Disculpe, mi Hauptscharführer —dijo la enfermera.

Dobberke se volvió hacia mí sin soltarla.

—Diez.

Quise darle la mano.

—Diez, de acuerdo —acepté.

—Me importa un bledo su apretón de manos sudoroso. Y ahora lárguese.

Asentí con la cabeza, hice un amago de reverencia a la enfermera y la miré dos segundos a la cara antes de salir de aquel despacho.

Recorrí el largo pasillo cubierto de linóleo hacia la salida y noté que me temblaban las rodillas a cada paso. No oí que alguien venía detrás de mí. Cuando una mano me tocó el hombro, di un respingo. La enfermera estaba tan cerca que las puntas de nuestros pies se tocaron cuando me di la vuelta.

—Ven conmigo —dijo.

Negué con la cabeza.

—Ven, te llevaré con los presos.

Un músculo se le contrajo en el rostro.

—¿Con los Goldschlag?

—Dos minutos, ni uno más.

Subimos por una escalera. De los pasillos colgaban cuadros antiguos y baratos, paisajes alemanes, que ya debían de estar allí cuando el edificio era una residencia de ancianos. Cuanto más arriba llegábamos, más penetrante era el hedor a sudor y orina y a vidas que se acababan. Me sorprendió el

silencio. Sobre el suelo de goma sólo se oían nuestros pasos. Me detuve, agarré a la mujer por el codo y susurré para que sólo me oyera ella.

—¿Y el camión de mudanzas de fuera?

—Chitón —dijo ella.

—Pero el camión de mudanzas... Los rumores...

La mujer me retiró de la frente un mechón de pelo empapado en sudor y observó mi rostro antes de mirarme a los ojos.

—En este país, sólo las historias bonitas son rumores. Las feas son todas ciertas —dijo.

Me dio un abrazo. Introdujo los brazos por debajo de mis axilas hasta la espalda y me estrechó con fuerza.

—Vete corriendo, idiota —me dijo en voz baja al oído.

Me soltó tan de repente como me había abrazado y siguió andando sin mirarme.

La enfermera habló con un vigilante. El hombre consultó una lista, cogió un manojo de llaves enorme de la pared y lo seguimos hasta una de las puertas del pasillo, que estaba atrancada por fuera con un cerrojo de hierro forjado.

El cuarto tendría unos veinte metros cuadrados, y dentro había tantas personas que apenas había espacio suficiente para que se tumbaran. Nos miraron. La ventana estaba medio tapiada, el cristal de dentro, enrejado. En algunos sitios había paja en el suelo. En el cuarto nos recibió un aire viciado y caliente.

—¡Goldschlag! —rugió el vigilante con una vara de madera en la mano que semejava un palo de escoba.

Cuando el vigilante gritó, la gente que había en el cuarto se estremeció. Oí palabras quedas, pero no las entendí. Dos cuerpos pequeños y encorvados avanzaron hacia la puerta, saltando por encima de los demás. Iban cogidos de la mano.

La madre de Stella tenía el mismo pelo claro que su hija. Los Goldschlag llevaban abrigo de invierno y se quedaron mirando al suelo delante del vigilante. El padre de Stella llevaba un fardo mugriento en la mano. No sabía qué había dentro.

—Somos Toni y Gerhard Goldschlag —dijo, con la cabeza gacha.

—Un paso adelante —ordenó el vigilante, que sonaba aburrido, no hostil.

Los Goldschlag salieron al pasillo. Cuando le tendí la mano a la madre, ella retrocedió como si hubiera intentado pegarla.

—Conozco a su hija —dije.

La señora Goldschlag levantó la vista, su marido seguía mirando al suelo.

—Quieren... —empezó él.

En la pernera izquierda del pantalón apareció una mancha oscura.

Ella estaba tan delgada que se le veían las venas del cuello, negaba suavemente con la cabeza, como si tuviera un temblor, y se veía que el cuello de su blusa había sido blanco.

—Stella —dijo, casi sin voz.

—Está bien.

El vigilante se nos colocó al lado para escuchar. Daba unos golpes rítmicos con el palo de madera en el cerrojo de la puerta. La señora Goldschlag habló rápido y en voz baja.

—Por favor, ¿le dirá a Stella que nosotros también estamos bien?

—Lo haré.

—Dígale que no pasamos frío. Que está limpio. Que la ropa de cama es de lino grueso.

Sus palabras se solapaban.

—Dígale que aquí los colchones son de plumas y que todos los días nos dan sémola de avena con una nuez de mantequilla y que a veces incluso nos ponen un programa de radio.

El vigilante se rió. Le faltaba un colmillo. «Tac, tac, tac», hacía el palo.

—Quieren... —repitió el señor Goldschlag.

En la celda oí gemir a alguien.

La madre de Stella me agarró de la manga de la chaqueta.

—Esos dedos fuera, judía —dijo el vigilante, que mantenía un tono tranquilo.

El palo seguía dando golpes. Miré las gotas sobre el linóleo.

—Dígale que me dan acuarelas y que papá puede tocar todos los días a Schumann en el piano de cola y que el director del centro tiene su mismo

sentido del humor. Y que no dude que pronto volveremos a estar libres.

—Pero eso es mentira.

—Stella tiene que dejarlo —dijo la madre.

—Stella... ¿qué?

El palo del vigilante seguía martilleando.

Las lágrimas que rodaban por las mejillas de la señora Goldschlag le dejaron un rastro claro.

—Él no lo sabe —dijo para sí misma.

«Tac, tac, tac».

—Nuestro futuro —añadió el señor Goldschlag.

—Calla, Gerhard.

—Quieren arrebatarlos nuestro futuro.

—Él no lo sabe —repitió la señora Goldschlag.

—¿Qué no sé?

No tuvo que decírmelo. Tal vez lo supe todo el tiempo. Pero me había prohibido pensar en ello. El vigilante sonrió, sin dejar el golpeteo. «Tac, tac, tac».

Agarré el palo con la mano y lo sujeté con fuerza. Sólo un segundo.

Al día siguiente le compré al jefe de cocina del Grand Hotel cinco botellas de ron y diez libras de panceta que no era de Franconia. El precio fue elevado.

Toni y Gerhard Goldschlag siguieron presos en el centro de detención de Große Hamburger Straße. Dobberke no cumplió su palabra, sin más, puesto que podía hacerlo.

De noche, Stella hablaba en sueños, y yo la abrazaba por la barriga, como le gustaba a ella. Ese día, mucho después de medianoche, dijo algo que sonaba a «*neschume*», pero a lo mejor lo entendí mal o lo soñé.

~ ~ ~

El testigo Kurt Cohn circulaba por Rosenthaler Platz cuando de repente vio que la encausada se acercaba a él. Como sabía que era un topo de la policía, se fue corriendo. Mientras Rolf Isaaksohn lo perseguía acompañado de numerosos civiles, la encausada entró en una cabina telefónica. Cohn fue atrapado por sus perseguidores, que lo llevaron de nuevo a Rosenthaler Platz, donde agentes de la policía secreta lo detuvieron y lo entregaron en el centro de Große Hamburger Straße. Sin embargo, cuatro meses después logró escapar.

Tomo I/15, 112, 188

OceanofPDF.com

Agosto de 1942

Para poder garantizar el abastecimiento, se prohíben los cambios y traspasos de propiedad en el sector agrícola alemán. Miembros de los comandos especiales de Auschwitz conducen a la carmelita Edith Stein a una cámara hermética que a continuación llenan de gas Zyklon B. En India, la policía detiene al activista Mahatma Gandhi. El mando supremo del sexto ejército alemán da la orden de atacar Stalingrado. En Estados Unidos se estrena la película *La mujer del año*. Cerca de Stalingrado, una unidad de caballería italiana ataca a los soldados soviéticos, muchos de los jinetes y caballos mueren. Es la última misión de caballería en esta guerra. Empieza la producción industrial de penicilina. La policía secreta del Estado detiene a los integrantes de la organización de resistencia berlinesa Orquesta Roja; muchos de los detenidos son ajusticiados en Plötzensee. Octavo de los diez mandamientos del doctor Joseph Goebbels para todos los nacionalsocialistas: «No seas un antisemita bullicioso, pero protégete del *Berliner Tageblatt*». El jefe del gobierno civil alemán en Serbia, Harald Turner, anuncia: «Serbia es el único país donde la cuestión de los judíos y los gitanos está solucionada». El director del orfanato del gueto de Varsovia, Janusz Korczak, acompaña voluntariamente a doscientos niños al campo de exterminio de Treblinka y se deja matar; Korczak lleva en brazos a dos de los niños más pequeños. Heinrich Himmler determina que el «gris de las fuerzas aéreas» será el nuevo color de los vehículos de bomberos alemanes.

~ ~ ~

Mi padre insistió en conocer a Stella. Condujo en coche hasta Viena y desde allí viajó en tren, porque la última vez que había volado habían atravesado

una tormenta de nieve y el avión había tenido que hacer un aterrizaje de emergencia con la cabina del piloto congelada.

La locomotora expulsaba nubes de humo en la estación. Nos dirigimos al hotel y nos sentamos en dos butacas que había en la habitación de mi padre y bebimos *arak* con agua helada.

Mi padre me contó que durante el viaje en tren se había enterado de que las tropas americanas estaban a punto de entrar en Alemania. Me levanté y me arrodillé junto a la butaca en la que estaba sentado.

—Tengo miedo, papá.

—¿La quieres?

—Creo que sí.

—Entonces yo también tengo miedo.

Stella estaba dejando correr el agua en la bañera cuando entré en nuestra habitación. Estaba leyendo un libro de Vicki Baum sentada en el borde y bebía champán con cubitos.

—Mi padre tiene ganas de conocerte.

Me dio un beso largo.

—Me da cosa hacer algo mal —dijo.

—No tienes por qué hacer nada mal.

—Pero no sé hablar de una forma tan distinguida como tú.

Vi una de sus notas en el estante estrecho de granito que había bajo el espejo del baño: «¿Aún me quieres?».

Por la noche queríamos ir al restaurante del hotel, donde la comida era buena, pese al racionamiento. En la bodega aún quedaban algunos barriles de Châteauneuf-du-Pape. El jefe de los botones me había contado que dos prisioneros de guerra franceses eran los que se encargaban de embotellar el vino en la bodega.

Mi padre y yo esperamos en el bar. Stella había olvidado la hora. Cuando salí vestido de esmoquin de nuestra habitación, aún estaba sentada delante del tocador, desnuda. Nunca había entendido a los hombres que se quejaban de sus mujeres porque pasaban demasiado tiempo en el baño.

Mi padre me explicó que dos de nuestros mozos de cuadra se habían enrolado en el ejército alemán voluntariamente. Me dijo que echaba de

menos a la cocinera, aunque al final no paraba de entonar cantos fúnebres en yidis mientras preparaba *challa*. Nos reímos un poco.

—¿Tienen naranjas? —le preguntó mi padre a Franz *el Gordo*.

—Por supuesto que tenemos naranjas.

—¿Me prepara un destornillador con zumo natural, por favor?

—Claro —dijo Franz.

Cinco minutos después, Franz vino a comunicarnos con la mirada gacha que no había encontrado una sola naranja en todo el edificio.

—Disculpe, es la guerra. Desaparecen.

Vi a Stella en el momento en que salía del ascensor. Llevaba el vestido oscuro y, por primera desde su estancia en Burgstraße, no llevaba pañuelo en la cabeza en público. Se había peinado con agua y brillantina el pelo que le había vuelto a crecer y se había hecho la raya al lado. Mi padre se levantó del taburete. Cuando ella hizo una reverencia, él avanzó un paso y la estrechó entre sus brazos.

—Hija mía —dijo.

Vi la mirada de sorpresa de Stella.

—Como una princesa yazidí —dijo mi padre.

—Encantada.

Me di cuenta de que Stella intentaba evitar expresiones berlinesas.

—Y ese vestido... —dijo mi padre, acariciando con el pulgar y el índice la tela de la cintura—. ¿Seda florentina?

La carcajada de Stella fue tan sonora que dos hombres que había en el vestíbulo se volvieron hacia ella.

—Me lo pilló Fritze.

Mi padre esbozó una sonrisa insegura. A mí me ardían las orejas.

Nos cogió del brazo a los dos y entramos en el restaurante.

—¿Le gustan las ostras? —preguntó mi padre.

—Perdón, ¿qué? —respondió ella.

Mi padre pidió una docena de ostras de Sylt con hielo, y le enseñó a Stella en qué punto tenía que introducir el cuchillo en la concha. En la primera vertió unas gotas de vinagreta. A mí me parecía inexplicable que las ostras no estuvieran sujetas al racionamiento.

—Parece divertido —susurró Stella, y sonrió.

Acto seguido engulló la ostra, y aunque al principio torció el gesto, a continuación miró a mi padre asombrada.

—Está deliciosa —dijo.

—Las mejores son las de Saint-Malo, directas del mar. Y con zumo de limón —dijo él.

Tal vez fue bonito porque sabíamos que nunca volvería a repetirse. Mi padre habló de sus viajes por el Atlántico en el *Queen Mary*. De Melek Taus, a quien adoran los yazidíes, que era un ángel caído que apagó el infierno con sus lágrimas. Stella estaba sentada a su lado, escuchando sus historias. Describió un cuadro chino del siglo v que había visto en el Metropolitan Museum. En él aparecía un grupo de monos que trepaban a un árbol por encima de un lago y estiraban el brazo hacia el reflejo de la luna en el agua.

—¿Por qué? —preguntó Stella.

—¿Por qué hacemos lo que hacemos, querida?

Un camarero se acercó a la mesa. Mi padre estuvo un rato mirando la carta que éste le tendió.

—¿Qué es exactamente la carne en salsa?

—Lo que antes se llamaba «ragú», señor.

—¿Y la olla al fuego?

—Los franceses lo llaman *pot-au-feu*, señor.

—Vaya.

—Se modificó por orden del Ministerio para la Ilustración Pública y Propaganda, señor.

Pensé en Tristan un momento.

—Porque tenemos que hacerlo —dijo Stella.

—¿Disculpa? —dijo mi padre.

—Los monos y la luna. Hacemos lo que hacemos porque tenemos que hacerlo.

Aquella noche, Stella sonrió mucho, y de vez en cuando tocaba el brazo de mi padre. Cuando ya se iba haciendo tarde, ellos estaban charlando sobre los conocimientos secretos de los drusos, pero yo sólo los escuchaba a

medias. Ella sonreía y dejaba vagar la mirada por la sala. Sin embargo, de repente, se quedó tan pálida que incluso yo me di cuenta.

—Niña, ¿has visto un fantasma? —preguntó mi padre, y se rió.

Me di la vuelta y vi que tenía la mirada fija en una mesa de un rincón a la que estaban sentados una mujer con un vestido de algodón y un hombre con rizos largos y uniforme.

—Ahí —dijo—, ese... de ahí.

—¿Qué pasa, niña? —insistió mi padre.

El hombre de los rizos se había percatado de que los estábamos mirando. Levantó su copa de vino tinto a modo de saludo.

—Sácame de aquí —susurró Stella.

Me estaba clavando las uñas en la mano.

Le puse un brazo en la cadera y salí con ella del restaurante.

—Mañana te lo explico —dijo.

Mi padre salió con nosotros y en el vestíbulo me dio una bolsita de terciopelo.

—Para vosotros —dijo—, para vosotros.

Sonrió de nuevo, inseguro. Yo asentí y entré en el ascensor. Mi padre se quedó inmóvil delante.

—Buenas noches, niña —se despidió.

Stella apoyaba la cara en mi hombro y no pareció oírlo.

Cuando se cerró la puerta, me dijo una palabra al oído.

—Jardinero.

Entró en el baño de la habitación y se quedó allí un buen rato. Yo abrí la bolsita de terciopelo. Dentro había dos relojes idénticos, un modelo plano con mecanismo manual, la esfera clara con números discretos y en el medio escrito «Precisión».

En una hoja, mi padre me decía: «Los compré para tu madre y para mí. Tal vez a vosotros os traigan más suerte. Aristóteles dice que el tiempo y la transformación están unidos por un vínculo inseparable. Si no te gustan, regálaselos a otro. Papá».

El reloj era un poco grande para Stella. Cuando le di la vuelta vi que en el dorso había grabados dos anillos que se tocaban.

Cuando Stella salió del baño, tenía las pupilas dilatadas por el Pervitin. Se sentó a mi lado en la cama. Estaba temblando. La rodeé con el brazo. Vio los relojes en mi mano y los tocó.

—De mi padre —dije.

—¿Para mí? —preguntó, al tiempo que sorbía por la nariz.

Se puso uno y frotó el cristal con los dedos de la mano derecha.

—Es muy bonito —dijo.

Stella y yo nos pusimos los relojes para dormir. Ella se quedó dormida, pese al Pervitin, mientras yo la cogía de la mano. Pensé en el hombre de los rizos. Pensé en Cioma Schönhaus y en los padres de Stella. Eso debía terminar.

Por la mañana, antes de que mi padre se marchara, fui a su habitación y miramos juntos por la ventana. Me cogió de la mano. Le dije que había visto el camión de mudanzas.

—¿Por qué viniste a este sitio en realidad? —preguntó mi padre.

Permanecimos en silencio.

—¿Por qué seguiste tanto tiempo con mamá? —pregunté al fin.

—Porque lo decidí.

—Pero no os queráis.

—Sigo queriéndola.

—Pero tenía sus debilidades.

—Por cada una de ellas.

~ ~ ~

Caso 30 y 31: Matrimonio Klein

Testigo: Elisabeth Pawelzyk

La testigo Elisabeth Pawelzyk era portera en el edificio de Landsberger Straße 32. En la primera planta de dicho edificio vivía la familia judía Klein. La testigo dijo que una mañana se detuvo delante de la puerta un automóvil del que bajaron la encausada y dos hombres vestidos de civil. Poco después, el matrimonio Klein fue trasladado en dicho automóvil. Se desconoce qué fue de ellos.

Tomo I/256

OceanofPDF.com

Septiembre de 1942

Nace Wolfgang Schäuble. El mariscal de campo Wilhelm List, mando supremo del grupo de ejércitos A, es destituido; Adolf Hitler es quien asume la dirección del grupo de ejércitos. En el estadio olímpico de Berlín la selección nacional alemana de fútbol pierde 2 a 3 contra Suecia. Noveno de los diez mandamientos del doctor Joseph Goebbels para todos los nacionalsocialistas: «Afronta la vida de manera que algún día no tengas que sonrojarte ante una nueva Alemania». Las ss deportan a miles de personas del gueto de Łódź al campo de exterminio de Chełmno; en los trenes viajan muchos niños. En el Congreso de la Juventud Europea de Viena, Baldur von Schirach, el dirigente vienés del Partido Nacionalsocialista, dice: «Europa es un emblema sagrado de la humanidad. Es el mundo de los héroes, ya se llamen Alejandro, César, Federico II el Grande o Napoleón, el mundo de los poetas, desde Homero y Dante hasta Goethe, el mundo de los pensadores, desde Platón hasta Kant y Nietzsche, el mundo de la música, desde Bach hasta Beethoven y Mozart. ¡Nos llena de orgullo pronunciar estos nombres! ¿Qué tiene el señor Roosevelt?». El presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt dice el 7 de septiembre, en una conversación privada: «Es la guerra más dura de todos los tiempos. No debemos dejar en manos de los historiadores la respuesta a si hemos estado a la altura de nuestra misión. Podemos dar esa respuesta hoy mismo. Y es que sí».

~ ~ ~

Pagábamos lo que costaban en el mercado negro y comíamos ostras y pasteles de crema de vainilla, bebíamos coñac, dibujábamos con carboncillo, escuchábamos swing y muy de vez en cuando bailábamos. A

veces conseguíamos olvidar a los padres de Stella. Nos sentíamos culpables, cada uno a su manera.

Observé cómo unos mecánicos vestidos de uniforme revisaban un cañón antiaéreo de 88 milímetros en la azotea del edificio de IG Farben, situado enfrente del hotel.

La alarma sonó cuando Stella y yo estábamos en la ópera viendo *Madama Butterfly*.

En el programa de la velada había una hoja con instrucciones sobre qué hacer en caso de ataque aéreo, porque el teatro no disponía de refugio. Nos escondimos en el de un edificio vecino.

Estuvimos una hora agazapados en el sótano, engalanados con vestidos de noche y esmoquin, rodilla con rodilla, esperando el estruendo del impacto de las bombas. Stella me susurró al oído:

—Esta vez no hay paseo.

En aquel búnker de acero olía a agua de colonia. Cuando salimos de allí, la ópera continuó, una mezzosoprano hizo tres bises y el público la ovacionó de pie. Alguien entonó la canción de Horst Wessel, y al final los asistentes cantaron junto con los cantantes que estaban en el escenario. Stella aplaudía siguiendo el ritmo.

De camino a casa me llevó hasta la orilla del Spree. Mientras miraba el agua me dijo:

—Mis padres ya no están en la lista.

—¿Qué?

—Siguen en Große Hamburger Straße, pero no subirán al próximo tren.

—Pero... Quiero decir... ¿Cómo?

—No lo sé, querido Fritz.

Sus lágrimas cayeron al Spree. Le cogí la mano y noté que tenía las palmas húmedas.

—Somos compañeros, ¿no? —preguntó.

Compañeros. Ahí estaba el sentido de toda una vida.

—Vamos a Choulex. A casa —dije.

—¿A la casa junto al lago?

Stella apretó su mejilla mojada contra la mía.

—Creo que quiero volver a actuar.

No sé por qué lo pensó en ese momento.

Me miré la muñeca. El reloj que me había regalado mi padre brillaba a la luz de la farola. Había olvidado darle cuerda, las manecillas no se movían.

—¿Pequeño? —me dijo Stella por la noche, en la cama.

—Mmm.

—¿Volveremos a salir algún día con Tristan?

Me desperté de golpe.

—¿Con Tristan?

—Es nuestro amigo.

Stella se puso boca arriba y miró el techo. Yo me incliné sobre ella y negué con la cabeza.

—Te llamó «chusma judía».

—No es verdad.

—Yo estaba allí.

—Dijo «chusma israelita».

—¿Eso es mejor?

Se quedó callada. Una mosca revoloteaba por la habitación, no paraba de chocar contra el cristal.

—¿No puedes por lo menos intentar entenderlo? —preguntó Stella.

Me levanté, fui al baño y en un cuenco de concha empecé a hacer una masa cremosa con el jabón de afeitar y una brocha. El jabón olía a girasoles. Era de noche, me había afeitado por la mañana, pero aun así ya nada estaba en orden.

Stella entró en el baño, puso un taburete delante del espejo y me empujó con suavidad de los hombros hacia abajo para que me sentara. Se colocó detrás de mí, apoyó una mano en mi cuello y con la otra me echó la cabeza hacia atrás hasta que le rocé el pecho. Con movimientos circulares, me pasó la brocha con la espuma tibia por la cara. Luego cogió la navaja.

—¿Vuelves a tener miedo? —preguntó.

Procuró sonreír. Vi que le temblaba la mano. Poco a poco fue pasándome la hoja por la piel.

—Yo también —dijo Stella.

Intenté quedarme quieto para que no me cortara.

Cuando acabó, me salía sangre de muchos cortes pequeños que me había hecho en el cuello. Me pasé la piedra de alumbre por encima hasta que se cerraron.

—Tristan, pues —dije.

Me abrazó por detrás.

~ ~ ~

Quedamos con él unos días después en un bar de Lehrter Straße, en Moabit. Llevaba un traje de raya diplomática y paraguas.

Bebía cerveza de un vasito y saludó a Stella con tres besos en las mejillas, como los suizos, mientras me miraba por encima de sus hombros y levantaba las cejas como si quisiera decirme algo. Luego me dio un abrazo.

—Te he echado de menos, joven. ¿Cómo estás? —dijo.

Nos estuvo contando que ahora tomaba a menudo una bebida de hierbas que él llamaba «Herve», que intentaba aprender a preparar desde hacía poco tiempo, y nos habló de los ejemplares con los que había completado su colección de lechuzas de barro. También había descubierto a un nuevo contrabandista, que le traía camembert a Berlín en su maletín de doble fondo.

—Tienes el pelo fantástico —le dijo a Stella.

Le tocó la nuca y le rozó con los dedos el cuello, donde el pelo era suave.

Yo me bebí la cerveza rápido, fui al baño, cogí la toalla del gancho, la empapé con agua fría y me la puse en el cuello.

Cuando volví al bar, Stella y Tristan estaban tan cerca que sus antebrazos se rozaban. Los vi entre el humo del tabaco y me agarré al marco de la puerta. Parecían serios, Stella no paraba de negar con la cabeza. Luego me vio y sonrió.

—¿De qué habláis? —pregunté.

—Ay, jovencito —intervino Tristan—, le estaba diciendo que me encantaría ir al frente. ¿Sabías que soy piloto de guerra? Escuadra de combate 55.

Bajo la camisa, una gota de agua fría me bajaba por la espalda.

Fuimos a pie al Melodie Klub. Stella nos agarró del brazo, como en nuestra primera noche. El asfalto resplandecía por la lluvia.

Yo había bebido rápido porque pensaba que así lo llevaría mejor, pero me equivocaba. La camarera pecosa saludó a Tristan con un beso en la boca. En el club había muchos clientes. La mayoría de los hombres llevaban traje de raya diplomática como Tristan. El humo del tabaco hizo que me lloraran los ojos.

Stella bailó pegando su mejilla contra la mía. Bebía coñac y *kirsch* sin parar. Cuando la camarera pecosa dejó una latita de metal con cocaína sobre la barra, cogimos un poco con una cuchara. Me desperté, se me durmió la nariz, pero seguí teniendo la sensación de que en mi vida algo no iba bien. Tristan cogió una cuchara colmada para Stella y con la otra mano le sujetó la barbilla mientras ella aspiraba.

—¿Sigues cantando, pequeña Kristin? —le preguntó.

Se me encogió el estómago al oír que la llamaba así.

—Me encantaría volver a hacerlo.

—¿Quieres que cantemos un dueto? ¿Sí?

Stella me miró.

—Jovencito, ¿puedo arrebatarte un momento a tu mujer?

Le propiné a Tristan un golpe demasiado fuerte en el hombro.

Stella y él se dirigieron a la pista de baile, bailaron un charlestón rápido, luego Tristan hizo una señal a la banda, saltó al escenario y le dio la mano a Stella. Cuando subía, el haz de luz de una lámpara de techo cayó en la esfera de su reloj.

Cantaron una canción en inglés. Él lo hacía un poco mal, pero no parecía importarle. Stella no paraba de mirarme y sonreírme por encima de las cabezas de los que bailaban.

~ ~ ~

Caso 23 a 27: Gerda Kachel, Elly Lewkowicz,

Aron Przywozik con dos hijos

Testigos: 1. Gerda Kachel,

2. Elly Lewkowicz

Cuando la testigo Gerda Kachel buscaba a Aron Przywozik, vio a la encausada de pie en el patio, mirando la casa de Przywozik. La testigo se retiró precipitadamente y luego informó a la testigo Lewkowicz de lo que había visto. Por la noche fue a buscar a Przywozik y también se lo contó. Przywozik intentó distraer a la encausada. Al día siguiente, cuando las dos testigos volvieron a llamar a la puerta de los Przywozik, les abrieron los investigadores judíos Behrens y Leweck y dijeron: «Buenas noches, señora Kachel, está usted detenida». Las dos testigos fueron trasladadas al centro de Große Hamburger Straße. Durante el interrogatorio, el mando de las SS Dobberke exigió a la testigo Kachel que delatara a tres judíos con residencia ilegal para que no la enviaran a Auschwitz sino a Terezín. La testigo rechazó la propuesta.

La encausada estuvo presente en uno de los interrogatorios que llevó a cabo Dobberke. Cuando quiso abandonar la sala, Dobberke le preguntó. «Bueno, ¿y adónde va hoy?». Ella contestó: «Al teatro», a lo que Dobberke respondió con cinismo. «Que tenga mucho éxito, entonces». La encausada llevaba, como en muchas otras ocasiones, un traje de chaqueta verde y un sombrero de cazador. Tanto Przywozik como sus hijos fueron enviados a Auschwitz. Los hijos viven hoy en Australia, mientras que el paradero del padre se desconoce.

Tomo I/107, 193-194 T

Tomo I/17, 42, 192

OceanofPDF.com

Octubre de 1942

En el campo de mujeres BIA de Birkenau, los miembros de las ss llevan a cabo una selección; a continuación, mueren dos mil presas en las cámaras de gas. Se exige al pueblo alemán que recoja hayucos para elaborar aceite de mesa. Extracto de un discurso de Hermann Göring en el palacio de deportes de Berlín: «Si perdemos la guerra, seremos aniquilados. El judío, con su odio inagotable, está detrás de esa idea de aniquilación». Se ejecuta la sentencia a muerte de Helmut Hübener, de diecisiete años; su crimen consistió en distribuir octavillas con comunicados de noticias británicas. A partir de este mes, los judíos alemanes ya no reciben raciones de carne. En el recinto del Centro de Investigación del Ejército de Peenemünde, en Usedom, se inicia con éxito el desarrollo del A4, el primer misil de grandes dimensiones del mundo. El rey de los lapones, Aslak Junse, presenta una denuncia ante las autoridades finlandesas ya que, supuestamente, los noruegos les han robado dos mil renos. En Italia se prohíbe la fabricación de juguetes; las fábricas deben producir material militar. Nace en Bielefeld, en el campo de Schlosshof, Tana Berghausen, y poco después su madre sube a un tren con ella y viaja durante cuarenta horas en un vagón de ganado hasta Auschwitz; en la rampa, los soldados de las ss matan a golpes a la bebé Tana Berghausen; se desconocen las fechas de la muerte de sus padres, también asesinados en Auschwitz. Décimo de los diez mandamientos del doctor Joseph Goebbels para todos los nacionalsocialistas: «Cree en el futuro; sólo así te lo ganarás».

~ ~ ~

Por la mañana, estábamos tumbados uno al lado del otro, despiertos, a la espera de que amaneciera.

—¿Cuándo nos vamos a Choulex, Puntito?

—No lo sé.

—Pero yo tengo el pasaporte suizo. Vámonos y ya está.

Estuvo demasiado rato callada. Me gustaba cómo olía Stella cuando dormía.

—Siempre te crees el mejor —dijo ella.

—Que yo... ¿qué?

—Tengo que salvar a mis padres.

—Pero ¿cómo?

—Tristan dice que me va a ayudar.

Me quedé callado.

—También a cantar —dijo.

—¿A cantar?

—Tú no lo entiendes.

—Stella, aquí ya no se canta.

—Puedo cantar por Navidad en Wannsee, en la casa grande donde estuvimos en verano.

—¿En Schwanenwerder?

—Sólo una canción.

—¿Bajo una cruz gamada?

—¿Es que ahora tengo que avergonzarme?

No contesté.

Suspiró con fuerza.

—Lo siento, Fritze.

—¿El qué?

—Todo.

Le acaricié la piel bajo los pechos.

—Por favor, no cantes.

—Una canción.

—Por favor, Stella.

Se colocó de espaldas entre mis piernas, pero yo no tenía ganas.

Stella se quedó dormida. Yo lo intenté.

En mi última visita al piso de Tristan, aún no me había quitado el abrigo y ya le hice la pregunta que le habría tenido que hacer hacía mucho tiempo.

Él sonrió, con una sonrisa torcida y bonita. Había decorado el piso entero con jarrones llenos de gladiolos blancos.

—¿Tú qué haces, Tristan?

—¡Vaya! —empezó.

Estiró tanto los largos brazos que casi tocaba con las puntas de los dedos las paredes del pasillo. Se dio la vuelta, entró en la cocina y se sentó en un taburete junto a la mesa. Tenía delante un cuenco con habas. Puso la mano dentro y separó las buenas de las malas, alzó la vista hacia mí y añadió:

Madagascar.

—¿Madagascar?

—Cómo suena, ¿no?

Tristan revolvía las habas con las manos mientras me contaba con entusiasmo que estaba trabajando en algo que él llamaba «Plan Madagascar», según el cual, todos los judíos de Alemania irían en barco hasta la costa africana y luego hasta Madagascar, a la sabana. «Emigrar», lo llamaba él.

—Ahí tendrán miles de plantas y animales, y nadie les hará nada —dijo.

—¿En Madagascar?

—Hay lémures, por ejemplo. Son maravillosos.

—¿Estás trabajando para enviar a los judíos a África en barco?

Asintió, se metió una haba cruda en la boca, se levantó y me sacudió los hombros con las dos manos.

—Madagascar. Seré recordado por esto, jovencito.

—¿Y Stella?

—¿Qué pasa con ella?

—¿Ella también tendrá que ir a Madagascar?

—La vamos a hacer aria honoraria, ¿no te lo ha contado?

Tristan sacó la espada de una habitación contigua y me lanzó el traje de esgrima a los pies.

—Me alegro de que estés aquí —dijo.

—Hoy no —contesté.

Dejé la chaqueta de esgrima en una silla de la cocina y levanté la espada. Tenía la punta roma, pero no del todo.

—¿Sabes? He estado pensando mucho en qué es lo que en realidad nos diferencia a ti y a mí —dijo Tristan.

Se tapó la cabeza con la máscara.

—Me refiero a por qué no consigues desengancharte de Stella.

Tristan se dejó la chaqueta abierta. Retrocedió unos metros para ir de la cocina al comedor, y yo lo seguí. Practicaba su técnica mientras hablaba.

—Es una cuestión de predisposición, pero creo que no te gustará demasiado oírlo.

Hizo unas cuantas fintas.

—Quiero decir, cuando tienes anemia, estás débil, ¿no?

Se echó la máscara hacia atrás, el pelo rubio se le pegaba a la frente.

—Perdóname, jovencito, porque ahora voy a ser demasiado sincero —prosiguió—. Pero si a mi novia le hicieran lo que le han hecho a ella... Quiero decir, si alguien le hiciera tanto daño, lo del pelo, y todo eso... Créeme cuando te digo que ese tipo no seguiría vivo.

Lanzó la espada al aire.

—Y si mi novia tuviera a todo un país en contra, cabalgaría con una antorcha y le prendería fuego, casa por casa. Es decir, la familia es lo más importante. En eso la pequeña Kristin es extraordinaria, en el modo de proteger a su familia. Puedes estar contento.

El aroma de las flores impregnó la sala. Las motas de polvo oscilaban bajo la luz del sol invernal. No sabía lo que se sentía al odiar.

—¿Por qué te dirigiste a mí aquella noche en el Melodie Klub? —pregunté.

—Casa por casa —repitió Tristan.

Agarré la espada y me dirigí hacia la tarima de esgrima. Tristan estaba delante de mí, alto y erguido. Por primera vez noté en su voz algo parecido a la inseguridad.

—Porque pensé que podrías ser distinto —dijo.

Me acerqué tanto a él que rocé con la nariz la malla de su máscara. Detrás vi sus ojos. Esta vez no me puse las manos a la espalda para ocultar que temblaba. Cerré los dedos alrededor de la empuñadura de la espada.

—¿Todo bien? —preguntó Tristan.

—Todo bien —dije yo, y miré a través de la malla.

Permanecimos así unos instantes.

—Suenas como si no lo dijeras en serio —me dijo Tristan.

No contesté.

—Por favor, sé sincero conmigo, Fritz.

Di media vuelta y me fui. Ensarté la espada en la vitrina en la que colgaba una pluma oscura. El cristal se hizo pedazos. La espada no se quedó clavada, cayó al suelo. No sé qué pasó con la pluma. Tristan me llamó, pero intenté no detenerme.

—Vamos, Friedrich, quédate. He pedido más camembert.

OceanofPDF.com

Noviembre de 1942

El Ejército Rojo cerca al sexto ejército alemán en Stalingrado. Cuatrocientas noventa y dos personas mueren en un incendio en el club nocturno Cocoanut Grove de Boston por la chispa de una lámpara estropeada que hace que la decoración arda. El combatiente de la resistencia polaca y mensajero apodado Jan Karski lleva al gobierno polaco en el exilio, en Londres, informes acerca de las deportaciones de Varsovia y los campos de exterminio; también se reúne con Anthony Eden, el ministro de Asuntos Exteriores británico. La selección alemana de fútbol gana a Eslovaquia 5 a 2; es el último partido que disputará hasta 1950. Un armisticio pone fin a los combates entre los aliados y las tropas de Vichy en el norte de África. Tras un ataque aéreo británico a Berlín, arde, entre otros, el edificio del Deutsche Bank. Desobedeciendo la orden de Hitler de defender la posición alemana en el norte de África a cualquier precio, el mariscal de campo Erwin Rommel retira a sus tropas tras la derrota en El Alamein. Hans Moser interpreta el papel protagonista en la película *Einmal der liebe Herrgott sein*. En el velódromo Vigorelli de Milán, el ciclista italiano Fausto Coppi recorre 45,871 kilómetros en una hora y supera en treinta y un metros el récord mundial. En Leipzig se inaugura un despacho para resolver trámites matrimoniales para «mutilados graves de guerra, ciegos por la guerra e invidentes en general». Heinrich Himmler ordena crear en la Universidad de Estrasburgo una colección de cráneos y esqueletos judíos. A tal fin, unos cien judíos viajan de Auschwitz a Estrasburgo.

~ ~ ~

Encontré el revólver de Stella entre mis camisas en el armario. Me acerqué a la mesita de noche y saqué del cajón la bala que Tristan me había

regalado. Escondí el arma cargada en la pretina de los pantalones, fui al número 28 de Burgstraße y esperé frente a la entrada de la sección de judíos hasta que el Jardinero terminó su jornada. El edificio estaba a orillas del Spree, justo en la esquina del viejo circo Busch, y era muy anodino. Frente a la puerta de entrada había un vigilante con uniforme de las ss y un mosquetón al hombro.

El Jardinero salió por la puerta a las 16.32 h, conversó con un compañero y rió con tanta fuerza que lo oí desde el otro lado de la calle.

En Münzstraße, el Jardinero ayudó a una mujer a subir un cochecito los peldaños de la entrada de su casa. Se despidió de su compañero con un abrazo y entró en una fonda. Lo seguí. Estaba bebiendo una infusión en la barra, charlaba con el camarero. En un rincón me comí un potaje ligero de alubias para no llamar la atención. Cuando el camarero desapareció en la cocina, me levanté y me senté en el taburete vacío que había a su lado. Sujetaba el revólver en el bolsillo de la chaqueta y tenía el dedo en el gatillo.

El Jardinero me miró por encima de la montura de las gafas.

—Saludos —dijo.

—Mire mi mano derecha —dije demasiado rápido—, es un arma.

El Jardinero sonrió.

—¿Qué quiere de mí?

Hablaba en bávaro.

—¿Por qué torturó a Stella?

—¿Torturar?

—¿Por qué?

Parecía que aquel hombre estuviera hablando con un amigo.

—En realidad, estuvimos hablando de las dalias.

—¿Qué?

—Las dalias, esas flores tan majestuosas...

Me quedé sin habla por un momento.

—Hay que diferenciarlas según el tipo de cultivo.

El camarero salió de la cocina y se nos quedó mirando. Saqué el revólver del bolsillo y se lo puse al Jardinero bajo el cuello. El camarero dio un salto

hacia atrás, en dirección a la cocina, y volcó un vaso de huevos en salmuera, que se hizo añicos en el suelo tras la barra.

—¿Por qué le hizo daño?

—Qué lástima de huevos. ¿Hacerle daño? —preguntó el Jardinero.

—Stella Goldschlag.

—Ah —dijo, y sonrió—, el veneno rubio.

—¿Qué significa eso?

—Así la llaman los judíos de Berlín. ¿No lo sabías?

Me miró. Le aguanté la mirada.

—¿Cómo puede hacerlo?

—¿El qué?

—Pegar a alguien con una manguera.

—Ah, eso. —Reflexionó—. Bueno...

Estiró con cuidado el brazo hacia la taza.

—¿Puedo? —preguntó.

Bebía manzanilla. Tenía el revólver clavado en el cuello cuando tragó.

—Hace siglos que los judíos de todo el mundo están en guerra con nosotros. Ahora les devolvemos el golpe, es lógico.

—Pero ¿cómo es capaz de dormir por las noches?

Se rió y chasqueó dos veces la lengua.

—A ver, payaso, ¿sabes por qué me llaman «el Jardinero»?

Su risa se me hacía insoportable.

—¿Crees que a alguien le gusta arrancar las malas hierbas?

—¿Qué?

—A todo el mundo le gusta sentarse en el jardín a contemplar los saúcos. Las margaritas, las setas y las begonias. Es obvio. Pero las malas hierbas no las ha plantado nadie, nadie se ocupa de ellas. A algunos idiotas les parece fácil, pero no bonito. Yo digo que no deben estar ahí, estropean la naturaleza y son una amenaza para los jardines y bosques locales.

—¿Y Stella qué...?

—Mira, eso de ahí es balsamina. Y la naturaleza no quiere que crezca ahí. En mi opinión, la naturaleza debe seguir un orden. Pero ahí está. Y ahora, ¿qué? ¿Debo ponerme unos guantes, sacarla del suelo alemán con cuidado, conservando las raíces, y enviarla de vuelta a India en barco?

Tampoco sobreviviría. Por eso agarro el cuchillo. Porque es lo mejor para todos. Para la balsamina, porque ése no es su sitio. Y para la naturaleza, porque vuelve a ser bonita y pura, del todo lógica.

No dejaba de sonreír.

—¿Amas a tu patria?

—Yo... Mi patria... Soy suizo.

—¿Amas a tu patria?

—No.

—Pues esta noche rezaré por ti —dijo—. Y ahora levántate. Esconde otra vez tu juguete. ¿Entendido? Retrocede hasta la puerta y te largas, no quiero volver a verte. —Habló con calma.

—Y a la Goldschlag nadie la obliga. A su maldita manera es más fiel a su patria que tú y yo juntos.

El Jardinero levantó con cautela los dedos, me quitó una pestaña de la mejilla y añadió:

—Puedes pedir un deseo.

Me hizo un gesto con la cabeza.

—Puedes estar contento de que hoy esté de buen humor. Y ahora lárgate.

Tal vez ese día, otro le habría pegado un tiro en el cuello. Otro le habría dado un puñetazo en la cara y le habría roto la mandíbula o habría cogido un cristal del recipiente de los huevos y le habría cortado la aorta. Tal vez Tristan hubiera actuado así.

Yo había llegado a este país porque quería que se me contagiara la fuerza de los alemanes. Los admiraba. Admiraba a Tristan.

Me levanté despacio y retrocedí hasta la puerta.

Yo no era alemán, no era Tristan, y si eso era la fuerza, no quería ser fuerte.

Tal vez es la debilidad la que nos lleva a hacer daño a otros.

Yo era un joven suizo que echaba de menos a su padre, que amaba a una judía y cuyo acto más valiente había sido bajar a un macho cabrío de una montaña. No entendía qué estaba pasando en Alemania, por qué caían bombas, por qué odiaban a los judíos ni cómo había ido a parar yo a esa guerra.

Sin embargo, ese día supe que nunca había sido invisible.

—Espera, payaso —dijo el Jardinero.

Me detuve. Él levantó el índice.

—Tu loción para el afeitado. ¿Cuál es? Me gusta.

Corrí. Escondí el revólver en el bolsillo de la chaqueta y corrí como alma que lleva el diablo. El Jardinero se quedó sentado bebiendo su infusión.

Stella me saludó con un beso en el cuello. Yo tenía la espalda de la camisa empapada de sudor. Me duché y ella me secó la piel. Cuando me tumbé a su lado en la cama, le pregunté:

—¿Cómo conseguiste sacar a tus padres de la lista?

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo, Stella?

Ella lo entendió, se lo vi en la cara. Se le tensaron los músculos.

—Hice lo que había que hacer.

—Ya lo sé.

—Tú no sabes nada.

Se levantó, sacó un Juno de su estuche y se quedó delante de la ventana cerrada mientras fumaba.

—Tu reloj ya no funciona —dijo.

—Stella, necesito saber la verdad.

—¿Por qué no funciona?

Cogí la lámpara con el pie de porcelana de la mesita de noche y la lancé contra el papel de seda. Stella me miró. Rodeó la cama, recogió los pedazos de porcelana y los tiró en el cubo de la basura. Luego se sentó a mi lado. Con un pedazo de porcelana en la mano.

—Te lo contaré todo ahora mismo. —Respiró hondo—. Y luego me dejarás.

Le miré los labios y esperé. Ya no tenía miedo.

—Luego me dejarás —repitió, y asintió con la cabeza.

Fue como si me atravesara con la mirada mientras hablaba.

Al final dijo:

—Y ahora lárgate.

Me levanté. Su voz apenas se oía.

—Háblales a tus hijos de mí algún día, por favor. ¿Lo harás?

Stella tenía las manos en el regazo, cerradas alrededor del pedazo de porcelana, los hombros caídos hacia delante, se había quedado sin fuerzas.

Me desplomé de rodillas delante de ella y la miré a los ojos desde el suelo. Stella dejó caer la cabeza hacia delante y me rozó. Desde la pubertad tenía la frente un poco hacia dentro, apenas se veía. Creo que hay otras personas que la tienen igual.

Stella apoyó su frente en la mía. Encajábamos como si hubiéramos sido moldeados el uno para el otro.

—Yo... —dije.

Pero comprendí que no hacía falta decir nada. Estábamos juntos.

Esa mujer interpretaba muchos papeles: la modelo de pintura, la cantante de voz tenue, la belleza en mi bañera, la penitente, la mentirosa, la víctima, la delincuente. Stella Goldschlag, la confidente de la policía, mi mujer.

No sé si está mal delatar a una persona para salvar a otra.

No sé si está bien delatar a una persona para salvar a otra.

Tenía ganas de esconderme en algún lugar porque sabía que no estaba a la altura del destino, pero notaba que con esa sensación se mezclaba otro sentimiento. Estaba ligado a Stella. Había hecho algo por lo que otras personas la odiaban, y yo había estado a su lado. No la entendía, pero había estado allí.

Para todos los demás ella interpretaba un papel. Conmigo estaba en casa. Éramos los únicos habitantes del mundo.

—Peor que el miedo era la soledad —dijo en algún momento.

Tenía las manos en mi cuello.

—Esto no puede seguir así —contesté yo.

Noté en la frente que negaba ligeramente con la cabeza.

OceanofPDF.com

Diciembre de 1942

Heinrich Himmler ordena la deportación de todos los gitanos residentes en Alemania a Auschwitz-Birkenau. La prensa alemana recomienda una limitación sensata de los horarios de oscuridad: «¡Cuando llegue la hora, ilumina bien! Ahorra energía de día, deja entrar la luz». En el boletín financiero de las librerías alemanas se exige a los libreros que vacíen sus almacenes para aumentar la oferta de libros en Navidad. Las tarjetas salariales de 1942 conservarán su validez durante el año siguiente para ahorrar papel. Las malas condiciones meteorológicas impiden abastecer al sexto ejército de la Wehrmacht, cercado en Stalingrado. En Düsseldorf y Wuppertal, la Gestapo detiene a numerosos jóvenes que pertenecen a los Piratas de Edelweiss. El escritor y teólogo Jochen Klepper, su esposa judía y su hijastra se suicidan para evitar el campo de concentración. Con ocasión del Día de Acción de Gracias japonés, se interpreta en Tokio la ópera *Lohengrin* de Richard Wagner. El Ministerio para la Ilustración Pública y Propaganda del Reich emite un decreto según el cual se expropián los teatros privados de Berlín. Debido a la creciente escasez de materia prima, la prensa alemana anima a las amas de casa con el lema: «¡AHORRAR JABÓN ES PROTEGER LA ROPA!», para que hagan la colada sólo cada cinco semanas. Nace Alice Schwarzer. La Royal Air Force empieza a bombardear Berlín de forma sistemática. En Chicago, el físico Enrico Fermi provoca la primera reacción nuclear en cadena causada por el hombre.

~ ~ ~

Nos pasábamos las noches en el búnker y dormíamos sentados. En el sótano ya no sonaba ningún violín.

Oíamos el fuego de los cañones antiaéreos de 88 milímetros a través del techo. Cuando una bomba incendiaria impactaba en el edificio contiguo, la

onda expansiva arrancaba la cal de las paredes del búnker y creaba una nube que durante unos minutos nos impedía ver. Yo estuve tosiendo durante días una flema clara.

Stella iba a menudo sola a la ciudad. Se ponía un abrigo de piel. No hablábamos de aquello.

Algunas noches todavía eran nuestras. Cuando no caían bombas, se tumbaba a mi lado, «en mi cueva», como lo había llamado una vez, y me acariciaba la mano. No quería quedarme dormido porque no podría seguir oliéndola.

Por la mañana cantaba. Había preparado tres canciones para su actuación en Wannsee.

—Tristan dice que, si va bien, me darán una noche fija en el Café Nanu. Me conseguirá una identificación de aria para la Cámara de Música del Reich.

—Dice Tristan.

—Acabarán aclamando mi nombre.

—¿No es peligroso?

—¿Por qué peligroso?

—Porque eres judía.

Stella soltó una especie de risa.

—¿Alguna vez has pensado que quizá haya un motivo para que todos odien a los judíos?

—¿Qué significa «*neschume*»? —pregunté.

Se acercó a mí. Pensé que iba a pegarme. Aquella palabra le removió algo que en el día a día se ocultaba tras su sonrisa.

—¿Dónde has oído eso?

Su dialecto berlinés había desaparecido. Hablaba alemán culto sin acento.

—Lo has dicho tú —dije.

—Yo nunca he dicho eso.

—En sueños.

—Mientes.

Stella se acercó a mí. Le miré las pupilas dilatadas.

—Ya no te siento en absoluto —dijo—, ya no estoy a salvo contigo.

—Hablas alemán culto.

Stella sonrió, cansada. No sabía qué quedaba de aquella mujer, una vez despojada de todas las mentiras.

—Siempre has sabido hablarlo, ¿verdad?

—Ay, mi pequeño...

Respiró hondo.

Por fin lo entendí. En toda historia de amor llegaba un momento en que era demasiado tarde para obtener respuestas.

—*Neschume* —dije.

—Cállate, no sabes lo que estás diciendo.

—*Neschume*.

Le brillaban los labios.

—Fritz, ¿qué hemos hecho?

Saboreé la sal de las lágrimas que le rodaban por el labio superior. Me desabroché los pantalones, levanté a Stella y la senté en el escritorio que había junto al caballete.

Si pudiera dibujarla, la dibujaría así. Sentada en el escritorio, con las manos en mi nuca, la espalda erguida y la cabeza hacia atrás contra el cristal de la ventana.

—Estás muy guapa cuando lloras —dije.

Ella jugueteaba con mi pelo con una mano.

—Por favor, no cantes —dije.

—*Neschume* —dijo, y en sus labios sonaba bien.

—Stella, ¿me oyes?

—Es yidis.

Volví a notarla caliente y suave. Me quedé callado.

—Significa «alma».

La Nochebuena de 1942 llovió en Berlín. En el vestíbulo del Grand Hotel se alzaba un abeto con velas encendidas. Stella seguía durmiendo cuando salí por la mañana a dar un paseo por la ciudad. En Tiergarten vi a unas mujeres que recogían leña. De vuelta en el hotel, fui al bar y le pedí un desayuno a Franz. Algunos alimentos escaseaban también allí, pero si uno tenía suficiente dinero, el camarero te servía hasta café de verdad.

Subí a nuestra habitación y le acaricié a Stella el pie que sobresalía bajo la manta. Se quedó tumbada cuando dos hombres con librea colocaron y prepararon la mesa.

—¿Qué quieres que te traiga? —pregunté.

—¿Pequeño?

—Sí.

—Eres adorable.

—¿Café?

—Sí, y un panecillo con mermelada.

Puse dos cucharadas de mermelada en cada mitad del pan, como le gustaba a ella.

—Hoy es el gran día —dijo mientras se levantaba y dejaba la taza en la manta.

Nos tumbamos en la cama a oír la lluvia, que golpeaba en el antepecho de cobre. Cuando noté la presión de su mano, pensé que al final tal vez todo saldría bien.

Por la tarde nos bañamos juntos con mucho jabón. Luego ella se sentó desnuda delante del espejo a maquillarse. Saqué el peine de cuerno de búfalo de mi madre y peiné a Stella.

—La verdad, ella... Yo... No es como el hibisco —tartamudeé.

—¿Qué?

—Hibisco... Yo...

Stella dejó la esponja del colorete, me rodeó una pierna con los brazos y se arrimó a mí.

—No pasa nada —dijo.

No pasa nada. El colorete me dejó una mancha en el pantalón.

Cuando Stella estaba en el baño, fui al armario ropero y saqué el revólver de entre las camisas.

El trayecto en taxi se me hizo largo. Stella iba sentada junto a mí, removiéndose de un lado a otro en la tapicería del asiento, cantando escalas musicales. El conductor bebía una botella de cerveza y no paraba de mirar por el retrovisor.

—No te conozco, pero canta más bajo —dijo.

Stella enmudeció. Por un momento sólo oímos la lluvia en el techo del taxi.

—Mi mujer es cantante —dije yo—, tiene una actuación ahora mismo, así que, por favor, cierre la boca.

Stella me agarró el índice.

—Es culpa mía —dijo a media voz.

Noté su aliento en mi cuello.

—La culpa no significa nada —dije yo.

Llegamos tarde. Tristan vino presuroso a encontrarse con nosotros en la entrada. Una bandera mojada colgaba de un mástil. Tristan saludó a Stella con besos.

—Feliz Navidad y *Heil Hitler*.

Me dio un abrazo.

—Venid, vamos —dijo.

Esa noche, Stella estaba muy guapa, quiero que quede claro. El último año le había arrebatado la voluptuosidad. Estaba demasiado delgada. Apenas se maquillaba, llevaba el cabello rubio ondulado, pronto podría hacerse un moño. En la muñeca lucía el reloj que le había regalado mi padre. Con tacones era más alta que yo.

La mansión olía a pan de especias, cera de abejas y hojas de abeto. Tristan la condujo por los salones. Todos los invitados se la quedaban mirando.

No estaba interpretando ningún papel, lo entendí cuando me apoyé en la pared y observé cómo cruzaban los salones. «Ella no es así en realidad», pensaba cuando se iba a la ciudad con su abrigo de piel. En ese momento entendí que sí lo era.

Los camareros servían allí vodka moscovita, algo que los invitados consideraron una broma estupenda. Stella no bebió.

Cuando se apoyó en la pared a mi lado, me susurró al oído:

—Por favor, ahora no digas nada.

Asentí. Ella me besó en la mejilla. Llevaba el reloj en la muñeca izquierda, y yo el mío en la derecha. Se oyó un clic cuando las esferas de cristal chocaron.

No quería mirarla. Pero me agarró por la barbilla y me giró la cara hacia ella.

—¿Ahora me odias? —preguntó.

Me acarició las mejillas con las manos y la cicatriz con el pulgar. La luz de la araña se reflejaba en sus pupilas.

—Bueno, creo que me toca.

—Mucha suerte —dije.

Ella asintió.

—Gracias por este año.

Stella se abrió paso entre la multitud hasta un pequeño escenario que habían montado delante del ventanal que daba al jardín. Encima había un piano de cola y un micrófono de pie de metal. El lago se veía detrás, en la noche.

Cuando subió al escenario, la pianista le hizo un gesto con la cabeza. Los invitados enmudecieron, muchos llevaban uniforme, algunos hombres, pantalones bombachos. Casi todos lucían unas bandas de algodón con la cruz gamada en el brazo derecho. Noté el revólver en la pretina del pantalón. La pianista tocó un inicio jazzístico de *Die Nacht ist nicht allein zum Schlafen da*, tema principal de una película de espíritu nacionalsocialista. En el otro extremo de la sala, al pie de la escalera, vi a Tristan siguiendo el ritmo. Stella agarró la base del micrófono con las dos manos.

Había elegido bien la canción para ella y su dialecto berlinés susurrado. La cantó como jamás la volvería a oír.

Cuando la pianista tocó la última nota, el público que había en la sala permaneció callado unos segundos antes de prorrumpir en aplausos. En ese momento, Stella estaba donde quería estar.

En Große Hamburger Straße, Toni y Gerhard Goldschlag estaban en cuclillas en el suelo, tal vez cogidos de la mano.

«Nunca te dejaré, lo juro».

«Traición» es una palabra muy fuerte.

A continuación, Stella cantó el himno alemán, y tras unas cuantas notas, los hombres se unieron a ella. Antes de la tercera canción se detuvo un

instante, respiró hondo varias veces, como si estuviera reflexionando, pero yo sabía que hacía mucho tiempo que había dejado de reflexionar. Me miró desde el otro extremo de la sala y me hizo un gesto con la cabeza.

—Gracias por dejarme vivir —dijo.

Algunos invitados se miraron, otros hablaron a media voz entre sí, algunos se rieron como si hubiera contado un chiste. Una mujer levantó el brazo derecho. La pianista tocó los primeros acordes de *Stardust*.

A lo largo de mi vida he oído esa canción muchísimas veces. *Stardust*. Sin embargo, en esa mansión de Schwanenwerder, en Wannsee, ese año, con esa gente, no encajaba. Oí cantar a Stella.

*Sometimes I wonder
Why I spend the lonely nights
Dreaming of a song
The melody
Haunts my reverie
And I am once again with you
When our love was new
And each kiss an inspiration
But that was long ago
Now my consolation is in the stardust of a song.*

Stella vio cómo me apartaba de la pared y me dirigía hacia la puerta por detrás, entre las filas. No advertí ningún cambio en su rostro, aunque sabía que me veía. Los sonidos sonaban nítidos.

Fuera estaban los taxistas fumando.

—¿Adónde va?

Oí aplausos antes de abrir la puerta del coche.

—A la estación de tren de Anhalter, por favor.

Sabía que todos los miércoles por la noche salía un tren hacia el sur, esperaba que también fuera así en Nochebuena. Probablemente sí, los alemanes eran muy metódicos. No regresé al Grand Hotel. No me llevé nada. Había ido a esa ciudad porque pensaba que era importante separar los rumores de la verdad, y ahora huía de ella. No dejé ninguna carta ni le dije «hasta pronto» a nadie, porque no habría ningún «hasta pronto».

Cuando cruzamos el Spree, le pedí al chófer que parara. Bajé, saqué el revólver de la pretina del pantalón y lo dejé caer al agua.

El tren esperaba en la vía. Le compré al revisor un billete para un compartimento individual. Luego me acerqué a uno de los vendedores con carretillas que había en la explanada de la estación y compré una bolsa de manzanas. Le di las cartillas de racionamiento que me quedaban.

Cuando el tren emprendió la marcha pensé en la vida que no tendría.

Podría distraerme, casarme con otra mujer y hacer como si Stella nunca hubiera existido. Me reiría. Me emborracharía y hablaría de ella como si fuera mi trofeo, pese a que sabía que era al revés. Podría decir que al final de mi vida no quería medir mi felicidad en función de cuánto me quisieron, sino de cuánto he querido. Podría intentar olvidarla.

La vida nos convierte en mentirosos.

Cada botella de champán me la recuerda, cada manzana, cada carboncillo, cada desnudo, cada clásico de jazz, cada bombón, cada puntito, cada noche de baile, la palabra «Berlín», la palabra «hotel», la palabra «judío».

Pensé en la mujer que llevaba un sombrero tirolés, ladeado, a veces un vestido de seda oscuro de Chanel y otras un abrigo de piel. Una chica de veintiún años que respondía al nombre de Kristin y se llamaba Stella Ingrid Goldschlag.

Pensé en una mentirosa. No sabía a cuántas personas había delatado, a cien, a doscientas. Pensé en mi mujer. Pensé en ti.

En ti, con tu mella en la dentadura y el cabello suave y espeso. Nos habríamos casado en abril, junto al lago. Te habría construido un teatro y te habría comprado vestidos de lentejuelas. Habrías bailado vales vieneses conmigo, insegura pero feliz. Habrías sido la madre de mis hijos. Nos habríamos cogido de la mano en el parque. Habría subido contigo al Orient Express hasta Estambul, y habría bebido café con azúcar en el bazar. Habrías pintado de colores las paredes de nuestra casa. Te habrías sentado a mi lado en el coche y habríamos cantado. Te habrías despertado todas las noches entre mis brazos, jamás te habría soltado. Te habría dicho la verdad.

~ ~ ~

El tren arrancó. Me desaté la pajarita y la guardé en el bolsillo interior del esmoquin. Toqué una hoja con la punta de los dedos.

Mi padre estaba equivocado. La culpa existía.

Miré por la ventana las luces de Berlín y supe que siempre me faltaría algo, pero también me sentí agradecido. Siempre serás mi recuerdo más bonito. Gracias por haberme enseñado lo que es el amor.

Tenía la bolsa de manzanas en el regazo cuando el tren aceleró hacia el sur.

Poco a poco, las luces de la ciudad se fueron extinguendo, hasta que ya íbamos demasiado rápido, no había vuelta atrás y Alemania quedó a oscuras.

Abrí la ventana una rendija, saqué la nota del bolsillo interior del esmoquin y la lancé al viento.

~ ~ ~

Pregunta: ¿Qué culpa se atribuye, en vista de su confesión?

Respuesta: Cuando leí en la prensa que había provocado que tantas mujeres, niños y hombres cayeran en desgracia, me inquietó hasta la locura, entonces hablé con mi conciencia y me convencí de que la única culpa y el único delito que había cometido había sido colaborar con un servicio externo de la Gestapo siendo judía. No obstante, soy consciente de que no llegué a ese servicio de la Gestapo por voluntad propia. Por lo que recuerdo, describí voluntariamente todos los casos de los que tenía conocimiento. Sin embargo, ha pasado demasiado tiempo para recordar con exactitud todos los detalles. De momento no tengo más datos que aportar.

8 de marzo de 1946
Comisaría criminal de Berlín,
Departamento KJ F -zbV-

Epílogo

Poco después de la Navidad de 1942, agentes de la policía secreta detuvieron a Tristan von Appen en su domicilio, en Savignyplatz. Lo encontraron sentado a una mesa bien dispuesta, con roquefort y mantequilla dulce. Durante la detención, sonaba en un gramófono el clásico de jazz *Moonglow*, de Benny Goodman. Von Appen fue detenido gracias a una llamada anónima realizada desde el extranjero que puso a la policía secreta sobre la pista.

El fiscal inició un procedimiento de urgencia en el que se acusaba a Von Appen de sabotaje, contrabando y traición a la patria por haber infringido el decreto de economía de guerra, la ley de alimentación y el decreto contra los parásitos. En el juicio, el magistrado habló de que el caso sentaba un precedente, por ser Von Appen Obersturmbannführer de las ss, y lo condenó a morir en la horca. Fue ahorcado en Berlín-Schöneberg. Y los trabajos del llamado «Plan Madagascar» se suspendieron.

Walter Dobberke trabajó hasta el final de la guerra en el centro de detención de Große Hamburger Straße. En 1945 falleció de difteria en un campo soviético de prisioneros de guerra, en Posen. Se le hincharon las mucosas de la faringe y la laringe, se le estrecharon las vías respiratorias y se asfixió.

Noah K. fue deportado y sobrevivió porque se presentó voluntario para el equipo de boxeo de Auschwitz. En la actualidad vive en Israel, al final de un paseo con palmeras. Su historia continúa.

Cioma Schönhaus huyó de Berlín en bicicleta en 1943 y llegó hasta Suiza. Utilizó su mejor falsificación, una cartilla militar, y pasó con ella todos los controles. Con la ayuda de una beca, terminó una formación de grafista en la Escuela de Artes y Oficios de Basilea y más tarde trabajó en la profesión. Tuvo cuatro hijos y vivió hasta los noventa y dos años.

Toni y Gerhard Goldschlag fueron obligados en 1943 a subir a un tren con destino a Auschwitz y murieron allí.

Joseph Goebbels declaró el 19 de junio de 1943 que Berlín estaba libre de judíos.

Stella Goldschlag dio a luz en septiembre de 1943 a una hija y la llamó Yvonne. Nunca pudo explicar quién era el padre.

Goldschlag trabajó hasta el final de la guerra al servicio de la policía secreta, también tras la muerte de sus padres. Jamás aclaró por qué siguió cazando judíos después de que sus padres murieran asesinados en la cámara de gas.

Se casó cinco veces. Ninguno de los matrimonios duró.

Tras el conflicto, intentó registrarse en Berlín como víctima del fascismo. Pero los judíos berlineses la reconocieron y la delataron. El 31 de mayo de 1946, un tribunal militar soviético la condenó a diez años de reclusión como cómplice de asesinato.

La hija de Goldschlag pasó a una familia de acogida.

Nunca se pudo determinar a cuántos judíos delató Stella Goldschlag ante la policía secreta del Estado. La mayoría de sus víctimas habían muerto cuando el fiscal presentó los cargos. Pero se parte de varios centenares de personas.

Después de cumplir su pena de prisión, Goldschlag fue acusada de nuevo en 1957, esta vez ante el tribunal de Moabit, y condenada a otros diez años de cárcel. Dado que ya había cumplido una condena por sus delitos, pudo seguir en libertad. En 1994, Stella Goldschlag saltó por una ventana de su piso en Friburgo, Baden, chocó contra el asfalto y murió.

El entierro tuvo lugar en el cementerio evangélico situado detrás la iglesia del Redentor. Tras la guerra, Goldschlag se había convertido al cristianismo. Ninguno de sus exmaridos acudió al funeral. Yvonne, su hija, que vive en Israel, tampoco. Hacía años que había dejado de tener contacto con su madre.

Al entierro acudieron dos personas. La pastora y un hombre mayor que depositó unos girasoles sobre el ataúd.

La pastora pronunció un breve responso. Los costes de la sepultura se pagaron a través de una sociedad fiduciaria.

Cuando, una vez acabado el entierro, la pastora estuvo paseando por el cementerio, algo junto a la tumba de Stella Goldschlag le llamó la atención. Arriba, en el canto de la cruz de madera, había un reloj de pulsera.

OceanofPDF.com

Fuentes

Expedientes procesales del caso Stella Goldschlag: archivo histórico de Berlín. Rep. Fed. 058 Fiscalía de la Audiencia Provincial de Berlín, n.º 1849, 1852-1856, 2486-2489.

ABRAHAMSON, Irving, «She Saved Herself In The Holocaust By Betraying Others», *Chicago Tribune*, enero de 1993.

DAMS, Carsten, y Michael Stolle, *Die Gestapo. Herrschaft und Terror im Dritten Reich*, Múnich: C. H. Beck, 2008.

DEUTSCHKRON, Inge, *Ich trug den gelben Stern*, Múnich: dtv, 2016.

GROSS, Leonard, *The Last Jews in Berlin*, Nueva York: Basic Books, 1999.

HAHN-BEER, Edith, *Ich will leben! Briefe und Dokumente der Wiener Jüdin Edith Hahn-Beer: Arbeitslager und U-Boot in Nazi-Deutschland*, Münster: Ugarit, 1996.

HILGER, Andreas, Mike Schmeitzner y Ute Schmidt (ed.), *Sowjetische Militärtribunale. Band 2: Die Verurteilung deutscher Zivilisten 1945-1955*, Viena, Colonia y Weimar: Böhlau, 2004.

ISHERWOOD, Christopher, *Adiós a Berlín*, Barcelona: Acantilado, 2014.

KOSMALA, Beate, «Meisterstück eines Passfälschers», <<https://www.museumportal-berlin.de/de/magazin/blickfange/meisterstuck-eines-passfal-schers/>>.

KROH, Ferdinand, *David kämpft. Vom jüdischen Widerstand gegen Hitler*, Reinbek: Rowohlt, 2000.

PAESCHKE, Carl-Ludwig, y Laurenz Demps, *Das Hotel Adlon*, Berlín: Nicolai, 1997.

ROS, Martin, *Schakale des Dritten Reiches. Untergang der Kollaborateure 1944-1945*, Stuttgart: Neske, 1997.

SCHÖNHAUS, Cioma, *El falsificador de pasaportes*, Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2009.

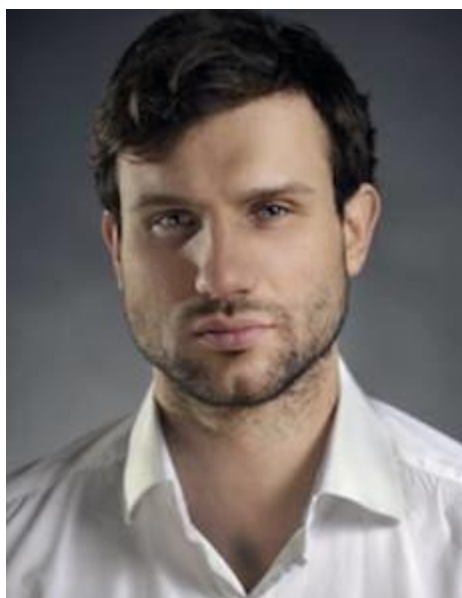
SHIRER, William L., *Diario de Berlín y Regreso a Berlín*, Barcelona: Debate, 2011.

WYDEN, Peter, *Stella*, Nueva York: Simon & Schuster, 1992.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a Friederike Barakat, Friderike Baum, Isabel Bogdan, Johanna Erler, Eva Plambeck, Karin Graf, Viktoria Grandt, Peter Haag, Peter Hassiepen, J., Johanna Keibel, Florian Kessler, Uwe Klußmann, Heike Kottmann, Christian Lauenstein, Jo Lendle, Sabine Lohmüller, Benjamin Maack, Anja Pahl, Stefanie Schelleis, Andreas Sedlmair, Jonathan Stock, Sylvia Madsack, Liza Marie Niesmak, Tilman Winterling, Karl-Richard Würger y Thore Würger. Y a los libreros, por todo su apoyo.

OceanofPDF.com



TAKIS WÜRGER (Hohenhameln, Baja Sajonia, 1985), que se formó en la reputada escuela de periodismo Henri Nannen de Hamburgo y estudió historia de las ideas en el St. John's College de la Universidad de Cambridge, trabaja como reportero y editor para la revista Der Spiegel. Debutó en la ficción con *Der Club*, que obtuvo, entre otros, el premio lit.Cologne.

Stella, su segunda novela, cuyos derechos de traducción se han vendido a catorce idiomas, se ha convertido en un éxito de ventas en Alemania.

OceanofPDF.com